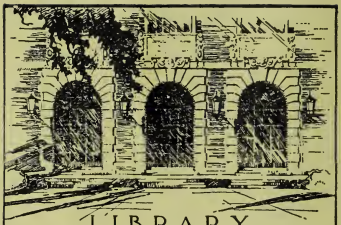
B
H6324h1



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

B

H6324h1

RECUERDOS DE JUVENTUD

2383/0

RECUERDOS DE JUVENTUD

MEMORIAS ÍNTIMAS

DE

DON JOSÉ HIDALGO

ANTIGUO MINISTRO DE MÉXICO
EN DIVERSAS
CORTES DE EUROPA

EDICIÓN
DE
EL NACIONAL

G. N. Portillo

MEXICO
TIPOGRAFIA DE GONZALO A. ESTEVA
Segunda Pila Seca núm. 4

1887

B
H632Yn1

A MI EXCELENTE AMIGO DE JUVENTUD

FELIX GALINDO

Más de una vez me has aconsejado con cariñosa insistencia y en términos lisonjeros que escriba mis Memorias. El mismo consejo y deseo me han manifestado aquí con frecuencia algunos buenos amigos, así como personas de varios países que por su posición y competencia me halagaban con ese consejo.

A ellos, como á tí, he respondido constantemente que eso no me es posible, pues sin desconocer que habría algo que referir, y áun que revelar, no quería yo tocar nada que no fuera agradable ni á los vivos ni á los muertos.

Mis Memorias no tendrían quizá grande importancia; pero sí puedo asegurar sin faltar á la modestia, que se leerían con algún interés, sobre todo en una época en que tantos las escriben, desde los hombres de Estado hasta los acróbatas y actrices. «¿Escribirá V. sus memorias?» preguntaba uno á Talleyrand. «No lo sé aún—respondió—pero sé que mi cocinero está escribiendo las suyas.» Y en su época el vulgo no las escribía con la profusión que hoy.

Si yo hubiese apuntado día por día todo lo que he oído y visto desde mi juventud, en mi estreno social y diplomático en la fortaleza de Gaeta, creo que habría cosecha abundante para escribir con fruto las Memorias; pues háse de notar qne ese consejo se me dá á menudo, al oírme referir, gracias á mi buena memoria proverbial, tantos anécdotas sociales y políticas de todas épocas, con presición y oportunidad, sin que para darme ese consejo se tenga siempre presente la parte que he tenido en la política, de la cual es sabido que no hablo jamás ni he aceptado los ventajosos ofrecimientos que se me han hecho.

Pero aunque prescindiera yo de esa política, la materia no faltaría para un volumen en que podría referir cosas de la vida social y política de los países en que he vivido, de que he dado testimonios, ó de lo que mis numerosas relaciones me han hecho saber de los países que no he habitado; pues siempre tropezaría yo con el escrúpulo de cometer indiscreciones que diviertan ó interesen á los lectores, con detrimento de la fama de vivos ó muertos, ya que no siempre sería la vida de los santos y santas la que tendría que escribir.

Así que resolví darte gusto en la mitad, escribiendo, no mis Memorias, si no una *Conversación* inocente, prefiriendo se tache de insípida á interesar con revelaciones sabrosas y picantes, que echo en el papel, ya que no puedo hablarte de silla á silla, enviándote las cuartillas á medida que las escribía á escape y sin releerlas, por lo que te pido corrijas los desperfectos propios de esa precipitación. No hay unidad, pues, en esa *conversación*;

hay el desaliño de quien departe sin pretensiones y salta de una cosa á otra según va viniendo á la memoria lo ocurrido en la juventud que deben tener presente los que quieran leerme; y si á pesar de esta advertencia encuentran mi *conversación* sin interés é hincan el diente, les diré con Melo, un portugués que fué uno de los mejores hablistas en castellano del siglo XVII: «Otra vez nos toparémos, ya me reconocerás por la voz, yo á tí por la censura.»

Cordial apretón de manos y recuerdos afectuosos de

Alceste.

Paris, 3 de Junio de 1887.

RECUERDOS DE JUVENTUD

Hijo de un guerrero y de una santa, no seguí empero la voz de las armas, si bien las empuñé muy joven para pelear al lado de los que murieron en defensa de la patria, y á ellos debí entrar en la carrera diplomática, que era mi vocación. Ni tampoco he tenido la suma de virtud que me habría elevado á las regiones serenas de la filosofía cristiana en medio del turbión en que desde entonces he vivido. Pero á lo menos puedo con orgullo y confianza decir que los principios religiosos, el honor, la probidad, los sentimientos del caballero y del cristiano en que fuí amamantado, me han servido de alivio y consuelo en momentos de amargura y desengaños, y de galardón por la benévola acogida y la estimación de los que saben cómo se ha alcanzado. En los platillos de la balanza de mi vida hay tantas amarguras como satisfacciones; pero está en la naturaleza humana rebelarse más

contra las unas que gustar de las otras. El eco de las preces de una madre resuenan siempre en los oídos de sus hijos, y la voz sonora, creyente y conmovida de la mía, ha sido y será mi guía y salvaguardia toda mi vida.

Ella fué turbada desde la cuna por el ruido de las armas, las querellas fratricidas, la sangre derramada y el espanto, de que dí testimonio desde la infancia hasta la salida del país.

Entonces me deparó el cielo un consuelo que estaba en armonía con mis creencias y deseos, llevándome á ver de cerca lo que tanto conmovía de lejos el corazón y hería la imaginación: El Papa y Roma.

II

En aquel tiempo se iba de París á Marsella en diligencia y se echaban cuatro días y tres noches sin parar: hoy se hace ese viaje en doce horas. Allí me embarqué con el Sr. Valdivielso, que había residido dos veces en Roma, tocamos en Génova

y en Liorna en donde el vapor pasó la noche, y al cuarto día echamos el ancla en Civita Vecchia. El corazón me saltó de gozo al verme en el territorio pontificio, pero el hombre propone y la revolución dispone. Allí supimos por el cónsul Lanota, á quien el general Bustamante llamaba la nota de los cónsules, que Pío IX se había visto obligado á retirarse á la fortaleza de Gaeta, en el reino de Nápoles. Seguimos allí, y al día siguiente al amanecer nos encontramos enfrente del panorama de Nápoles, el más bello del mundo después, dicen, del de Constantinopla, *Vedere Nápoli e morire*, dicen los napolitanos. Nosotros le vimos, pero si de algo hubiéramos muerto allí habría sido de hambre; así que apenas llegamos á la «Fonda de Roma» en el barrio de Santa Lucía, el Sr. Valdivielso ordenó un almuerzo en que figuraba en el sitio de honor una enorme sopera de «macarrones al jugo» en que había para seis, y la comimos dos, pues son de fácil digestión, sobre todo si se ayuda con el agua. El Sr. Valdivielso era gastrónomo entendido, y en teoría habría podido dar puntos y comas á Alejandro Dumas, que se preciaba de buen cocinero. Esta fué la primera lección de diplomacia que recibí de mi jefe, de quien hablaré con orgullo á su tiempo, y la afición á comer bien en que

me inició le hace aún honor, pues se ha desarrollado, y en esto espero morir impenitente. Mi jefe era de la escuela de Talleyrand, que decía á su cocinero: «Mañana vamos vd. y yo á hacer un tratado con tal potencia,» pues en sus delicadas comidas arreglaba frecuentemente los negocios.

La «Fonda de Roma,» en el barrio de Santa Lucía, estaba á orillas de un mar zafir, enfrente del Vesubio, coronado de nieve y en su seno lava ardiente que á veces salía de noche como un penacho de fuego. Y esto me recuerda lo que se decía de mi ilustre y respetado amigo Martínez de la Rosa —que tenía la cabeza blanca y era muy galante— que era como el Vesubio. El cielo de Nápoles es de un azul entre el zafir y la turquesa, un azul tan único que cuando lo ven en los cuadros los que no lo conocen lo critican como imposible. Un sol resplandeciente iluminaba la ciudad en anfiteatro; todo sonreía, todo era movimiento, ruido, alegría. Los *lazzaroni* de Santa Lucía, medio desnudos, pasaban allí el día y la noche, pues se alimentan sólo con macarrones y no tienen nunca frío. Las vendedoras de *fruti di mare* gritaban hasta muy entrada la noche ofreciendo los productos de aquellas orillas á que dan ese nombre, entre otros unas vainitas que apretadas por un extremo hacían sal-

tar un bichito que salía serpenteando y se lo comían vivo. Tres días pasamos visitando la ciudad sin olvidar al tradicional «*Pulcinella.*»—Martínez de la Rosa, embajador en Roma, iba á partir para Gaeta en un vapor de guerra español, y nos dió la hospitalidad en él: nueve horas después estábamos allí.

III

La fortaleza de Gaeta está á poca distancia de la ciudad Mola di Gaita, en donde fué asesinado Cicerón por orden de Antonio durante el triunvirato. En las habitaciones del gobernador y en las reservadas al rey se estableció el Papa con su córte, reservándose Fernando II unas piezas para él y su familia en las frecuentes visitas que hacía á Pío IX. En las pocas y malas casas que había se establecieron los individuos del cuerpo diplomático con sus familias algunos, otros se fueron á Nápoles. En una casa bastante grande que se blanqueó como se pudo, se reunía el cuerpo diplo-

mático, y dos piezas de ella se nos cedieron al Sr. Valdivielso y á mí. Todos comíamos á expensas del rey. El cardenal Antonelli, secretario de Estado, presidía la mesa, en que éramos como cien personas, siguiendo su costumbre de comer á las dos, cosa que no agradaba á todos ni convenía á ciertos estómagos. El cardenal se sentaba en un extremo de la mesa, y no en el centro como se estila en Europa para presidir menos en Inglaterra, y seguían, por su categoría, los embajadores, ministros y las familias de los diplomáticos, así como los personajes que de toda Europa iban á visitar al Pontífice: en el otro extremo de la mesa estábamos los señoritos sin importancia. En la mañana nos reuníamos para el desayuno, y en la noche había un té con bollos y dulces secos. El cardenal solía venir á esa hora á departir con el cuerpo diplomático y las señoritas; la conversación era variada, agradable é instructiva: yo veía, oía, todo lo retenía y nada repetía mi buena memoria, hoy debilitada, antes asombrosa.

La revolución continuaba sus desmanes en Roma; Luis Napoleón, presidente de la república, de acuerdo con el congreso, enviaba un ejército á sitiar Roma, y todo esto era muy largo. El cuerpo diplomático no quiso seguir viviendo á expen-

sas del rey. El secretario de la embajada española, el ameno Arnao, fué á Nápoles en uno de los vaporcitos que el rey hacía ir y venir de Nápoles á Gaeta todos los días, y volvió con un cocinero y dos pinches. Se formó una especie de *Club* en la misma casa, en donde se almorzaba y se comía á las horas de costumbre: once y siete. Cada uno pagábamos, sin diferencia de categoría, dos duros al día, y no se comía mal; las provisiones venían de Nápoles.

Un día llegó repentinamente el Príncipe de Ligne con su señora que venía con una misión del rey de los belgas, cuyo príncipe estuvo en 1830 á punto de ser rey en aquel país. Yo cedí mi cuarto de dormir á la princesa, quien todavía recuerda ese episodio. Sólo la edad podía excusar el deseo que yo tenía de ir á Nápoles; pero en cambio, aquel estreno era para mí de suma importancia por lo que aprendía y porque empezando mi carrera por vivir de la vida de familia con el cuerpo diplomático y sin familia, eso era para mí, como fué, un venero de relaciones que se desarrollaron mucho con el tiempo y bajo el pié de la intimidad.

Un día tuve una indisposición que exigía me bañase y la tina era cosa desconocida allí; así que

tuve que meterme en un tonel, con menos resignación que Diógenes, y esto se repitió varios días. Mi jefe me hizo la mala pasada de contarlo al cuerpo diplomático y me dieron sus excelencias buena guasa.

Todos los días al caer de la tarde, cuando cada uno había concluido de trabajar, íbamos á pasear á pié por grupos y nos reuníamos con algunos *Monsignori* y otras personas de la córte del Papa y de la casa del rey cuando S. M. venía allí. Una de las cosas que más nos regocijaba era el apercibir el burro en que venía caballero el hombre que traía la correspondencia de Roma que el correo dejaba al pasar por Mola de Gaeta á tres cuartos de hora en burro. Media hora después de llegado todos recibían sus pliegos antes de comer y se comunicaban las noticias. Un día nos pusimos á la mesa sin que hubiese llegado, y esto había contrariado á todos y no se hablaba de otra cosa. Se decidió, pues, que el más joven, que era yo, el Benjamín del cuerpo diplomático como se me llamaba, fuera á ver lo que había ocurrido: volé al correo, y allí se me dijo como cosa muy natural *L'ajoino é ammalató*. Volví al salón, todos callaron y yo dije con el tono propio de la gravedad de la misión que se me había confiado;

«La correspondencia no ha llegado porque el burro está enfermo,» lo cual produjo enojo en unos y risa en otros. Y hé ahí cómo por la enfermedad de un inocente cuadrúpedo la córte pontificia, la del rey y el cuerpo diplomático se vieron privados de sus despachos en momentos en que cada hora surgía un acontecimiento en Roma!

Allí vi por la primera vez hasta dónde llegaba esa preocupación de la *jettatura*, ó mal de ojo, tan arraigada áun en las clases ilustradas y religiosas del Mediodía de la Italia. Cuando nos paseábamos en aquellas murallas muchas personas de las que tenían la desgracia de pasar por ser causa del mal, sólo en su presencia se veían objeto del alejamiento y visible contrariedad: los que creían en eso hacían, ocultando el movimiento, los cuernos con el índice y el meñique, con lo que les volvía la tranquilidad, y cuando pasaba alguna cabra, la cogían por los cuernos y se frotaban los muslos, como remedio soberano.

Mr. Onstinoff, secretario de Rusia, iba á partir por dos días á Nápoles en uno de los vaporcitos del rey, y en ese mismo vapor se embarcaba uno de esos desgraciados á quienes se acusa de *jettatore*. En vano los creyentes trataron de disuadirle para que no se embarcara, representándole el riesgo á

que se exponía; el ruso no los escuchó, y eso que los rusos, que trato mucho hace tantos años, son el pueblo más supersticioso que conozco, tienen una letanía de supersticiones, pero no la de las personas.

Se embarcaron, había neblina, y á poco el capitán apercibió el otro vapor en que venía el rey con el pabellón real: creyendo una colisión perdió la cabeza, y gritó: «Sálvese el que pueda.» El *jettatore*, un turco y Onstinoff se echaron al mar, la colisión fué ligerísima, pescaron á los dos primeros, pero no al ruso que no vieron, y cuando éstos volvieron en sí preguntaron por Ostinoff cuya desaparición ignoraba el capitan. Volvió éste á buscarle, el telégrafo óptico no cesó de mover los brazos en todo el golfo durante tres días de esperanza para su mujer que decía: «nada muy bien» cada vez que sabía que no se encontraba su marido. Al fin se encontró el cadáver cerca del Cabo Prócida con la cabeza hendida por la quilla: esta desgracia hizo gran sensación y Onstinoff fué muy sentido.... *jettatura.*

El Sr. Valdivielso no podía entablar en aquellos sitios y momentos la negociación del Concordato, y tuvo que ir á París por algún tiempo, dándome permiso para ir á vivir á Nápoles. No me lo hice

decir dos veces, y saltando de gozo como un potrillo en la pradera, me fuí á instalar á nuestro *Albergo di Roma*. Una semana después el fondista me dijo que el caballero que había ido conmigo la otra vez había salido, iba á volver y me había dejado dicho le esperase. Yo creí que el buen hombre estaba alucinado, pues que mi jefe había partido para París una semana antes, y le dije me llevase á su aposento. ¡Horror! Lo primero que ví fueron las zapatillas del Sr. Valdivielso. La sombra de Banco á Macbeth no le haría tanto efecto como á mí ese par de zapatillas. Yo no sabía qué pensar. Llegó mi jefe, el cual había encontrado en Marsella pliegos del gobierno con la ofrenda que se enviaba á Pio IX y la magnífica carta del Sr. Cuevas firmada por el Presidente y su Ministro.

Volvimos á Gaeta y mi jefe no descuidó el contar á todos mi espanto ante las zapatillas, como ya había contado lo del tonel, y me dieron nuevas bromas.

El Papa condecoró al Sr. Valdivieso con una gran cruz y á mí me dieron una pequeña, como daban un golpe con la alabarda que retumbaba cuando él pasaba y para mí un pequeñito que apenas se oía. El contento de verme condecorado fué entónces mayor que el que tuve más tarde con las

grandes cruces. En aquel tiempo tenía las ilusiones de la

Gioventù, primavera della vita,

y hoy las cruces morales pesan más y más con los años. Me puse mi crucesita en el acto y me pavoneaba con ella con tanto gusto como hoy me son indiferentes; y la prueba es que hace pocos días, invitado á comer por un soberano en el destierro, olvidé ponèrmelas y no me apercibí de ello sino al entrar, cuando ví que las llevaban los otros á pesar de ser una comida íntima.

Después de haber pasado algún tiempo en Gaeta con mi jefe, éste se fué á París y yo á Nápoles con el plácido Sr. Montoya, encargado de negocios. El Sr. Valdivielso, antes de partir, me aconsejó siguiese la carrera diplomática para la que su benevolencia decía que estaba yo «tallado, y lo que escribió al gobierno sobre esto, mis trabajos y la acogida de la córte pontificia y del cuerpo diplomático lo guardo para mí. Si cuando me hallaba aún en el nuevo mundo, pocos meses antes, hubiese soñado que me veía en una fortaleza con el Papa, un rey, cardenales, príncipes y embajadores con sus familias, al día siguiente mis ami-

gos se habrían reído, y con razón, de mi sueño. Y al ver la realidad podría yo haber dicho lo que aquel Dux de Génova que obligado á ir en persona á dar satisfacción á Luis XIV que asistió en Versalles á una de esas fiestas deslumbrantes, cuando se le preguntó qué era lo que más impresión le había hecho contestó: *el verme aquí.*

IV

El Papa permaneció en la fortaleza hasta Abril de 1849 que fué á establecerse al palacio de Portici, cerca de la ciudad de Nápoles, á orillas del mar.

Hé aquí cómo salió de Roma. Ni su dignidad, ni su seguridad le permitían continuar en el Vaticano enfrente de la revolución. El duque de Harcourt, embajador de Francia, atravesó la ciudad en su carruaje en medio de la efervescencia general, entró en el Vaticano y subió á ver al Papa. Su Santidad estaba ya revestido con un traje de simple sacerdote. Apenas entrado el embajador,

Pío IX salió del Vaticano por una escalera privada y entró en el carruaje del conde de Spour, ministro de Baviera, el cual subió al pescante al lado del cochero. Pío IX estaba acompañado de la familia del conde.

El duque de Harcourt permaneció en el despacho del Papa más de dos horas hablando alto para ser oído de fuera, pues ni los que estaban en la antesala conocían el secreto. Esa larga audiencia no podia llamar la atención: los de arriba oían hablar al embajador y no sospechaban que hablaba *solo*; los de abajo veían el carruaje del embajador y le creían con el Papa, y cuando el duque calculó que ya estaba Pío IX fuera de todo peligro se retiró á la embajada. En la antecámara esperaban que llamase el Papa, hasta que teniendo algo que comunicarle entraron en su despacho y se apercibieron de su ausencia.

Luego que Pío IX entró en el territorio napolitano, que fué á principios de Diciembre de 1848, revistió su traje papal y el rey de Nápoles fué á besarle el pié, llegando poco á poco los de su córte. El cardenal Antonelli, secretario de Estado, había salido de Roma acompañado de Arnao, secretario de España.

Algunos días antes de las fiestas de Navidad

llegamos á Gaeta el Sr. Valdivielso y yo. La impresión que esto produjo en su Santidad, en su córte y en la de Nápoles, así como en el cuerpo diplomático, fué la que debía ser. Su figura distinguida, sus maneras, su lenguaje, sus hábitos de córte, el conocimiento de la política y de las prácticas diplomáticas, todo hacía que al verle se le tratase con consideración y simpatía. Añádase á eso su amistad con tantos personajes, y así se comprenderá cómo representante de un país lejano y sin voto en las cuestiones europeas, su voz era escuchada en las conversaciones oficiales del cuerpo diplomático cada vez que se trataba de uno de los muchos puntos que había que resolver en presencia de los graves acontecimientos de todos los días, llegando ese aprecio hasta decirle un día que llevase la voz ante el Papa cuando cinco representantes extranjeros fueron con él á manifestar á su Santidad la opinión del cuerpo diplomático sobre uno de esos acontecimientos. En verdad que se trataba de cosas que interesaban á todos los católicos, pero tengo para mí que no á todos les habría pasado lo mismo.

Cuando fuí presentado á Su Santidad me habló en español y me sacó de un apuro, pues que yo no estaba muy versado en las lenguas europeas

tanto como yo habría querido para decirle correctamente todo lo que pude decirle en español, cuya lengua conocía Pío IX por haber estado en Chile en 1824.

Cada vez que el Papa me encontraba, y esto nos sucedía á menudo, encerrados cómo estábamos todos en la fortaleza, se paraba un momentito para decirme algo, sobre todo que sentía que apenas llegado á Europa me viese privado de vivir en las grandes capitales y gozar de sus atractivos: ya se colegirá lo que respondía yo. Desde aquella época me llamaba *il suo compagno di Gaeta*, y así me lo repitió hasta los últimos años.

Aquellos acontecimientos fueron de gravedad suma, y me extraña que no se haya escrito la historia de la permanencia de Pío IX en Gaeta y Portici con todos los detalles que no encuentro en lo que se ha escrito de aquellos tiempos. Ellos fueron de una importancia que acrecía el estado de revolución en que estuvo la Europa en 1848, y ese trabajo pudo hacerlo muy bien solo alguno de los que presenciaron esos acontecimientos y estuvieron en los secretos de todo, como mi amigo Arnao, secretario de la embajada de España.

Cada día un nuevo acontecimiento, ya en Roma, ya en otras capitales, la llegada de un perso-

naje político europeo, y hasta de soberanos, como el Gran Duque de Toscana, lanzado por la revolución, un correo de gabinete, y hasta grandes damas que deseaban besar el pié del Pontifice en el destierro, á quienes se convidaba á nuestra mesa. No se vive cinco meses de la vida de familia sin estrechar la amistad, consolidar la confianza y establecer la intimidad; así, que reinaba allí una gran cordialidad y áun cierta amenidad entre ancianos y jovenes que nada vino á turbar un momento y que conservamos todos al volver á Roma. Muchos han desaparecido ya; otros, jovenes como yo entonces, han sido embajadores y ministros; con todos he conservado la amistad, y no hace ocho dias que acompañé á la tumba á un amigo de aquella época que fué últimamente embajador de Francia en Roma....

V

Ya estábamos todos en Nápoles, todos mejor alojados, todos contentos como si se reflejara en nosotros el aspecto risueño de aquella ciudad alumbrada siempre por un sol resplandeciente.

Allí fuí presentado por la duquesa de Bivona, española establecida en Nápoles, porque el duque, un Alvarez de Toledo, era descendiente de un virey allí y tenía bienes en el reino. Aquella sociedad era amable, elegante, amena y muy exclusiva; pero una vez bien presentado, se es, como en Inglaterra, el bienvenido y muy convidado. Hay tal semejanza con el carácter español, que al poco tiempo estaba yo allí como vulgarmente se dice, como en mi casa, todo era fiestas, visitas de día y sobre todo la *Villa Reale* á donde las señoras paseaban á pié con sus amigos después de haber dado unas vueltas en coche en la *Rivera di Chiaja*, paralela *alla Villa*. En la noche comidas, bailes, el teatro de S. Carlos, el mejor construido como sala, con grandes palcos donde los amigos van á hacer la tertulia, pues no sólo son muy espaciosos delante sino que lo son detrás, así, que contiene mucha gente. No se hacía mas que hablar allí, pero con ese oído maravilloso de los napolitanos; en cuanto llega el momento de cantar un trozo que agrada todos se callan instintivamente, y pasado el trozo vuelven á la conversación, siempre amena.

Porque no conozco ningún país—no los he visitado todos, pero conozco á mucha gente de todas partes—en donde todos tengan tanta amenidad en

el caracter. Como hay mucha familiaridad allí, siempre están hablando de broma y á veces no sabe uno si es serio lo que dicen, acostumbrado como se está á esa perenne amenidad en cuanto le conocen á uno un poco. Por mí, confieso que me divierten muchísimo, tienen un acento particular y una manera de decir, gesticulando siempre, que me encanta. La mayor prueba de simpatía que dan es tutear, y yo me tuteo todavía con algunos casi sin saber por qué. Varias veces he vuelto á Nápoles en diferentes épocas, y siempre es un deleite para mí volver á ver aquel país que fué mi estreno en la sociedad europea, joven, con ilusiones, sin cuitas, fuera de casa desde las dos de la tarde, siempre en fiestas; el trabajo de la Legación no me mataba y mayor me lo impuse aprendiendo á la vez el frances y el italiano, y en las mañanas tenía yo profesores; pues confieso modestamente que ignoraba yo muchas cosas que traté de aprender, si no con grande éxito, sí con gran fuerza de voluntad y ausencia de amor propio al confesar mi ignorancia, pero muy grande en el deseo de aprenderlas. Y eso que la vida allí era insensata; to dos se acuestan á las 2 y á las 3 de la mañana, y por consiguiente se levantan muy tarde. Había casas, como la de los duques de Bivona, adonde empezábamos á llegar después de

la ópera, y hasta las 3 de la mañana había gente. Cuando se come allí ya encuentra uno delante su plato de macarrones finos con salsa de tomate, que allí llaman *pomi d'oro*, y luego viene la sopa como si tal cosa, y lo mismo en todas las casas. Yo á pesar de esa vida consagraba las mañanas al estudio.

El pueblo napolitano grita para hablar como si estuviera enfadado, gesticula, se agita como un azogado, es sucio, ignorante, supersticioso y divertido. A todos dice *Eccellenza*, y lo ratero lo tiene en la sangre: los pañuelos es su fuerte, aparte de lo que puede robar cuando no lo ven si se comete un descuido. Un sastrecillo á quien llamé para componer ciertas cosas, viendo que era yo extranjero me pidió un precio absurdo. «Eso es un robo,» le dije. «Eccellenza, a Napoli, tutti si amo ladri.» Hablo, bien entendido, del bajo pueblo. La clase media es como en todas partes, útil y trabajadora. Una de las cosas que más me llamó la atención entonces en Nápoles, como más tarde en Roma, en donde se la llama *mezz oggetto*, lo mismo que en mis visitas á Florencia, Milán y Turín, fué la completa separación que hay entre la aristocracia y la clase media. Ni aquella desdeña á ésta, ni ésta odia á aquella; pero la separación

completa existe, se mira como una tradición y se acepta sin murmurar. Pero como en todo hay excepciones, mucho más en estos tiempos, las familias ricas suelen aliarse á las nobles pobres, siendo más fácil y frecuente esas alianzas cuando el pobre es noble y rica la de la clase media.

El ser ministro ó alto funcionario no es una razon para ser recibido en la aristocracia. Precisamente hace dos años que la princesa P.... no convidó en Roma á los ministros á un baile al que ofrecieron asistir los reyes; aquellos se quejaron al rey, que no quiso disgustarles y se abstuvo de ir al baile. La princesa dió su dimisión, que no fué aceptada. La misma cosa pasa en Bélgica.

Una de las primeras personas á quienes fuí presentado por Martínez de la Rosa, fué al duque de Rivas, embajador de España en Nápoles, en cuya casa fuí recibido algunos años después en Madrid con tanta cordialidad. El ilustre autor de *El Moro Expósito*, con esa franqueza española me dijo á los pocos días: «Alcestito, tiene vd. su cubierto en mi mesa todos los días.» El Duque tenía mesa abierta y diariamente convidaba en el paseo ó visitas á dos amigos que iban á comer. Yo comía de vez en cuando y me divertía muchísimo aquella conversación. El Duque había dejado á su fami-

lia en Madrid, pero algunas veces había señoras. A la gracia natural andaluza se añadía la cultura de su ingenio, su exuberante locución, y era para desternillarse de risa el oirle hablar y referir historias.

Como todos los hombres que han llegado al apogeo en una cosa, les fatiga esa gloria y buscan brillar en otra. Yugres, el famoso pintor, se empeñó en que había de tocar bien el violín, y el Duque en que h abía de ser pintor, lo cual no le impedía seguir inspirado por la musa, pues allí escribió *La Azucena Milagrosa*, dedicada á Zorrilla; su *Epístola*, á su cuñado Cueto, y otras lindas poesías inspiradas en aquella deliciosa capital. *Una noche de verano en el golfo de Nápoles*, que dedicó á Martínez de la Rosa, es preciosa. También escribió allí *La sublevación de Mapaniello* en magnífica prosa. Un día le recité de memoria el monólogo de D. Alvaro en la escena tercera del acto tercero y aquel trozo:

«¿Qué, encanto mío?.....
¿Por qué tiempo perder?..... La jaca torda,
la que, cual dices tú, los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para tí está, mi dueño, enjaezada,
para Curra el obeso.

Para mí el alazan gallardo y fiero.....
¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!
En San Juan de Alfarache, preparado
todo, con gran secreto, lo he dejado.
El sacerdote en el altar espera;
Dios nos bendecírá desde su esfera,
y cuando el nuevo sol en el Oriente,
protector de mi extirpe soberana,
numen eterno en la región indiana,
la régia pompa de su trono ostenta,
monarca de la luz, padre del día,
yo tu esposo seré, tú esposa mía.»

Cinco años después, en Madrid, el duque de Rivas ofrecía cinco tomos encuadernados, que formaban sus obras completas en prosa y verso, «A su fino amigo el Sr. D....» que conserva con deleite y agradecimiento.

¿En dónde están aquellos tiempos en que solo, en mi aposento, leía yo en alta voz y aprendía rápidamente de memoria actos enteros en verso de dramas españoles, escenas de clásicos franceses, cantos del Jaso en esa dulcísima lengua, como cuando describía la entrada del palacio de Armida:

«La porte qui d' effigiato argento
Su i cardini stridean di lucid' oro.
Fermar nelle figure il guardo intento;
Che viuta la materia é dal lavoro.»

Y hasta la prosa francesa aprendía yo de memoria, como el discurso de Mirabeau sobre la Bancarrota, cuya elocuencia arrojaba como un huracán, como cuando decía esto que traduzco de memoria.

«Contempladores estóicos de los males incalcu-«lables que esta catástrofe vomitará sobre la Fran-«cia; impasibles egoístas que pensais que esas con-«vulsiones de desesperación pasarán tanto más «rápidamente cuanto que serán más violentas, ¡es-«tais seguros que tantos millones de hombres que «verán perder en un momento todo lo que hacía «el consuelo de su vida y los medios de sustentar-«se, os dejarán tranquilamente gozar de vuestros «manjares, de los que no quereis disminuir ni el «número ni la delicadeza? ¡No! vosotros pereceréis, «y en la conflagración universal que no cesais de «encender, la pérdida de vuestro honor no salva-«rá ninguno de vuestros detestables goces!!!...

¿Por qué no vuelven esos tiempos plácidos y serenos en que el estudio y las fiestas eran mi sola preocupación, en que el corazón estaba lleno de ilusiones, de buena fe y no conocía ni los reveses de la suerte ni la perfidia de los hombres?

VI

Al hablar de los idiomas, viene naturalmente á la memoria el cardenal Mezzofanti, que murió cuando estábamos en Gaeta y que hablaba cincuenta y cuatro lenguas. Excusad lo poco, como diría Rossini. Era un verdadero fenómeno, y no ha habido ni habrá probablemente otro igual. En tiempo de Gregorio XVI ya era conocido por esa maravilla. Este Papa imaginó un día esconder entre las plantas del jardín del Vaticano unos veintitantos jovenes del Colegio de la Propaganda venidos de países lejanos, que hablaban lenguas desconocidas ú otras poco cultivadas de la India Oriental, China, Japón, Africa, América, Australia, Rusia, etc., etc., etc. Gregorio XVI dió tres palmadas y los jovenes salieron y rodearon al cardenal hablándole cada uno en su lengua, y su eminencia, sin turbarse, iba respondiendo á cada uno en la suya con gran asombro de los presentes. El embajador Boutteneff, que estaba con nosotros en Gaeta, le habló un día en su lengua, rusa, y cometió aposta una falta. El cardenal le corrigió, y yo

ví al embajador con las manos en la cabeza exclamando: «me ha corregido, me ha corregido.» Todas las lenguas, todos los dialectos le eran familiares, y cuando estalló la revolución estaba escribiendo un estu dio de la lengua mexicana.

En Italia, menos en Roma, todos hablan dialectos. El napolitano tiene muchas palabras españolas, pero corrompidas, en las imprecaciones sobre todo; así de «Mal haya» han hecho «manala,» y otras cuyo nombre ignora la modestia. Esa mezcla hace que yo le comprenda bastante bien, pero mejor compren do el dialecto milanés y el piam ontés que el veneciano, que es muy dulce; el gen ovés no le comprendo ni pizca. En todos esos países hablan el dialecto entre ellos; sólo cuando hablan con un italiano de otro país ó con un extranjero que lo habla se sirven de la lengua clásica. Los napolitanos prefieren hablar francés, pues convienen en que su lengua no tiene la pureza de la romana ó toscana. La dominación española dejó rastros de su idioma en Nápoles, Milán y Piamonte. «Lengua toscana en boca romana,» dice el proverbio, y esto viene de que en Florencia la Academia de la *Crusca*—que quiere decir *Salvado*—hizo el diccionario que fijó la lengua, limpia de todo desperfecto. Pero la pronunciación

romana, como dice el proverbio, es la mejor. En las señoras es una música, mientras que en toscano que se escribe *casa* y *cosa*, pronuncian *jasa* y *josa*, que tan mal suena á los que aprendimos el italiano en Roma, porque en Nápoles no tuve tiempo de hacerme de su pronunciación.

Allí volví á ver á la esposa del ruso que se ahogó como he dicho, una de las mujeres, no más hermosas, sino más bonitas, que se han visto en estos tiempos. A esa originalidad tan peculiar en la raza eslava, á esa falta de trabazón en las ideas, á esos caprichos y exigencias propias de cabezas á quienes falta un tornillo, unía, como todas las de su raza, una amabilidad exquisita, una hospitalidad cordial, algo de oriental, mucha gracia en la conversación y una manera de decir que cautivaba. Cuando refería las historias de espectros lo hacía con tal convicción, que era preciso creer ó aparentar que se creía lo que contaba. Tenía siempre una perla en el nacimiento de la raya, ya dentro de casa, ya en la calle, ya en el teatro, ya en los bailes, y no sé si dormía con ella. Hasta cuando íbamos con varios amigos á tomar baños en aquel mar de zafir, se veía la perla en aquella preciosa cabeza que salía del agua. Cinco años después la encontré en París al salir de la iglesia de la Mag-

dalena sin la perla—porque las rusas cuando no tienen iglesias suelen ir á las nuestras—y antes de preguntarle, como era natural, por su salud y cómo la había pasado durante cinco años, exclamé ¿Y la perla?.....

Los días, las semanas, los meses se deslizaban en el contento y la tranquilidad. Todo el invierno había habido grandes y pequeños bailes, á los que no se podía ir antes de las doce de la noche, porque no había llegado aún ningún convidado; así que salíamos á las siete y á las ocho de la mañana, y áun recuerdo que en casa del duque de... el cotillón duró hasta las diez de la mañana, y para no dejarnos ir extenuados, pasamos al comedor á una *maccheronata* para reconfortarnos.

VII

Con los largos intervalos que exigía la discreción me presentaba yo en el palacio de Portici, situado á seis kilómetros de Nápoles, al pié del Vesubio, construido sobre las ruinas de Hercula-

num, á orillas del golfo, para besar el pié á Pío IX y saludar al cardenal Antonelli. Por señas que un día resbalé sobre el charol rojo que cubría los ladrillos del salón, y caí boca abajo á los piés de Su Eminencia, que á la vez que me preguntaba si me había hecho mal reía á mandíbula batiente, diciéndome que al embajador de Austria le había pasado lo mismo, lo que mitigó mi humillación.

Pío IX me recibía con su angélica bondad y me hablaba de cosas adecuadas á mi poca edad é importancia, si bien me daba alguna noticia reciente de Roma. Alguna vez le pedía su firma al pié de las indulgencias cuya demanda llevaba yo preparada, para parientes ó amigos, y cuando al despedirme me daba su bendición, ponía la mano sobre mi cabeza.

Para ir á Portici, que era un delicioso paseo, iba yo en *carrozzella*, vehículo que pulula en todas las calles de Nápoles, que nunca están parados y lo persiguen á uno como si fueran pobres, pidiendo la preferencia. «Eccellenza, signorino, a me, a me,» y llegando la impertinencia hasta pararse para dejar el estribo enfrente de uno como si fuera á subir en el carruaje. Cuando se va por Chiaja ú otro sitio en que pueden correr, hacen apuestas para ver quién corre más veloz, y el in-

feliz que va adentro va saltando como pelota, por más gritos que uno daba, y había que amenazarlos. Es el único país en que uno se vea obligado á decir á los cocheros de alquiler que vayan despacio: *va piano* es siempre la recomendación.

Ya he dicho antes lo que es la *jettatura*, ó mal de ojo. En Nápoles lo ví en mayor escala. Desde luego en todas las casas lo primero que se nota sobre una mesa son dos enormes cuernos de buey muy bien barnizados; los mejores son los que vienen de Sicilia. Es eso un preservativo por si el que llega es *jettatore* y no cause alguna desgracia. No sé aún que virtud tengan los cuernos para conjurarlo, pero ello es que todos llevan en la cadena una manita de coral, y yo la llevé en seguida, haciendo los cuernos, «no olvidando que al país que fueres haz lo que vieres,» y yo he tratado siempre de identificarme con los usos y costumbres de los países en que he vivido, en los que me ha ido muy bien, y aconsejo á los jóvenes hagan lo mismo.

Las cuartillas que llevo escritas no bastarían á referir todo lo que me contaron y áun lo que ví: contaré tres desgracias solamente, una, mi estreno, y otras ya pasadas. Ibamos en coche un napolitano y yo á Castellamare cuando encontramos

en el camino el de una señora que pasaba por tener esa desgracia. Asustado mi amigo empezó á hacer los cuernos con las manos, y á frotarse los muslos, furioso y maldiciente. Yo me reía de su superstición, cuando apenas habíamos andado cien metros se rompe el perno, cae el cochero, los caballos siguen andando con las ruedas de delante y nosotros caímos, naturalmente, boca abajo. ¿Qué tal? El duque de V....—haced los cuernos, lectores, pues que el solo nombrarle trae alguna desgracia—era muy temido, pero su cargo hereditario en la córte y el estar emparentado con la nobleza hacían que le soportara. Un día que se organizó una jira en el campo, se lo ocultaron, pero él lo supo y cayó de improviso durante el almuerzo. Le recibieron con la risa del conejo, no quiso almorzar y se sentó á departir en un ángulo del comedor. Volvió la alegría creyéndose ya libres de todo mal, cuando ¡patatrás! el piso se hunde, todos van á caer al piso de abajo con mesa, vajilla y manjares. Sólo el buen duque se quedó muy serio sentado en el ángulo que no se desplomó! Otra vez el marqués de V... había hecho venir una magnífica araña de París en una época en que las comunicaciones eran largas y difíciles; así que la llegada de un objeto como ese era una novedad,

Para celebrarla dió un gran baile: todos admiraban la araña, que despedía gran número de luces; la fiesta siguió muy animada, hasta que llegó el famoso duque de V... que se deleitaba contemplándola. Apenas habían cesado sus elogios la araña se vino abajo, saltando los pedazos sobre los convidados!!! No acabaría yo fácilmente con estas historias si repitiese todas las que sé de muchísimas personas que podría nombrar.

El *jettatore di se stepo*—hacerse el mal de ojo á sí mismo—es una variedad. Conocí varios, entre ellos un guardia noble que casó con una mexicana, á quien le sucedían una serie de pequeñas desgracias que podían formar un sainete. Vale más morirse que pasar por hacer el mal sólo con su presencia. En los salones, en la calle, en todas partes producen una impresión desagradable; y aunque los cuernos se le hacen ocultando el movimiento, siempre se aperciben de ello, les humilla, exaspera y son bien desgraciados. Los extranjeros que viven algunos años en Nápoles ó Roma, sobre todo en el primero, acaban, si no por creer, por hacer lo que todos, y yo mismo, después de una larga residencia en los dos países y mis visitas en varias épocas, he adquirido esa costumbre, de que no podré deshacerme, ya cuando encuentro á

uno de esos desgraciados, ó áun cuando se le nom bra, ya cuando una persona desconocida viene á hablarme, pues en la duda, llevo la mano atrás, hago los cuernos, á la vez que le recibo con esa cortesía de que no me aparto jamás. La razón, la moral, la religión, todo se opone á creer en eso; pero es una preocupación que está en la sangre, y desde la córte hasta el *lazzarone*, todos temen la *jettatura*.

En punto á excursiones, no las escaseábamos. El hijo del duque de Rivas, un sobrino de Martínez de la Rosa y yo las hacíamos juntos á menudo á Herculanum y Pompeya. Esta ciudad, sobre todo, la visitábamos más frecuentemente, pues en las escavaciones se encontraban á menudo estátuas, esqueletos y objetos de la vida de aquellos tiempos. Sólo faltan los techos de las casas; las paredes están de pié, muchas con sus frescos que, mojados, ofrecen sus primitivos colores. Los pisos de mosáico intactos; las bodegas con las ánforas para el vino al rededor de las paredes, con vino petrificado; los patios, con sus fuentes, al rededor de los cuales se veían las puertas de los cuartos, pues no había ventanas á la calle. Allí se han descubierto estátuas, esqueletos, armas, instrumentos hasta de cirugía, utensilios de menaje,

y áun pan petrificado con el peso marcado. En el pórtico de una casa está escrito en el mosáico: *Cave Cane*, «cuidado con los perros.» Se vá por el mismo empedrado del año de 79 antes de la éra cristiana, se ven las huellas de lós carros, los postes en ciertas esquinas para montar á caballo, pues no tenían estribos, el Foro, el Circo, el Cementerio con sus monumentos é inscripciones, y en ciertas paredes epítetos insultantes á personalidades. La casa de Dionedes era la de un rico, y es la que más curiosidades ofrece de la vida interior. El Príncipe Napoleón la ha hecho reproducir en la *avenue Montaigne*, en París, y hoy pertenece á un húngaro amigo nuestro. Se han descubierto joyas de oro y plata, brazaletes y collares sobre todo, y hasta una caja de pintor con sus colores petrificados. Los *papirus* quemados se han logrado descifrar, y todas esas riquezas únicas están en el Museo de Nápoles. Hay no sé qué de extraño al verse en aquella ciudad tal como estaba hace 19 siglos, pues como digo, sólo los techos hundieron las cenizas del Vesubio. Esa ciudad era pequeña; se vé que era un sitio de recreo á orillas del mar, pero la lava cayó en tal abundancia hasta el mar, que se ha petrificado y hoy hay una carretera entre ella y el mar; todas las calles de Nápoles es

tán cubiertas con losas de lava petrificada. Plinio, que no perdía jamás el tiempo, en el baño, en la mesa, en litera, se hacía leer y tomaba ó hacía tomar notas, se acercó demasiado al cráter cuando la erupción del Vesubio, y murió asfixiado por el humo sin dejar la descripción de aquella catástrofe.

Mis amigos y yo subimos una vez, y nos bastó, hasta cerca del cráter: hora y media para subir, veinte minutos para bajar, sin que á ninguno se nos ocurriera el echarnos en el cráter como un inglés lo había hecho días antes, con espanto de los guías que no habían visto á nadie elegir ese sitio para suicidarse. Todas sus pendientes están cultivadas y son de una prodigiosa fertilidad; sus viñas producen el famoso vino de «Lacryma-Christi.»

Otras excursiones, verdaderamente poéticas, eran á Castellamare, y sobre todo á Sorrento, patria del Tasso, mi poeta italiano favorito. Cuando se contempla aquel mar á sus piés parece que es de esmeralda límpida y pura, un ambiente embalsamado, un calor agradable que templábamos, sin embargo, con las naranjas más dulces que he comido en mi vida. En el verano nos daban frecuentemente la hospitalidad, de sábado

á lúnes, una familia que aunque tenía nombre español como hay muchos en Nápoles, era napolitana. Partíamos en coche siempre á orillas de aquel golfo, y excuso decir la alegría que reinaba en el camino, que era de doce kilómetros. Era mayor la bulliciosa que había cuando estábamos juntos con aquellas tres señoritas de la casa; su guapa madre y su ameno padre; no hacíamos más que dar paseos, estar en el jardín, bailar, comer y charlar alegremente. Ni nos divertíamos menos cuando dormíamos los tres en un salón departiendo á nuestro sabor y riendo de lo ocurrido en el día y de lo que á cada uno le venía á las mientes, procurando dejar todo en orden al partir para volver á hacernos dignos de la hospitalidad.

VIII

El verano lo pasé en Nápoles, y no había por qué sentirlo. Es verdad que la vida cambia, que el calor es excesivo, que las familias se iban al campo, pero no al extranjero, pues no había cami-

nos de hierro entonces y siempre había facilidades de verlas. En los meses de calor la gente se levanta muy temprano, pero á las doce ó una del día se meten en la cama y duermen, ó andan en casa muy ligeramente vestidas. No almuerzan en esa estación, y por nada se les haría comer carne á esa hora de calor, el desayuno les basta. Una cosa que me llamaba la atención era, cuando salía yo por casualidad á las once de la mañana, ver tanta gente tomando granitos de limón ó naranja á esa hora, y luego se me dijo que con eso vivían hasta la de comer. Son muy sabios, y se les achaca que comen poco y mal, prefiriendo la clase media el ayuno á privarse del coche, que allí es barato. Allí se toman muchos helados, que son grandes, cuadrados, duros y les llaman *mattoni* porque tienen la forma de un ladrillo.

Las horas de calor se pasan en casa con todo cerrado, casi á oscuras, que es el mejor medio de disminuirlo; pero en cuanto se pone el sol vuelve la vida, el movimiento, los gritos, los caruajes en el paseo de *Chiaja*, en donde el tradicional *corriccollo* serpentea entre la multitud con increible destreza. El tal vehículo es de dos ruedas y dos asientos que ocupan los sibaritas, casi siempre las mujeres, ó soldados, y á veces, por deferencia, un

capuchino. En las angarillas van de pié cuantos pueden tenerse, áun con uno al aire, y el cochero sentado á un lado con las piernas colgadas; yo conté á veces hasta ocho pasajeros. Sólo un caballo, conducido con maestría, basta para tirar del *corriccollo*, que gracias á su equilibrio no vuelca nunca y va siempre á escape. Cuando se cruzan con otros se hacen señas que quieren decir: «hasta mañana,» «iré á verte,» «ven á comer,» etc., etc. En los napolitanos las manos son una segunda lengua. Así, un día iba yo con un amigo, y uno que pasaba en un coche le hizo unas señas. «Me dice el médico que un amigo mío sigue lo mismo,» me dijo.

Una de las cosas de que no he hablado en esto que refiero á escape como una conversación, es del milagro de San Genaro. Sabido es que el día de su fiesta se liquida la sangre del patrón de Nápoles en presencia del pueblo, tan apiñado en su iglesia, que el que se aventura allí ya está aviado si no tiene puños, y buenos. Yo no pude penetrar y me detuve en la puerta oyendo á aquel pueblo que decía las cosas más estupendas. No tenía paciencia para esperar, y lo manifestaba con gritos y palabras que no son para repetidas. Hablaban con San Genaro como si estuviese delan-

te; y uno, el más impaciente, llegó hasta pedir al cielo que rogase al santo que hiciese el milagro!..

Las canciones napolitanas populares lo son ya hoy en toda Europa, y creo en América, y el pueblo las canta con su dialecto; pero hoy se componen expresamente para los salones, y hay algunas preciosas. El baile popular «la Tarantela,» es también muy conocido. Auber lo introdujo en la *Muette di Portici*. Tiene algo del bolero, y una pescadora que la bailaba en una plazuela, cerca de la embajada, inspiró nada menos que tres sonetos al duque de Rivas, de los cuales copiaré el segundo, aunque los tres valdrían la pena:

A LUCIANELA

SONETO SEGUNDO

Cuando al compás del bandolín sonoro
Y del crótalo ronco Lucianela
Bailando la gallarda Tarantela
Ostenta de sus gracias el tesoro,

Y conservando el natural decoro
Gira, y su falda con recato vuela,
Vale más el listón de su chinela
Que del rico Perú las minas de oro.

¡Cómo late su seno! ¡cuán gallardo
Su talle ondea! ¡qué celeste llama
Lanzan los negros ojos brilladores!

¡Ay!..... Yo en fuego me consumo y ardo,
Y en alta voz mi labio la proclama
De las gracias deidad, reina de amores.»

No puedo resistir al tercer soneto; ya se me perdonará cuando se lea:

Deja, deja tus redes, Lucianela,
Y las áridas playas de los mares,
Y torna á tus dulcísimos cantares,
Y torna á tu gallarda Tarantela.

Ven el ídolo á ser de tu plazuela,
Do el mismo amor se inclina en tus altares,
Y á abrasar corazones á millares
Al compás del pandero y la vihuela.

¡Por qué has de usar de materiales redes
Para enlazar imbéciles pescados
Que el ser tuyos contemplan suerte dura,

Cuando con otras invisibles puedes
Tantos pechos tener encadenados
Que cifran en ser tuyos su ventura?

Se diría que el pueblo no duerme allí en el verano, pues toda la noche se le oye cuando se vive

cerca del mar, si bien sea verdad que todas las clases se acuestan muy tarde. Una cosa muy agradable era lo que ví en algunas casas, en donde desde la mañana abrían un cuadrito en una sandía y echaban dentro una botella de Jerez ó Manala, dejándola reposar en la bodega hasta las once de la noche que se comía, y era una delicia: probad eso, lectores, y me lo agradeceréis. El pueblo napolitano, que llama á esa fruta *cocomero*, dice que «si mangia, si lava é si beve.» No todos comen, beben y se lavan tan barato.

Me contaba un anciano servidor de los reyes de Nápoles que cuando entró el primer vapor en el puerto, los *lazzaroni* asombrados de ver andar un buque tan rápidamente y sin velas gritaban á los oficiales y marineros para saber si eran hombres como ellos. «¿Coméis macarrones?»

IX

Me parece que ya es tiempo de terminar esta conversación sobre

«Nápoles, rico vergel,
De amor magnífico emporio.»

como decía D. Juan, aunque queden aún muchas cosas que podrían referirse y otras que deben callarse, y quizá y sin quizá sean las más interesantes. Pero hay cosas que deben quedar en el misterio por el respeto que se debe á vivos y á muertos y por lo que uno se debe á sí mismo. Bien sé que eso es lo que más se busca, divierte é interesa, y á mí no me faltarían historias que echar en parto á la curiosidad pública, si no tuviese los legítimos escrúpulos que me lo impiden.

Pío IX decidió volver á Roma, pacificada ya por las tropas francesas cuya ocupación se le garantizaba. Las españolas que habían venido tambien en su auxilio volvían á su país después de haber ocupado una parte de los Estados Pontificios. Esto y los triunfos del Austria habían vuelto la paz á la Italia. El cuerpo diplomático volvió á Roma á fines de Marzo de 1850.

Empecé mis visitas de despedida, y empecé por la ciudad misma, subiendo á la Cartuja, desde cuya altura se domina el golfo y la ciudad, el Vesubio de un lado, las islas del otro, uno de los espectáculos mas bellos que pueden ofrecerse á la vista del hombre. El emperador Nicolás, de Rusia, no hizo sino ir de un lado á otro cuando visitó la Cartuja, sin perder un solo punto de vista y dolién-

dole marcharse de allí; todo lo que en su país veía cubierto de nieve, allí lo veía en pleno invierno alumbrado por el sol.

Con la mirada tierna y el corazón conmovido dije adiós á la ciudad; mi alma reconocida parecía dar á voces las gracias á aquel sitio encantador, á su risueña naturaleza, por el tiempo feliz y sereno que en él había yo pasado sin que un cabello hubiese venido á turbar aquella deliciosa existencia.

Me despedí de toda la sociedad sin olvidar á nadie, y dí á todos apretones de manos con efusión, sin olvidar al duque de Monteleone y Terranova, que me había prometido ir á México á reclamar los millones que se le debían como heredero de Hernan Cortés, dándome una mitad de lo que se cobrase, que rehusé porque no tenía yo ni edad ni autoridad para empresas semejantes. Ni entonces ni los años posteriores me preocupaba el dinero más de lo necesario. Hoy pago bien caro ese desdén, pues habiendo podido adquirirlo honradamente no debí descuidarlo, y Dios sabe solo lo que es ver venir la vejez sin saber ya cómo procurárselo.

Dejé en el trono á Fernando II. El Príncipe heredero, hoy Francisco II, tenía catorce años;

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY

vive en el destierro y me honra llamándome su amigo.

Los empleados subalternos no dejan salir á nadie sin pedir que se abran los baúles para ver si uno ha robado *delle antichitá*; pero con una propina no molestan más, aunque se hubiera robado el toro Farnesio.

Al salir no pude menos de recordar que Nápoles—la antigua Parténope—había pertenecido á la corona de España, y de referir aquellos versos de la oda á Felipe II, del duque de Frías, á quien no conocí, pero cuyas poesías completas me regaló años después en Madrid la duquesa viuda. En esos ocho versos está la historia del monarca.

«Fué del prudente Rey el poderío,
De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del trono, de la Iglesia brío,
Temido en Flandes, respetado en Trento;
Y, desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar y una bandera.»

Me tocó de compañera en el cupé de la diligencia la dama más grande que en mi vida he visto, como si una de las matronas de piedra de la plaza

de la Concordia de París se hubiese echado á andar. Era muy buena moza, y en las tradicionales disputas con los tradicionales postillones, que jamás estaban contentos de las tradicionales propinas, los hacía callar, y tenían que tragarse la andanada de improperios porque nunca quedaban satisfechos. Esto me recuerda lo que pasó á D. José Basilio Guerra, de alegre recordación, que dijo al amigo con quien viajaba: ¿ha visto V. hombre más bruto? *Bruto* en italiano quiere decir *feo*. *Brutto* con dos t, es *bruto*. El postillón, furioso, le dice: «¡Ah! yo soy feo, eh! pero V. no es nada bonito.» Yo, al ver el tamaño, fuerza y carácter de mi compañera de viaje hice migas con ella para que no me hundiera de un puñetazo. Cuarenta y ocho horas después estábamos en Roma; hoy se va en ocho.

X

A las tres de la tarde del 29 de Marzo de 1850, entramos en Roma por la puerta de San Juan de Letrán; atravesamos la plaza en que está la basílica de este santo, de que es canónigo de derecho,

segun la tradición, el Soberano de Francia; admiramos la fachada y el bello pórtico sobre el que está el balcón de donde el Papa da la bendición el día de la Ascensión; abajo, á la izquierda, hay una estátua antigua de Constantino el Grande, encontrada en las termas de este emperador.

La plaza estaba desierta; atravesamos varias calles angostas, tristes, con casas y tiendas poco agradables á la vista, y llegamos á la plaza de Venecia, en donde está el palacio de los antiguos embajadores de los Dux, hoy propiedad del Austria, los de los Príncipes Torlonia, Altieri, Bonaparte, en donde murió la madre de Napoleon I en 1836, y la iglesia de los Jesuítas, llamada *il Gesù*. Seguimos por el *Corso*, que era la calle principal, larga, angosta, que va desde la plaza de Venecia á la del Pueblo. En el *Corso* hay muchos palacios, los de los Príncipes Doria, Sciarra, Piombino, Chigi y otros; en la plaza *Colonna*, la columna de Marco-Aurelio, sobre la cual está la estátua de San Pablo.

Eran las tres de la tarde y apenas se veía gente en las calles: ¡qué silencio! ¡qué tristeza para los que dos días antes estaban en Nápoles en medio de la alegría expansiva de aquel pueblo, de sus gritos y de la muchedumbre! Pero ¡ay! no sospecha-

ba yo cómo andando el tiempo se apega uno tanto á esa ciudad y se identifica áun con sus inconvenientes! En la tarde subí al *Pincio*, una de las siete colinas, que era el paseo en donde estuvieron los jardines de Lucullus, que más tarde sirvieron á Mesalina para sus orgías. ¡Qué vista tan hermosa! A sus piés la plaza del Pueblo con su fuente y los cuatro leones que largan fuertes chorros, y en medio el obelisco que Augusto hizo venir de Heliópolis después de la derrota de Antonio, y enfrente, más allá del Tíber, la gigantesca cúpula de San Pedro con el Vaticano á la derecha, y á la puesta del sol un panorama admirable.

La legación estaba instalada en el *Foro Trajano*, del cual no hay descubierto sino una parte, habiéndose construido casas modernas al rededor del centro en que se vé la columna Trajana, sobre la cual está hoy la estátua de San Pedro. Cuando se sacaban vistas del *Foro Trajano* salían reproducidas en la fachada de la casa de la Legación las armas del país, pues es costumbre que se pongan en ellas á la izquierda de las del Pontífice reinante.

Mis deberes oficiales no eran tantos que me impidiesen hacer en seguida las numerosas visitas á los diplomáticos, sus familias y á todos los cono-

cidos de Gaeta, que me presentaron en varias casas de la aristocracia romana, á donde hice también el conocimiento de familias extranjeras de varios países.

El 12 de abril de 1850 hizo Pío IX su entrada triunfal en Roma. El cuerpo diplomático fué á recibirle, de uniforme, á las cuatro de la tarde, á la plaza de San Juan de Letrán, adonde nos dió la bendición. En seguida se instaló en el Vaticano. Roma había vuelto á tomar su aspecto severo y la calma que conviene á la Ciudad Eterna. El ejército francès daba allí la guarnición sin alardes ni ruidos, y todos se conducían muy bien.

Dejé pasar muchos días sin presentarme en el Vaticano. Al fin pedí una audiencia después de mi visita al cardenal Antonelli, que tan amable y benévolo fué conmigo hasta su muerte y cuyas cartas conservo todavía.

Pasé por la plaza de San Pedro con sus columnatas grandiosas, compuestas de cuatro hileras de columnas y de pilares del órden dórico. En medio, un obelisco sin hieroglíficos, traido por Calígula de Heliopolis, sobre el cual hay una leyenda. Sixto V lo hizo llevar de su antiguo sitio á esa plaza, pero como era cosa dificilísima el erigirlo, se prohibió al pueblo el pronunciar una palabra,

La operación estaba á punto de fracasar cuando un marinero no pudo menos de gritar, á pesar de las penas tan severas que se habían dictado: «aqua alle funi»—agua á las cuerdas—y la operación se concluyó perfectamente. Sixto V concedió al marinero el privilegio de proveer á la iglesia de San Pedro de las palmas en el domingo de Ramos, de que sus descendientes disfrutan todavía. Entre el obelisco y las fuentes hay una losa redonda en cada lado desde donde no se apercibe sino una sola hilera de columnas, y yo, solo ó acompañado, siempre me paraba en una de ellas para gozar de ese curioso espectáculo.

La entrada principal del Vaticano, *il Portone di Bronzo*, está á la extremidad de las columnatas de la derecha de la plaza, custodiada por la *Guardia Suiza*, que lleva el pintoresco uniforme dibujado por Rafael en el estilo de su época. El Vaticano comprende veinte patios, once mil piezas, no sé cuántas escaleras, sin contar las salas, capillas, etc., etc. Una pequeña parte está reservada al Pontífice, el resto son salas de aparato ó museos. Si visité éstos más tarde y varias veces, no hay para qué decirlo, pero no puedo decir lo mismo del resto del Vaticano, el palacio más grande que existe.

El cardenal Antonelli vivía en el piso más arri-

ba que el Papa, y para llegar á él había que subir por escaleras muy anchas y muy bellas, con 200 escalones de mármol, así que era preciso ir despacio. Su Eminencia me había autorizado á ir á verle sin pedir audiencia, pero yo nunca abusé de su bondad. Me recibía siempre en su despacho, en donde tenía escaparates con colecciones de piedras muy admiradas de los inteligentes. De sus ventanas, tan altas, se gozaba de una vista magnífica.

El Papa estaba, como digo, en el piso más abajo, pero siempre muy alto en proporción á lo colosal del edificio. En el invierno se veía en la antecámara á la servidumbre, que lleva sotanas moradas, al rededor de un brasero. En el verano el Papa se mudaba al Quirinal, por ser un sitio más fresco, otra de las siete colinas. En las salas que siguen estaban los Prelados de la Córte del Papa, teniendo á su cabeza al Maestro de Ceremonias, que era entonces el que murió Cardenal Borromeo y un *Camariere Segreto*, seglar, con traje negro como en tiempos de Enrique III. Se entra sin sombrero y sin guantes. Anunciado por el Maestro de Ceremonias, se hace en el umbral de la puerta la primera de las tres genuflexiones, y á la tercera se le besa el pié. Apenas

me apercibió Pio IX, me dijo: *Ecco il mio compagno di Gaeta*, y me habló de su destierro, de su viaje, de mi permanencia en Roma en los pocos momentos que me detuvo. Siempre iba yo, como todos los que lo tienen, de uniforme. Antes y después de la audiencia departía yo en la antecámara con los compañeros de la fortaleza de Gaeta.

Me instalé más ó menos bien, segun mis medios, que no eran los de Creso, en dos piezas que me alquiló una viuda que hablaba más que una urraca tuerta. Las comidas las hacíamos juntos los agregados á la embajada de Francia, que eran siete, dos piamonteses y otros, en una mesa que nos reservaban en un hotel, en donde todos pagábámos un tanto al mes, y había mucha cordialidad. Con las multas de los que llegaban tarde bebíamos buenos vinos. Unos han desaparecido; los que quedamos, de edad provecta, hemos conservado buenas relaciones.

XI

Arreglé mi vida muy agradablemente. La mitad del día al estudio, á la legación y á visitar las maravillas de la ciudad. Tomé un maestro de ita-

liano con ese acento límpido y simpático de los romanos, y otro de francés. Un sacerdote, preceptor de los hijos del Príncipe Chigi, me dió un pequeño curso de filosofía con el libro del malogrado Balmes. En la tarde, al paseo del *Pincio*, en donde las señoras, después de unas vueltas, paraban sus coches descubiertos y los paseantes á pié íbamos á saludarlas. Luego el paseo en el Corso, muy animado al anochecer, y en seguida las comidas, el teatro, las tertulias íntimas ó conciertos, bailes y recepciones, cuando las había.

Que mis lectores no se alarmen con la idea de que voy á referirles todo lo que hay que ver en Roma, para eso se necesita otro tiempo y otras fuerzas; pero déjeseme decir algo siquiera sea brevemente. Los príncipes romanos permiten ver todos los días sus hermosas galerías á los que se presentan. De las cinco partes del mundo venían admiradores de tantas obras maestras de la pintura que cada uno posee á centenares; así que al cabo de algún tiempo se siente uno como con una plétora de cuadros célebres. La abolición de los mayorazgos va á acabar con esas galerías, cuyos cuadros se dispersarán, aunque si pueden ser vendidos no deberán salir de Italia, pero concluirá esa tradición hospitalaria y el público no volverá á verlos.

El palacio Barberini está construido, dicen, con material arrancado al Coliseo, cuyo grandioso monumento fué respetado por los bárbaros en las invasiones de los siglos IV y V; así que se dijo entonces: «Lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberini.» Es tan grande, que cuando Carlos IV de España abdicó y fué á Roma, alquiló una ala del palacio, que contenía setenta piezas. En esas galerías están el retrato de la Fornarina, por Rafael, y el de Beatrice Cenci, joven pálida y delicada que no tiene el aire de haber matado á nadie.

El Palacio Borgliese posee unas galerías de cuadros las primeras de Roma después de la del Vaticano, en que se admiran todas las escuelas, empezando por Rafael. Los palacios Colonna, Corsini, Doria, Scierra y otros, encierran galerías de pinturas célebres que son una verdadera riqueza. No hace mucho tiempo que el emperador de Rusia ofreció doscientos mil duros por el violinista de Rafael, que es su propio retrato, y está en la galería Sciarra. Roma posee como setenta palacios que pertenecen á la aristocracia. No todos tienen el mismo espacio ni el mismo mérito, ni tampoco las comodidades del gusto moderno, si bien en muchos se han trasformado las habitaciones privadas.

Hay en Roma unas ciento sesenta iglesias, y en cada una hay siempre algo que admirar, tanto y tanto, que no es posible citarlo, y nos basta encarecerlo. Parémonos, sin embargo, delante del Moisés colosal de Miguel-Angel que está en San Pedro Advíncula y adorna el sepulcro del Papa Julio II. Está en la actitud irritada de la idolatría de los Hebreos y parece que va á levantarse de su sitio; es la estátua mas imponente que he visto. Cuentan que Miguel-Angel al concluirla le dió un golpe con el martillo, y le dijo: «parla,»—habla. Jamás olvidaré aquella figura irritada, con su larga barba y los cuernos pequeñitos que están en la tradición, por la manera con que se han interpretado los versículos del Exodo.

La basílica de San Juan de Letrán, «la madre y la primera de las iglesias,» era en tiempo de Constantino el Grande la principal de Roma. Allí se ven frescos y cuadros de Miguel-Angel, de Rafael, del Gioto y otros. Entre sus reliquias los cráneos de S. Pedro y S. Pablo; las capillas de los príncipes Torlonia, Máximo y Corsini, llenas de riquezas y de objetos antiguos, columnas, sarcófagos de pórfido, y en la de Corsini están las paredes incrustadas de piedras raras; el bautisterio en que Constantino el Grande fué bautizado por al Papa San

Silvestre; un palacio que habitaron los Papas hasta que llevaron la Santa Sede á Avignon; un museo cristiano y otro profano en que hay bajo-relieves, mosáicos antiguos, fragmentos de arquitectura, estátuas, pinturas, etc., etc., etc.

La basílica de Santa María Mayor se cree que es la más antigua de la Cristiandad, y posee el pesebre de Jesucristo. En la Noche de Navidad decía el Papa la misa allí, y el 15 de Agosto daba la bendición desde el balcón de la fachada. Mientras estuve en Roma no falté una sola vez á esa misa: no siempre se puede oír en *Noche Buena* la misa de un Papa. La tradición, desde el octavo siglo dice, qne la Virgen se apareció en la misma noche al piadoso patri cio Juan y al Papa Liberio, ordenándoles levantar una iglesia en el sitio que encontrasen la nieve, al día siguiente por la mañana, 5 de agosto, por lo que se llama también, aunque poco, á esa iglesia: «Nuestra señora de las Nieves.»

La basílica de San Pablo, construida en el siglo III, era antes del incendio en 1823 la más bella y la más interesante de Roma. Desde León XII hasta Pío IX todos los Papas emprendieron su reconstrucción, que es suntuosa por sus dimensiones y por la riqueza de los materiales que se em-

plearon. Las dos columnas de alabastro amarillento cerca de la entrada y las cuatro del baldaquin del altar mayor, son un regalo de un turco, el Virrey de Egipto, y las bases de malaquita son otro regalo de un cismático, el emperador de Rusia. Los muros están cubiertos de mármol, y encima de las columnas de las tres naves hay unos medallones de mosáicos de todos los Papas, desde San Pedro, y otros vacíos para los Papas futuros. El último que ví fué el de Gregorio XVI; hoy debe estar el de Pío XI; esos mosáicos se hacen en los talleres pontificios.

Voy á decir bien poco, y quisiera decir mucho, sobre la basílica de San Pedro. ¿Quién no ha oído desde su niñez hablar de ella como de una maravilla que encantaba la imaginación, en que se entrevéia la grandeza de la religión y la grandeza del arte?

La basílica empezó por ser una *iglesia*, lo mismo que las otras construidas por el emperador Constantino, en el antiguo Circo de Nerón, en donde San Pedro sufrió el martirio. Carlomagno recibió allí en el siglo octavo la corona imperial de manos de Leon III, y después de él muchos Papas y emperadores se coronaron también en esa iglesia. Desde el siglo XIV se resolvió re-

construirla, ensancharla y embellecerla. El arquitecto Bramante quería darla la forma de una cruz griega y colocar el Panteón como cúpula; pero habiendo muerto sin llevar á cabo sus planes, se encomendó el continuarlos á otro arquitecto, ayudado por Rafael, que murieron poco después. Miguel-Angel los continuó, salvo la forma de la cruz, que se le ordenó fuese la latina; pero la cúpula se hizo como la empezó Bramante, con la forma y dimensiones del Panteón.

Cuando se está en este monumento construido por Agripa, hoy iglesia de Santa María-Rotonda, que es la forma del célebre edificio romano, el único que se conserva intacto de los de aquella época, apenas se comprende y no se admira bastante cómo han tomado de él su altura y diámetro, que miden ambos 43 metros 40—dos metros ménos de altura que el Arco del Triunfo de París—para hacer la cúpula de San Pedro, que se eleva á 94 metros encima del techo y tiene 192 de circunferencia. En el interior de la Cúpula se contempla una vista sorprendente de la iglesia, los altares parecen pequeños y la gente parece niños; es el vértigo más fuerte que he tenido en mi vida; y si hoy me lo da cualquier altura, si me vol-

viese á asomar allí de fijo que en el acto me dejaría caer dentro de la iglesia.

En una hermosa mañana de primavera fuí á las seis de ella con los agregados de los diferentes países que nos conocíamos á subir á la cúpula y contemplar el panorama de Roma. Para llegar á la bola de cobre que corona el edificio, se sube por una escalerita tan angosta, que hay que pasar una persona á la vez; éramos catorce y áun había sitio para dos más: esto es muy curioso, pero allí no se vé nada. En el Panteón hay un claro en la cima de las mismas dimensiones que esa bola, única parte por donde entra la luz y no está cubierta; así que, cuando llueve, cae el agua en el centro de la que hoy es iglesia. En ella está el sepulcro de Rafael. Ya he dicho antes que se imputaba á los Barberini el haber construido su palacio con materiales del Coliseo, que como el Panteón, fué respetado por los bárbaros, pero eso no está probado. Lo que sí lo está es, que en tiempo de Urbano VIII, que era un Barberini (1623), se retiraron los tubos de bronce del techo del pórtico del Panteón para hacer las columnas del baldaquino de San Pedro y los cañones del castillo Saint Angelo, lo cual dió ocasión á la sátira de que he hablado antes; *quod non fecerunt barbari, fece*

runt Barberini, que apareció en el torso de la estátua de Pasquín, un gladiador que está en una esquina, adonde se pegan epígramas graciosos que hacían reir á los mismos Papas. El célebre Benini, el que hizo la columnata de la plaza de San Pedro, construyó dos campanarios al Panteón, que se llaman como hoy: «las orejas de asno de Beruini. Volvamos á San Pedro.

La fachada de San Pedro tiene ocho columnas, cuatro pilastras y seis medias pilastras corintias, y ciento veinte metros de ancho y cuarenta y cuatro de altura, una balaustrada con las estátuas del Salvador y de los apóstoles de seis metros de altura. Encima de la puerta de en medio está la *loggia*, ó balcón en que da el Papa la bendición en ciertos días.

El pórtico, con su techo de estuco, tiene 71 metros de ancho, 14 de profundidad y 20 de altura; á los extremos, dos estátuas ecuestres, á derecha Constantino el Grande y á la izquierda Carlomagno. Las cinco entradas están formadas con columnas antiguas de mármol violado de Africa. De las cinco puertas de la Basílica, la primera á la derecha, se llama la *Puerta Santa*, designada por una cruz que no se abre sino los años de jubileo, cada veinticinco años. El último fué en

1825, y si Pío IX hubiera vuelto á Roma cuatro meses antes en 1850, yo habría presenciado esa ceremonia. Como en 1875 hacía cinco años que el Papa había cesado toda ceremonia pública, el jubileo no se verificó, y á no ser así, yo habria asistido á ella, pues ese año fuí á pasar unos meses á Roma. La grande puerta de en medio es de bronce, imitación de la célebre de Florencia, y encima se vé un mosáico representando á San Pedro en el mar, del famoso Giotto. El pórtico no deja ver la cúpula, porque Miguel-Angel quiso que el efecto lo produjese de lejos, lo que logró admirablemente.

El interior de la iglesia presenta un aspecto imponente, no tanto por sus dimensiones colosales, sino por la armonía de sus proporciones. Sabido es que San Pedro es la iglesia más grande del mundo. Lo primero que se nota al entrar por la puerta de en medio, es una losa de pórfido redonda, sobre la cual se coronaban los emperadores. Más lejos, en el pavimento, están marcadas las dimensiones de varias catedrales: la de San Pedro, 194 metros; San Pablo de Lóndres, 158; la catedral de Florencia, 149; la de Milán, 135; San Pablo de Roma, 127; Santa Sofía de Constantinopla, 108. El total de lo largo, desde el pór-

tico es de 211 metros; la altura de la nave grande es de 46; lo ancho, de 28. La cúpula tiene 123 de elevación, hasta el ojo de la linterna y 132-50 hasta la cima de la cruz. San Pedro encierra treinta altares y ciento cuarenta y ocho columnas: estos datos son muy curiosos, áun para los que hemos visto y vuelto á ver tantas y tantas veces esa maravilla.

En la imposibilidad de escribir aquí las que contiene la Basílica, indicaré solamente el rico baldaquino de bronce que está debajo de la cúpula, cuya altura es de 29 metros y pesa 63,054 kilógramos, adonde está el altar mayor, reservado sólo al Pontífice. Debajo está «la tumba de San Pedro,» que llaman *la confesión*, rodeada de 80 lámparas, siempre encendidas. Una doble escalera de mármol conduce al subterráneo, y entre ellas está una magnífica estátua de Pío V orando, por Canova. En la bóveda, más allá de la cúpula, está «la Cátedra de San Pedro,» que encierra el trono episcopal de San Pedro, para el que se emplearon 74,280 kilógramos de bronce. A derecha los magníficos sepulcros de Urbano VIII, por Bernini, el de Pablo III por la Porta, dirigido por Miguel-Angelo. Este monumento tenía en mi tiempo dos estátuas colosales alegóricas; la de la mujer estaba recostada;

Pío IX había hecho cubrir una parte de ella, pero siempre dejaba ver lo bastante para admirar aquellas formas que encantaban por la pureza de sus líneas, y la vida que había, por decir así, en aquel mármol, jamás la olvidaré, y ya tendré ocasión de volver á hablar de ella. Cuentan que un inglés se había enamorado de ella á pesar de sus formas colosales, y que hizo mil extravagancias que no es del caso referir: ambas estátuas están hoy en el palacio Farnesio, que pertenece á Francisco II de Nápoles, y en efecto, mejor están allí. Los sepulcros de León XII, de Inocencio XII, de Gregorio XIII, que rectificó el calendario, y de Gregorio XIV, éste muy sencillo; de Sixto IV, de Benito XIV, de Clemente XIII por Canova; la figura del Papa y los dos leones son admirables; de Clemente X, de Alejandro VIII, de San Gregorio el Grande, de Pío VII, de Inocencio XI y de Inocencio VIII; el cenotafio con el retrato de la reina Cristina de Suecia, convertida en Roma al Catolicismo; el monumento de la condesa Matilde, que en 1102 cedió á la Santa Sede sus Estados de Toscana y Lombardía; la tumba de San Gregorio Nacianceno; de Gregorio XVI, predecesor de Pío IX; de Alejandro VII; un sarcófago antiguo que contiene los restos de León II, León III y León IV, el monumento de la mujer

del pretendiente Eduardo Estuardo, de Inglaterra, el de los últimos Estuardos, por Canova, con los bustos de Jacobo III y de sus hijos Estuardo y Enrique, cardenal de York.—Los he puesto sin orden cronológico, porque están colocados indistintamente á derecha é izquierda y en las capillas.

Hay tantas armonías en las dimensiones, que de lejos no se da uno bien cuenta del tamaño de cada objeto. Así, si uno se pára á la entrada de la iglesia y se fija la vista en las dos pilas de agua bendita, se vé que cada una está sostenida por dos *angelitos*; pero al acercarse á ellas asombra ver lo grandes que son. El célebre grupo de la Piedad, por Miguel-Angel, arrebata. «El dolor de la Virgen—«dice un autor—no ha destruido la belleza virginal «de la Madre, ni la muerte las gracias del cuerpo «de su divino Hijo. Al crear esta obra maestra, Mi«guel-Angel se inspiró en la antigüedad; la belle«za de las formas da aún más verdad al sentimiento. Muy largo sería continuar, y me detengo aquí bien á pesar mío, por lo agradable que es contemplar con la imaginación tantas bellezas artísticas consagradas á la religión. Añadiré solamente que hay confesionarios para once lenguas diversas y un trono sobre el cual el gran Penitenciario da la absolución los días de las grandes fiestas de la Iglesia to-

cando la cabeza de los penitentes con una vara negra.

La sacristía corresponde por su tamaño y belleza á la grandeza de la Basílica. Contiene tres capillas y un corredor con columnas é inscripciones antiguas, la sacristía de los canónigos con su capilla, la sala capitular, la sacristía de los beneficiados, el tesoro de la iglesia que encierra tantos objetos preciosos como los candelabros de Benvenuto Cellini y de Miguel-Angel, la dalmática que Carlomagno llevaba en su coronación, etc., etc., los archivos con manuscritos curiosos, pero éstos, así como el tesoro, no se ven fácilmente.

Las «grutas antiguas» contienen muchas tumbas de Papas y de príncipes; las «grutas nuevas» contienen cuatro capillas, cuadros, mosáicos, bajo-relieves, esculturas, etc. El sarcófago de San Pedro, que estaba en las catacumbas de la vía Apia y luego en San Juan de Letrán, se encuentra allí desde el siglo XV.

Las catedrales en Italia no tienen torres, como las españolas. En San Pedro hay una hermosa campana al lado derecho de la fachada, sonora y agradable, que me parece oír en este momento. En Pisa existe la *torre inclinada*, que tiene 59 metros de altura, y está inclinada cinco metros,

pero está aislada de la Catedral. En lo alto de esta torre hizo Galileo sus experiencias. En Florencia, Rávena, Padua, Mantua, Bolonia y Cremona existen *Campanili*, separados del cuerpo de la Catedral. El de Florencia, diseño del Giotto, tiene 81 metros 40. El de Cremona, 80.

Una observación para concluir. Todos los que entran á San Pedro van con la idea de lo que va á sorprenderles lo colosal del edificio: nada de eso. Las proporciones están tan bien observadas, que no hace el efecto que se esperaba; pero á medida que se avanza y se acerca uno á los objetos, la admiración va creciendo y no acaba nunca.

XII

Sospecho que no querreis que siga recorriendo, siquiera á escape, algunas de las numerosas iglesias de Roma, tan curiosas por su origen, antigüedad y riquezas artísticas, por lo que vamos á dar un paseo, siempre á escape, á cielo raso. Parémonos á contemplar el anfiteatro Flavio, ó sea el Co-

liseo, cuyos restos dan una idea de la grandeza del edificio construido con los brazos de doce mil prisioneros judíos, inaugurado por Tito con fiestas que duraron cien días, en que perecieron nueve mil fieras y podía contener cien mil personas. Al verse allí parece que resuenan los gritos de: "los cristianos á los leones," del pueblo impaciente de verles morir. Benito XIV lo consagró á la Pasión de Jesucristo en recuerdo de la sangre de los mártires, construyendo unas capillitas en que se recorría el *Viacrucis* que el gobierno italiano ha hecho derribar últimamente. Desde el siglo XIII se fueron tomando materiales de este edificio para construir otros, y en el XV se construyeron con ellos los palacios de Venecia, Cancillería y Farnesio.

El Capitolio es otra de las siete colinas á cuya entrada se vé la estátua ecuestre de Marco Aurelio, á la cual Humboldt comparó, aunque poniéndola en segundo lugar, á la de Carlos IV en México. La roca Tarpeya de donde se precipitaba á los condenados á muerte; el Palacio senatorial, cuyos miembros, dice la tradicion, fueron salvados por los graznidos de los gansos que revoloteaban en rededor suyo anunciando el peligro; sus museos llenos de antigüedades curiosísimas; el

Foro Romano; el Palacio de los Césares; los restos de suntuosos edificios, como el templo de la Concordia, que recuerda la lucha entre patricios y plebeyos; la *via sacra* que iba hasta el Capitolio; el templo de Vesta que contenía el fuego perpetuo; los cinco foros construidos desde César hasta Trajano; los restos de los templos de Saturno y de Vespasiano; el arco del triunfo de Septimio Severo con su estátua coronada por la victoria; el templo de César; el de Tito construido después de la toma de Jerusalem; el templo de Venus; los foros de los emperadores Augusto y Trajano; la columna de este emperador, toda de mármol, con bajo-relieves admirables; los palacios de Flavio y de Septimio Severo; la Cloaca Máxima; la pirámide de Cayus Cextus que cubre su tumba; la "escalera santa" del palacio de Pilatos en Jerusalem, que no es permitido subir sino de rodillas, y yo lo hice varias veces; las Catacumbas, que contienen los sepulcros de los primeros cristianos y de tantos mártires, los palacios de los príncipes, sus villas en los alrededores de Roma, como en Albano, Frascatti Tibolio y áun en la ciudad misma, como la *Villa* Doria-Pamplili, todas con recuerdos históricos, esculturas griegas, romanas, habitadas en el verano por sus dueños y visitadas por los viajeros

con permiso de sus hospitalarios posesores. Basta ya, me diréis, y basta, me digo yo también, que no acabaría yo con las citas ni sería tampoco posible entrar en los detalles de tantas maravillas.

XIII

Los miembros del cuerpo diplomático se mostraban contentos de volver á verse en sus casas después de quince meses de ausencia tan llenos de peripecias. Sólo faltaba el duque de Harcourt, que había sido reemplazado, como embajador de Francia, por el conde Rayneval, hombre entendido, simpático y amable. Los embajadores, como los príncipes romanos, empezaron poco á poco á abrir sus salones hospitalarios dando grandes comidas y recepciones, y á veces bailes, ó comidas y recepciones íntimas, que eran las más agradables por su cordialidad é interesante conversación.

A ellas asistían también algunos cardenales, cuyo traje para las visitas era una especie de levita de paño, negra, derecha, con botoncitos rojos has-

ta la rodilla, medias y solideos colorados, y cinta y borlas rojas en el sombrero. Acudían también á esas pequeñas reuniones muchos *Monsignori* de agradable conversación y ameno trato, así como algunos extranjeros, de modo que esas reunes cosmopolitas ofrecían gran atractivo para todos, sobre todo para los que al deleite añadíamos la enseñanza que desprendían. En cada antecámara había siempre dos cirios para dos lacayos, que los encendían al marcharse cada cardenal y le precedían acompañándole hasta el carruaje. Sabido es que cuando un soberano va á una casa particular, al teatro ú otro espectáculo, dos criados le preceden con un candelabro cada uno con varias luces.

El mariscal Baraguay d'Hilliers mandaba el ejército de ocupación en Roma y vivía en el palacio Colonna, es decir, en una parte de ese inmenso palacio. Cada semana daba un baile, al que acudía mucha gente, pues no rehusaba los convites que se le pedían. Acostumbrado á acostarse y levantarse temprano, no quería prolongar sus fiestas, y aunque era muy amable, en todo tenía los aires militares, y á las doce entraban los criados con apagadores para dejar á oscuras los salones, manera expeditiva de decir á sus convidados que se

iba á acostar, y todos salían en tropel en busca de sus abrigos.

Llegaron á él las quejas de ese proceder, á las que se añadía el deseo de seguír bailando, el mariscal ofreció corregirse, y al baile siguiente, dieron las doce sin que los apagadores hicieran la temida irrupción; pero como los que no bailan no se desvelan, se disponían á marcharse cuando se encontraron en la antecámara con dos centinelas que, fieles á la consigna, decían con tono decidido: «No se pasa.» Asombro, quejas, risas, enojos, súplicas, nada fué parte á quebrantar al manco de la batalla de Leipsick, en donde perdió el brazo izquierdo en 1813. Sólo por la princesa Torlonia hizo una excepción, porque esta señora tenía muy mala salud; y como era hermana del príncipe Colonna, conocía las salidas y escaleras reservadas del palacio, la obligó á bajar por una de ellas para no dar el mal ejemplo de verla salir por la de honor: así se vengó reteniendo á todos hasta las siete de la mañana.

Una costumbre muy agradable de Roma, lo mismo que en Madrid—aquí en mayor escala—es poder visitar de noche á las familias que se conoce con cierta intimidad. Hacer visitas en *prima sera* se llama á las que se hacen antes de ir á un baile ó concierto; pero hay también lo que

llamamos tertulia, es decir, que en ciertas casas se reunen de noche los mismos y pocos amigos. Cada uno tenía su tertulia predilecta en los días que no se iba á baile, teatro ó concierto. En la mía había secretarios y agregados, jóvenes casadas muy guapas, romanos, algunos extranjeros y oficiales franceses, entre ellos uno muy rico que se llamaba *Poule* (gallina en español) cuya mujer era muy gastadora, y cuando lo llevaba á tiendas no reparaba en el precio, y decía á su marido «Mr. *Poule*, *pouder*.» (Sr. gallina, ponga V. el huevo) lo que hacía de buena gracia.

En aquella época no habia caminos de hierro en Italia, adonde se iba por mar embarcándose en Marsella. De cada país venían familias aristocráticas á establecerse en Roma, de Noviembre á Mayo, que entraban desde luego en la intimidad de la nobleza romana, y reinaba gran cordialidad en esa fusión: todos se conocían y se convidaban; las más ricas de las extranjeras daban bailes en los espaciosos salones que alquilaban en palacios, á los que acudía toda la sociedad.

De las fiestas más brillantes de los príncipes eran las de Doria, cuya esposa era inglesa; Torlonia, el más rico de ellos, que tenía un palacio expresamente para dar fiestas, del que se retiraba como

todos los convidados para volver á su casa, en donde todo seguía ordenado; Borgliese, que contiene las más bellas galerías de pinturas; Rospigliosi, Altieri, duque Torlonia, hermano del príncipe, hombre de blando cerebro que pensaba alto y mal, y decía cosas estupendas, siempre á gritos, ya donosas, ya embarazosas y comprometedoras. Un día dijo á gritos á una señora que la echaba de jóven y se escotaba y pintaba á su gusto: «¡Que bien se conserva V.! porque... espere V... yo la conocí en 1831, así que debe V. tener de 50 á 55 años. La pobre señora se puso colorada y á abanicarse con más ganas de clavarle un alfiler en la lengua que de reírse de la gracia. El buen duque era muy temido.

En los bailes de esos palacios empecé á tomar el gusto á los cotillones, á los que se prestaba lo espacioso de los salones, que permitían bailar á escape y á largas distancias, que duraban hasta las seis de la mañana, lo cual no nos impedía el volver á empezar otro al día siguiente. Allí aprendí figuras muy bonitas, que introduje luego en Madrid y áun en París en los cotillones que dirigía yo con un ardor que ahora me parece imposible. *La Epoca*, de Madrid, habló de ello. La afición al baile me duró hasta muy tarde, y no ce-

sé de bailar sino quince días antes de entrar en funciones sérias. Mi último cotillón, en 1864, fué en un baile de *los lunes* de la emperatriz Eugenia.

La apertura de la ópera se hacía entonces con cierta solemnidad, la presidía el *Delegato* y obsequiaba á las señoras de los palcos con helados en el primer entreacto. En cada uno no había delante sino dos señoras, con la extraña costumbre de que una volvía la espalda á la escena para quedar enfrente de la otra.

Verdi dió allí la primera representación de *Il Trovatore*, á la que asistí. Acostumbrado desde la infancia á la música italiana, seguí gustando allí sus delicias. Mi oído ha sido siempre refractario á la música alemana, tan celebrada, tan sábia y sorprendente para los competentes, para los que la siguen más con la inteligencia que con el corazón, sin que yo desconozca que algunas obras de Meyerbeer imponen por su efecto. La música italiana ha perdido mucho en el gusto moderno, á medida que se ha ido extendiendo considerablemente la afición á la música en todas las clases, áun en las más bajas, y hasta las hijas de las porteras van al Conservatorio. Verdi en estos últimos tiempos se ha acercado al terrible Wagner, tan ensalzado por unos, tan denigrado por otros, en *Aida* y en

Otello, representado hace tres semanas en Milán. Verdi, en su *primera manera*, seguirá siendo el ídolo de los que gustan de la música italiana, y no obtendrá aplausos por su *segunda* sino en los que se entusiasman hoy con la alemana, con la de Wagner, que pretendía ser la del porvenir.

A los que me echan en rostro mi ignorancia, para saber apreciarla y recrear mi inteligencia con sus composiciones, les pido que me expliquen por qué en el duo de Poliuto, de Donizzetti, antes de ir al martirio en el Coliseo de que he hablado antes, inspirados él y ella por el Cristianismo:

«Il suon delle arpe angeliche
In torno a me giá sento.»

acompañado por las arpas, el entusiasmo me levanta tanto por la música como por la idea. Por qué la «casta diva che inargenti,» de la Norma, me da un goce tranquilo y sus reproches me arrebatan; por qué oigo llorar en la parte instrumental de *Sonnambula*; por qué me siento belicoso en *Los Puritanos*; por qué me aterra el *Otello* de Rossini, en donde Tamberlick daba su famoso *ut dies* en el «se dopo lei morró,» que parecía como si un martillo de plata hiriese un cristal de roca;

por qué me alegra el corazón *el Barbero*, y por qué, en fin, todo es emoción y arrebato en mí con la música italiana, é indiferencia primero y cansancio después con la alemana! Y lo mismo digo de la francesa, con perdón de los que escandalice yo, que, excepto el *Fausto* de Gounod, que es bellísimo, áun cuando se canta en francés, no puedo soportar. La lengua francesa, tan clara, tan precisa, tan elegante, tan universal, tan útil, que se presta tanto á lo sublime como á lo ridículo, de la que Boileau decía, con razón:

Ce qui n'est pas clair, n'est pas français,

me es ins oportable en el canto serio, y á ella estoy condenado, pues voy frecuentemente á la ópera que es un punto de reunión muy agradable.—En lo bufo es otra cosa.—Nada hay más divertido cuando se canta con la música alegre y comunicativa de ciertos autores como *Orfeo*, la *Belle Hélène*, *le Pont des Soupirs*, y tantas otras que se oyen con gusto y á menudo.

XIV

Uno de los paseos más agradables era el de la *Villa* Borghese que el Príncipe abría para el público los sábados y ahora todos los días. Esa propiedad privada es más grande que muchos paseos de otras ciudades, y encerraba la *Villa* de Rafael que fué destruida con sus bosques en 1849 durante el sitio del ejército francés. Los carruajes paseaban en ella á grandes distancias, y los que no lo teníamos ó los que deseaban hacer ejercicio, paseábamos á pié en agradable compañía. Uno de los más asíduos era el amable encargado de negocios del Brasil, que hacía las delicias de todos porque mezclaba al hablar las tres lenguas que sabía: el portugués que era la suya, el francés y el italiano; á veces no se entendía ni pizca de lo que decía; otras, salían de esa mezcla tales cosas que no es posible escribirlas, aunque muy graciosas. Por ejemplo, decía: «Je n'aime pas *salir* les escaliers.» Sabido es que *salir*, en francés, es *ensuciar*, y en italiano, *subir*, de modo que decía muy serio á las señoras: «No me gusta ensuciar las escaleras.» y como en

Roma el piso principal, el *piano nobile* es muy alto, tenía ocasión de repetirlo á menudo á las damas. Yo, que sabía el francés y el italiano y comprendía el portugués, por su semejanza con el español, adivinaba lo que quería decir, y áun conservo en la memoria buen número de sus frases, que refiero cuando la ocasión se presenta y no puedo escribir.

Esa *Villa* encierra un casino con diez salones llenos de objetos de arte, que son la admiración de los viajeros. Sólo citaré la estátua de Paulina Borghese, hermana segunda de Napoleón I, por el célebre Canova, que fué una de las mujeres más hermosas de su tiempo, que representa la Vénus de Praxíteles. Cuando se preguntaba á la deliciosa Princesa cómo había podido permanecer desnuda en el taller del escultor, respondía naturalmente, "había fuego." La Princesa opinaba, sin duda, con los que en todos tiempos han pretendido que la desnudez completa es menos deshonesta que á medias, y en verdad que la Italia justifica esa opinión, porque desde Turín hasta Sicilia se cuentan á millares las estátuas desnudas de la antigüedad, y áun modernas, que á nadie chocan y á cuya vista se acostumbran desde que nacen, y lo mismo sucede en todas las capitales de Europa, sin

exceptuar al Vaticano mismo: dígalo si no, el "Apolo de Belvedere" y tantas otras.

Salir de la hermosa *Villa* Borghese para entrar en el *Ghetro*, la transición es violenta, pero alguna vez habíamos de hablar de él. El de Roma está entre el pórtico de Octavio y el Tíber, y allí han vivido los descendientes de los judíos que Tito trajo prisioneros de Jerusalem desde la antigüedad y la Edad Media. Pablo IV hizo cerrar ese barrio con puertas y les impuso llevar gorras amarillas. Es muy curioso ver cómo se ha conservado allí el tipo oriental, y en el acto se piensa la destrucción del templo de Jerusalem por Tito en sus triunfos, y hasta en la judía Bereniza de quien se enamoró y á quién repudió cuando proclamado emperador abjuró su vida licenciosa para no hacer más que el bien, diciendo esta hermosa frase cuando no había hecho alguno: «Mis amigos, he perdido mi vida.»

El pueblo romano no es tan guapo como en Nápoles, en cuyo ejército se veían tantos buenos mozos; pero en cambio, las mujeres son feas, mientras que las de Roma tienen un tipo más agradable. El pueblo romano no es tan numeroso ni callejero como el napolitano, pero tiene mejor aspecto y es más civilizado. El tipo de las mujeres de *Tras-*

tevere—el otro lado del Tíber—es original y las más guapas vienen á pasear al Corso con sus trajes pintorescos: se las llama *eminente*.

Los domingos, sobre todo, se les vé en la misa de San Pedro, adonde no va, cosa rara, la buena sociedad; cada uno va á su iglesia vecina, y sabido es que aquella vive del lado izquierdo del Tíber. La clase media, después de la misa de las doce, se pasea una hora en el Corso, paseo á que no faltaba la juventud extranjera á admirar las guapas chicas que allí paseaban. En Roma, sociedad y pueblo, todos tienen un acento agradable y su lenguaje es correcto.

XV

Cuando un embajador nuevo presentaba sus credenciales al Papa, ó había sido creado un cardenal, era la costumbre que el uno y el otro tuvieran un *ricevemento*—recepción—que se verificaba en el palacio de la Embajada, y para el cardenal en el de algún príncipe amigo cuya señora hacía

los honores. Para estas recepciones bastaba un simple aviso, y todos los que se veían en posición de acudir á ellas se presentaban sin otra formalidad. Eran muy brillantes y animadas, pero duraban poco tiempo; se felicitaba al embajador ó al cardenal, se departía un poco y á las once todo había concluido. Era muy curioso oír el nombre de cada persona que entraba gritado por un ugier que tenía buenos pulmones; cuando estropeaban el de alguno era una risa general.

Para esto y para muchas cosas graciosas no hay sino los napolitanos, locuaces é ignorantes, comparables sólo con los gallegos en España, que salen de sus pueblos para ir á servir á Madrid. Los napolitanos se esfuerzan en gritar el nombre de cada convidado á las fiestas, y un criado que sabía que dos señoras llevaban el mismo nombre, la suegra y la nuera, creía que al anunciarlas debía hacer una diferencia para advertir quién era á la dueña de la casa, y una vez gritó: "La Signora Principepa de.....—la *vecchia!* la *vieja!*" que la indignó y dejó confusa á la dueña de la casa.—Esos criados son muy expansivos, y cuando la persona á quien se va á ver esta fuera ó esta enferma, se ponen á dar detalles indiscretos. Así, una vez la duquesa de..... no podía recibir

por haber tomado una medicina, y el maldito criado, no sólo lo dijo sino que entró en detalles sobre sus efectos, lo que la vejó tanto más cuanto que era una señora extranjera la que iba á visitarla y no estaba acostumbrada á esas expansiones domésticas.

Esto me recuerda á los gallegos que sirven en Madrid. Una señora contaba que tomó á uno como criado al principio de la semana, y como los domingos hay siempre gente á comer allí, alargaron la mesa sin que él lo viera. Acostumbrado ya á poner los manteles, se encontró con que la mesa era más grande que aquellos, y en su ignorancia de que las mesas podían alargarse, creyólo una mala parada del diablo, y corrío dando gritos hasta la calle. Otra vez le enviaron al correo á ver si habìa carta, y se estuvo dos horas al lado del buzon esperando que saliera la de su ama!.... El marqués de.... contaba que cuando su madre era camarera mayor esperaba en su casa al embajador de Inglaterra, que había presentado sus credenciales á Fernando VII, pues es costumbre que después de esa ceremonia el embajador haga una visita de etiqueta á la camarera, que lo espera de pié en el fondo del salon y con el traje de córte. Apenas empezaba la visita, que duraba pocos

minutos, entra el criado y grita desde la puerta: «Señora marquesa, ¿me quito los calzones?» sin respeto á la gravedad inglesa y á la española: se conoce que no le gustaba el calzon corto. Así y todo, tanto en Italia como en España hay criados que se eternizan en las casas, mueren allí de viejos, llenos de cariño y de respeto á sus amos.

Quizá, y sin quizá, esto valga más que la elegancia, lo guapo y las maneras distinguidas de los criados franceses é ingleses, que hablan correctamente y que parece que representan segun lo bien que hacen su papel. En las grandes casas los hay más distinguidos que muchos hombres de la buena sociedad. En vez de la familiaridad de los meridionales, tienen respeto, á lo menos aparente, y no responden más que lo preciso y de un modo que da gusto oírles. Esto se va perdiendo en Francia, menos en ciertas casas, pues el pueblo está minado: el socialismo, la igualdad mal entendida, el derecho de votar, les ha hecho arrogantes y poco seguros. El interior de cada familia les es conocido como el suyo propio; todo lo ven, oyen y repiten en el barrio, y cuando se reunen para esperar en las fiestas, se llaman por los nombres de sus amos y pasan el tiempo en contarse lo que saben de ellos y de los que van pasando. Alguna

vez ha sucedido que áun sin el vino caliente que se les envía por los que dan las fiestas para que soporten el frío mientras esperan, se amotinan y hay que hacer venir la policía. Añádese á eso que son un precioso auxiliar de ella, pues son espías por naturaleza y por interés. No se les tutea y se les habla en forma comedida. A los que sirven á las señoras, y áun á las lavanderas ú otras, se las llama «Señora» si son casadas, ó «Señoritas» si no lo son. Los amos, cuando están ausentes, escriben cartas á los criados que quedan en la casa para dar órdenes. Algunas veces se permiten agudezas. En un baile de Tullerías un joven inexperto llamó *garçon* á uno de los que servía la cena. *Garçon* es sabido que en francés quiere decir *¡muchacho!* y tambien *soltero;* así que el criado, indignado de la forma de desprecio, hizo un juego de vocablos y respondió: «Caballero, en casa del emperador todos somos casados.» Otra señora, irritada, dijo una vez á su criado: «Ya he dicho á vd. que no éntre jamás en mi cuarto sin llamar á la puerta.» «Puedo asegurar á la Señora que no entro nunca sin mirar antes por el agujero de la llave,» respondió.

Que no se me riña por estas digresiones; esto es una conversación en que se refiere todo lo que

viene á las mientes, sin apuntes de ninguna clase, y no un discurso ó sermón en tres puntos. Y luego, los criados son una pesadilla para mí, compadezco su situación y soy suave y cortés con ellos, pero me estorban y son temibles, lo que hizo que con el título de «Pensamientos cortos de un hombre nervioso» escribiese yo en 1883 lo que pienso sobre ellos, así como sobre otras cosas, y si se quiere, traduciré un día ese capítulo, que es el I de «Petites Pensées d'un homme nerveux.»

XVI

En las familias de los príncipes romanos se llevaba una vida patriarcal. Los mayorazgos existían entonces, de modo que el primogénito era el solo propietario de la fortuna. Los hermanos seguían la carrera de la Iglesia, eran *Guardias-Nobles* ó se casaban con extranjeras ricas, y áun muchos primogénitos lo hacían también, como Doria,

Santa Croce, Chigi, Teano, Borghese, Aldobrandini, Salviati, etc., etc.

El príncipe tenía *sólo* autoridad en su palacio; de nada podían disponer los hermanos y las hermanas, que no tenían ni caballos, ni carruajes ni nada de supérfluo. Cada hermano tenía «la casa ed il piatto, con cinquanta scudi al mese,» casa, mesa y 50 duros, era la regla. Un día paseando con un hermano menor de un príncipe quisimos ponerle en la testera, y lo rehusó diciendo: «Soy hermano menor y estoy acostumbrado á ir de espaldas.» Otro menor tambien, no podía soportar su situación, no tenía reloj, su sombrero viejo tenía un agujero en el ala, y cuando por él entraba el sol sobre sus narices: «Son las doce,» decía: en esto había más gracia que verdad. Las mujeres tenían una dote en proporción á la fortuna de la familia. Esa cuestión de mayorazgos se presenta en los países que los hay, como en Inglaterra, como una razón de Estado. Juzgada por ella con sangre fría, sin pensar en los que quedan sin fortuna, parece como que se tiene razón; pero cuando se piensa que séres que tienen el mismo origen, la misma sangre, los mismos derechos que les da la naturaleza, y áun Dios mismo, puesto que dispuso cómo habían de venir al mundo, el corazón se ex-

tremece, y se subleva y se pide una igual repartición.

En Francia desde que no hay mayorazgos la nobleza es menos rica, la propiedad está muy dividida, pero el bienestar es general. Hoy las fortunas colosales están en manos de los banqueros, de los industriales, del comercio y de los que tienen suerte en la Bolsa, es decir, de los que arruinan á los que tienen poco con sus jugadas engañosas.

Los Guardias-Nobles eran reales mozos; el uniforme es brillante, marchaban bien, sus movimientos eran perfectos, y en las ceremonias del Papa hacían un efecto magnífico con sus uniformes encarnados, sus cascos con plumas blancas y sus grandes botas. Mayor era ese efecto en las inglesas y americanas, que muchas de ellas acababan por casarse con ellos, se quedaban en Roma, emparentando con lo más granado en cambio de su belleza y de sus escudos.

XVII

En Roma volví á ver á D. J. B. Guerra, á quien conocí en mi primera juventud, célebre por su afición á cantar las Kalendas el día de Navidad en la iglesia del Sagrario, de calzón corto y media blanca, á cuya función se iba por convite especial. Euterpe no le había favorecido gran cosa; así que en su canto había más candor y fe religiosa que conocimiento del arte. Este buen señor inspiraba cariño y risa á la vez, pues todo lo que hacía era original. Cuando fué presentado á Gregorio XVI, al oír Su Santidad el apellido de Guerra, le dijo: «Paz, paz.» Fué á Palestina, en donde vió establecido al célebre Piccaluga, que juraba su inocencia y trajo algunas botellas de agua del Jordán con que había de bautizar á los hijos que había de tener, pues era viudo y proponía casarse y tenerlos. Los tuvo, en efecto, á pesar de su avanzada edad, de una señora belga, pero trajo tantas botellas que quedaron algunas después de su muerte. Al anunciar su viaje á Roma cada señora le pidió besara en su nombre el pié del Papa, y él, hombre concienzudo, escribió cada uno para repetirlo; pero

Pío IX al ver aquella serie de besos y aquella letanía de nombres le detuvo diciéndole: «Basta, basta, benedico tutti.» En Jerusalem se cruzó de la orden del Santo Sepulcro—que tengo hace 26 años sin haber ido allí—y se hizo retratar de cuerpo entero, con el uniforme blanco, que se ponía á las seis de la mañana para ir á comulgar, diciendo que pues se iba de uniforme á ver á los reyes, con mayor razón para ir á visitar al Rey de los reyes, al Señor de los señores, á lo cual nada había que replicar. En Roma vivía en un círculo de amigos, lejos del ruido del gran mundo, y murió allí.

Esa anécdota con el Papa me recuerda el inglés que habiendo obtenido solo una audiencia de Pío IX debido á su posición, preguntado por Su Santidad si había visto todo lo que hay que ver en Roma, respondió: «Llevo mucho tiempo de estar aquí, lo he visto todo, sólo me falta por ver un Cónclave.» Es preciso tener el candor de un hijo de Albión para dar una respuesta semejante, que hizo sonreír á Pío IX, y probablemente el inglés se marchó sin sospechar la enormidad que había dicho.

Gregorio XVI, predecesor de Pío IX, tenía la costumbre de preguntar á los viajeros cuánto tiempo habían estado en Roma. Si le decían que

poco, respondía: «Entonces *adios*, y si le decían bastante, entonces hasta la vista.» Y es la verdad. Los viajeros, que sólo permanecían en Roma el tiempo necesario para visitar sus monumentos y presenciar las ceremonias religiosas, se marchaban encantados de lo que habían visto, pero sin sentimiento. No así los que permanecían largo tiempo. Hay no se qué, ó mejor diciendo, había entonces en aquella vida una tranquilidad, un apego á todo, que una vez identificado, áun con los muchos inconvenientes materiales, no sabía uno desprenderse de la Ciudad Eterna. La vida era monótona hasta cierto punto, es verdad, pero todo engendraba cariño, y cada día se volvía á las mismas ocupaciones sin nuevas emociones pero sin nuevos deseos.

No había sistema parlamentario, ni libertad de imprenta, ni periódicos, ni acontecimientos políticos de ninguna clase. La agitación de la vida política, las emociones del choque de los partidos, los acontecimientos que trastornan á las familias, los escándalos que conmueven á otras sociedades, eran cosas desconocidas allí; así que la menor cosa que acontecía era el objeto de la conversación general. En Roma se vegetaba, pero se vegetaba en medio de una sociedad ilustrada, de un pueblo

culto, al calor del sitio del Catolicismo, de sus templos y de sus grandiosas ceremonias, de monumentos de la antigüedad, de riquezas artísticas, de un trato agradable, de una sociedad extranjera que se renovaba cada invierno, salvo algunas excepciones que no faltaban nunca, como la anciana marquesa de M. . . cuya lengua viperina y agudezas eran proverviales y que se veía llegar por las calles de Roma en el entonces tradicional *vetturino*, sobre el cual iban sus baúles y una gran jaula de perico en que encerraba un gato de que no se separaba jamás. Tan acostumbrados estábamos á lo que zaheria á cada uno, que no ofendía, y nos contábamos todos lo que decía de cada uno de nosotros sin darnos por ofendidos, antes bien amenizaba nuestras conversaciones. Había conservado las grandes maneras y el lenguaje del antiguo régimen, y en sus mismas zumbas no había nunca un vocablo malsonante. Su sociedad era muy buscada, pero no se puede escribir todo lo que decía.

Allí volví á ver á la encantadora rusa de Nápoles, ya más consolada de su desgracia. Hoy los años pesan sobre ella como sobre mí, pero no ha variado en su carácter original, chispeante y divertido; yo hace seis años que no la veo, pero un amigo que la vió en Niza hace poco me dijo que

está siempre enferma, que recibe en la cama, adonde la vió con guantes que la cubrían el brazo hasta el hombro y una sombrilla abierta!!!....

De españolas, solo vivía allí la marquesa de.... una de las mujeres más hermosas de España en esa época, que inspiró una gran pasión á uno de los hombres más considerables de la Inglaterra. Era una viuda arrogante, con el pelo más hermoso que pueda darse, llena de gracia, de carácter muy amable y que sabía bien el efecto que producía. A todos los jóvenes que la cultivábamos nos llamaba *saladitos*, por lo que nosotros la llamábamos *saladita;* pero como su edad y la nuestra estaban bien distantes, nos consideraba como á niños que empiezan á hacer pininos. Era, por desgracia, bastante sorda, de modo que le echábamos los piropos en alta voz, que oían los criados y se reían de nosotros. Siempre que la preguntábamos cuándo llegaría á querernos, nos aplazaba *al día de nuestro santo.* Cuando la encontré muchos años después en Madrid y la pregunté si era cierto que se casaba con un joven muy guapo pero sin posición ni fortuna, me respondió estas palabras memorables: «No, saladito; yo hago locuras, pero no tonteras.»

Había otra señora que no faltaba nunca el invierno: era una inglesa muy distinguida y muy

conocida por su candor y lo limitada que era: apenas decía una cosa pasaba de boca en boca. Decía muy seria que su marido la había llevado á Roma para que la hicieran su retrato los... pintores antiguos. Como hablaba mal el francés tomó, sin duda, antiguos por mejores. Otra vez fué á visitar á una señora cuyo criado locuaz la dijo: «La señora no puede recibir porque está con la ciática.» «No conozco á ese caballero,» dijo, y se marchó, creyendo que esa enfermedad era una persona: otras anécdotas no pueden referirse.

XVIII

Cuando ya había yo visitado Roma lo bastante, hice una excursión de una semana con el hoy duque de Rivas, el sobrino de Martínez de la Rosa, otro agregado español y un piamontés. Se nos unió un joven de mi edad cuyo padre era el más rico del mundo y le llamaban el rey de los banqueros y el banquero de los reyes, quien me hizo ver por la primera vez una de las célebres cualida-

des de su raza, la avaricia, que llevaba á un punto que era preciso verlo para creerlo, sobre todo en las propinas, sin que le estimulara nuestro ejemplo. El precepto que Lord Chesterfield inculcaba á su hijo Stanhope: «Cuida los peniques que las libras se cuidarán solas,» lo exageraba de un modo que nos repugnaba, cuando, comparados con él, éramos, sobre todo yo, pobres como ratas de iglesia.

Visitamos Albano y admiramos los pintorescos trajes de las donosas albanesas; la vía Apia con sus tumbas antiguas; contemplamos una tumba antigua que se nos dijo ser la de los Horacios y Curiacios, y las demás curiosidades, sin olvidar el vino del país cantado por Horacio, bien que recuerdo haber leído que cantó también el de Falerno, el famoso poeta que decía que los bebedores de agua no valían nada.

Frascati, sitio sano y bellísimo adonde se va el verano con sus magníficas *Villas* de los príncipes romanos, en donde estaba la famosa *Villa* de Cicenu, le «Tusculanum.».

Tusculum, cuya fundación se atribuye á Telémaco, hijo de Ulises, y patria de Catón, y mansión favorita de Cicerón.

Tivoli, que existía antes de la fundación de Ro-

ma, que veneraba tanto á Hércules y á Vesta, en donde la aristócracia romana construyó *Villas* suntuosas en los tiempos de Augusto; los restos del templo de la Sibila, sus cascadas y tantas cosas más que no digo, así como de otros puntos que visitamos.

Volvimos á Roma encantados de nuestra excursión, pero menos del avaro millonario; y aquí encajo ciertos hechos posteriores, «vengan á pelo ó á contra pelo, pero no importa,» como decía Sancho.

Muchos años después conocí al padre de nuestro ruin compañero de viaje, hombre fastuoso en lo que se veía, pero de una sordidez proverbial, que era el pasto de la crítica general, de la cual se burlaba grandemente. Salía una vez del Círculo á cuya puerta pedía limosna un ciego; cada uno le daba cincuenta céntimos y èl se creyó obligado á hacer lo mismo; el ciego respondía á cada uno: «que Dios os devuelva cien veces más,» y en el acto le dijo: «Pero eso no me haría sino cincuenta francos.» Otra vez, contento de los consejos que le había dado un artista célebre para un castillo que construyó cerca de París, le dijo en un momento de entusiasmo que iba á hacerle un regalo, y le llevó á un almacén de bronces: «Elija vd. el que

quiera,» lo que hizo el otro, pero al oír el precio se arrepintió de no haberlo fijado de antemano, y dijo: «Que lo lleven á mi castillo y lo pondrán en el cuarto en que alojaré á vd. cuando le convide.» Un día llevó en su coche á un arquitecto á visitar unos terrenos fuera de París, y á cada momento le decía: «esta casa es mía.» El arquitecto, cargado, no respondía, pero al volver lo fastidió y se vengó diciéndole en cada calle: «Señor Baron, esta casa no es mía.» Refiere Caufidiére en sus Memorias—el famoso prefecto que después de la caída de Luis Felipe decía que iba á hacer el orden con el desorden—que fué á ver al Baron para ver sí quería dar algo á los guardias nacionales que salvaron su casa en los días de la revolución. Sentado enfrente de su mesa abrió el cajón que contenía rollos de billetes de Banco, y en un momento de entusiasmo tomó algunos en la mano, pero á medida que se prolongaba la conversación empujaba algunos al fondo del cajón hasta que vino á quedarle uno sólo en la mano. Otras muchas historias de ese género podría yo aún referir, no menos que otras más graves, pero yo no quiero ser aquí eco de lo que pueda atacar á la reputación. Diré una sola que me es personal. Cuando la Patti empezaba á pedir dos mil francos por

cantar tres ó cuatro pedazos en una casa particular, manifesté mi sorpresa recordando que cuando yo estaba en Lóndres se daban 25 libras esterlinas á artistas tan eminentes como la Grissi, la Alboni, Mario, Lablache, Rouconi y otras, que no escatimaban los programas que se les imponía. «¿Cuánto dice vd.?» «Dos mil francos,» respondí. El Baron llevaba siempre monedas de oro en el bolsillo del pantalón, y haciendo ruido con ellas dijo: «Más me gusta oírlas cantar en mi bolsillo,» y reía de su gracia. La Patti, sea dicho de paso, llevó su exageración hasta pedir seis mil francos, y yo he asistido hace cuatro años á un acto de «Aida» que cantó con Nicolini y otro, con los trajes, en casa de un amigo mío, con seis músicos que los acompañaban, lo que costó 25,000 francos. Esos tiempos han pasado para ella, pero las Américas se los compensan.

XIX

El carnaval duraba desde el segundo sábado antes del miércoles de ceniza hasta el martes, y se celebraba en el Corso todos los días desde la

una, excepto el domingo y el viernes, consagrados al paseo de gala. Es una verdadera batalla de flores, de dulces secos envueltos en papeles y sobre todo de *confetti*, que no tienen de confites más que el nombre, pues son de yeso y se tiran á la cara á puñados; así que hay que tener una máscara de alambre, sobre todo cuando se va en coche. El tiroteo es de los que van en coche con los de los balcones, y áun de balcón á balcón laterales, entre los que van á pié, entre ellos, y con los coches y balcones. Allí todos pierden la cabeza; gentes que no se mueven ni ríen jamás parecen colegiales traviesos y son, quizá, los más encarnizados. Los jóvenes de la embajada española y yo alquilábamos siempre un balcón, que era el terror de la gente por la metralla que de allí partía sobre los coches y sobre los infelices á pié, que no podían quejarse por estar en la calle fijada para esos retozos. Había carros muy bonitos y otros extravagantes, descollando por lo ingenioso los de los artistas de todos los países que estudiaban en Roma. El día acababa con las carreras de caballos llamadas *barberi*, que partían sueltos desde la plaza del Pueblo por todo el Corso hasta la de Venecia, con unas banderolas sobre el lomo que giraban, y los pinchaban para que corrieran;

la tropa en ambas aceras impedía avanzar á la gente para evitar desgracias. El último día es el de los *Moccoletti*, que son unas velitas de cera encendidas al anochecer, y el juego es de apagar la de los otros gritando: «*Senza moccolo*,» es decir, «sin luz,» y era un curioso espectáculo ver los miles de luces en la calle y en los balcones en continuo movimiento y no sin peligro de quemarse, como sucedía á menudo, sobre todo las cortinas, pues corrían unos tras otros en las habitaciones.

XX

Así pasamos el invierno hasta que la cuaresma vino á cambiar nuestra vida: bailes, conciertos, teatros, todo concluyó; sólo las recepciones que eran necesarias tenían lugar, pero esos *ricevementi* de embajadores ó cardenales tenían un carácter sério y no se consideraban como fiestas. Las princesas romanas llevaban las alhajas de familia que pertenecían al mayorazgo, las cuales es-

taban encerradas en grandes cofres con dos llaves, una en poder del príncipe y otra en el del intendente de la casa. Se sacaban solamente para que las princesas se las pusieran y después volvían á encerrarlas con las mismas formalidades; eso era una tradición; hoy ya no existen los mayorazgos,

Los ejercicios piadosos ocupaban á toda la sociedad, y como allí no se conocía más elocuencia que la sagrada, se era muy exigente, sobre todo las señoras, que decían cuando no las agradaba un sermón, que era un *brodo lungo*—un caldo aguado.—Había predicadores jesuítas, dominicanos y capuchinos de primer orden, y en la iglesia francesa los había tambien muy notables en su lengua.

Cada año elegía el Papa un predicador para que pronunciara un sermón en el Vaticano en su presencia y en la de todos los cardenales, y á veces decía cosas muy severas. Los criados de los cardenales y demas prelados esperaban en un salón contiguo, y que quieras ó no, tenían que oír el sermón de un sacerdote que se les aparecía para enseñar á la servidumbre.

Luis XIV, oyendo á uno de sus predicadores que decía: «todos somos mortales,» se volvió airado á mirarle, pues el *Rey-Sol* no lo aceptaba para

él. Los franceses, siempre prontos para los chistes, inventaron que el predicador, turbado, se corrigió diciendo: «*casi* todos.»

La segunda mitad de la cuaresma imponía una vida más severa, hasta la Semana Santa que volvía el movimiento y mayor vida por la afluencia de extranjeros que acudían á las ceremonia de ella. A las señoras no se las admitía sino de mantilla ó velo en las ceremonias del Papa, y no con el sombrero, que no sólo es permitido, sino que se considera hasta decente llevar en las iglesias de Roma y de toda Europa, pues sombrero ó mantilla, lo que se desea es que la cabeza esté cubierta en las señoras. Los judíos miran como un desacato en sus sinagogas que los hombres estén descubiertos, y cuando los cristianos van á sus bodas y se quitan el sombrero por costumbre, viene tras uno el sacristán, furioso, como si siguiese á un perro.

Las familias inglesas eran las más numerosas de las extranjeras que acudían á esas fiestas, y no todas tenían la compostura á que nadie se atrevería á faltar en sus iglesias protestantes, pues iban á un espectáculo y nada más, excepto en la elevación que, como he dicho en otro lugar, era imponente.

El Domingo de Ramos, á las nueve, el Papa entraba en San Pedro llevado en la *sedia gestattoria*, bendecía las palmas y en seguida procesión en la iglesia. El cuerpo diplomático iba al altar mayor á recibir las palmas; las de los embajadores eran las más grandes y bonitas; las de los ministros, menos, y las de los demas más pequeñas. Lo mismo sucedía el día de la Candelaria con las velas que iba á recibir de manos del Papa, que cantaba la misa en San Pedro á las nueve, como la cantaba el domingo de Ramos después de la procesión: conservo aún la última vela.

El Miércoles Santo había pontifical en la Capilla Sixtina, y á las tres de la tarde tinieblas y miserere con acompañamiento de canto—jamás había instrumentos en las misas ó ceremonias de San Pedro ni en las basílicas cuando oficiaba el Papa. *Las Lamentaciones* y las *Improperia*, música de Palestrina y de otros compositores, eran de un efecto embargante. Jamás olvidaré aquel «¡Jerusalem, Jerusalem!» que cantaban y me hacía honda impresión.

El Jueves Santo el Papa pontificaba en la misma capilla á las diez, y á las doce daba la bendición *urbi*—á los presentes—en lo alto de la *loggia* de San Pedro. En seguida el Lavatorio y comida

á doce peregrinos por el Papa en la misma *loggia*. A las tres Capilla Papal en la Sixtina, tinieblas y miserere,

El Viernes Santo, Capilla Papal en la Sixtina á las nueve, y á las tres tinieblas y miserere.

El Sábado Santo, Capilla Papal en la Sixtina. A las nueve misa del Papa Marcelo, de Palestrina: bautismo de los paganos y de judíos convertidos, en el bautisterio de San Juan de Letrán.

El Domingo de Pascua, Pontifical en San Pedro á las nueve. La elevación, hácia las once, era conmovedora, y de esto nos hemos ocupado en otro lugar. En seguida, el Papa era llevado en la *sedia* fuera de la iglesia y daba á eso de las doce la gran bendición «urbi et orbi»—á presentes y ausentes—en la *loggia* de San Pedro. En la noche, después de la puesta del sol, iluminación de la cúpula de San Pedro, y una hora después, instántaneamente, las lámparas eran remplazadas por antorchas. El efecto de la iluminación era magnífico, pero todo Roma estaba atento al instante en que aquella cambiaba de aspecto. Esto se hacía en un abrir y cerrar de ojos, como suele decirse, por hombres que llamaban *San Pietrini*, que se descolgaban de la cima con una luz en la mano, á una señal dada, é iban encendiendo las

antorchas con una rapidez vertiginosa, parecía un golpe mágico. A los *San Pietrini* se les encerraba dos días para que no bebiesen.

La Capilla Sixtina, á cuyas ceremonias hemos asistido tantas veces, adonde el Papa solía dar la comunion á los fieles que lo solicitaban, como lo hice y como lo hicieron tantos otros, fué construida por Sixto IV en 1473. No me detendré en describir sus riquezas artísticas, y sólo citaré el Juicio Final, un fresco de Miguel Angel, de este hombre extraordinario que pintaba, esculpía y construía edificios; en todo era una maravilla. Esta obra colosal, aunque ennegrecida por los siglos y mal alumbrada, aterra. No puede olvidarse al Salvador sentado en su trono como juez del mundo, los bienaventurados á la derecha subiendo al cielo, retenidos por demonios y sostenidos por ángeles, y á la izquierda los réprobos esforzándose de subir tambien; arriba grupos de ángeles con la cruz, la columna y los otros instrumentos de la Pasión, en medio el Cristo y la Virgen rodeados de los apóstoles y de los santos; abajo, muertos resucitados; el infierno segun Dante, y Carón en su barca, cuyas facciones son las de Cesena, maestro de ceremonias de Pablo III, que criticó esta composicion por su desnudez. Pablo IV y más tarde

ClementeXII las hicieron vestir por el pintor Volterra, á quien se llamó por esto «Sastre de pantalones.»

Pero lo que se considera como la creación más grande, más atrevida del arte moderno y que se pone al nivel de las estancias pintadas por Rafael, sin que nadie ose decir cuál es superior, es el techo de la capilla, cuya explicación exigiría muchas páginas. Citaremos solamente, Dios Todopoderoso que con un movimiento del brazo separa la luz de las tinieblas en un punto; en otro, creando los astros destinados á alumbrar el mundo, con los brazos extendidos que tocan, á derecha el sol, y con la otra la luna; Dios Señor, considerando las aguas y ordenándolas la creación de animales de este elemento; Dios creando al hombre, el brazo y la mano extendidos, dando instrucciones á Adam; Dios sacando á Eva de la costilla de Adam; el demonio, mitad forma humana y mitad serpiente, con el fruto prohibido; Adam y Eva expulsados del Paraíso; el sacrificio de Abel; el diluvio y tantos otros grupos, en que se vé en cada uno al Creador rodeado de ángeles en posturas adecuadas.

Si de la Capilla Sixtina pasamos á las estancias y á las galerías que contienen los frescos de Ra-

fael en el Vaticano, no queda uno menos maravillado. Esos frescos le ocuparon casi toda su vida y algunos fueron concluidos por sus discípulos. ¡Qué fecundidad! Cuando se piensa que por las dos primeras estancias le fueron pagados dos mil ciento cincuenta duros y el valor que hoy tienen las pinturas antiguas, uno se pregunta qué precio se pagarían si se pusieran en venta, pues sabido es que los frescos se pueden trasportar perfectamente. La Concepción, de Murillo, que el Mariscal Soult se trajo de España durante la invasión francesa, fué pagada por el Museo del Louvre seiscientos mil francos, y el de Berlín ha pagado hace poco ochocientos mil por un cuadro de Albert Durer. ¿Cuánto se pagarían por las estancias, las galerías y los cuadros de Rafael?

No, no es posible enumerarlas. Su último cuadro, que está en el Vaticano con la «Comunión de San Jéronimo» por el Dominiquino, es la Trasfiguración del Señor, el cuadro más célebre del mundo. Allí está tambien el célebre grupo de Lascoon que representa el sacerdote de Apolo castigado por los dioses, que había ofendido, con dos serpientes que lo ahogan entre sus dos hijos. Plinio dice que estaba en el palacio de Tito; fué descubierto en 1506, y Miguel Angel decía que

era una maravilla del arte. El famoso Apolo de Belvedere, de mármol de Carrara, descubierto en el siglo XV en el antiguo Antium. Renunciemos á las salas de estátuas, de bustos, de máscaras, al museo egipcio, al etrusco, á las colgaduras, á la biblioteca y á tantas cosas sorprendentes. El que no ha visto iluminadas con fuegos de Bengala las galerías del Vaticano en que están las antiguas estátuas griegas y romanas, no podrá imaginarse la impresión que produce ese espectáculo *único*, que sólo puede allí contemplarse, tanto más raro cuanto que eso sólo se hacía por la visita de Soberanos. Lo que era más fácil, pues bastaba un simple permiso, la iluminación del Coliseo con fuegos de Bengala, varios amigos, cotizados, lo hicimos algunas veces. ¡Magnífico espectáculo el de aquellas gigantescas ruinas!

XXI

El día de Pascua era uno de los que las casas de los embajadores, príncipes y notables de la ciudad iluminaban sus balcones con grandes cirios, y en la calle, delante de la fachada, con ha-

chones, y era la costumbre regalar á los criados los cirios, lo que hacía que siempre tenían prisa en apagarlos.

Cada embajada ó legación tenía su «Gentilhombre,» que era como la categoría de intendente, el cual tenía una especie de traje de los marqueses antiguos con *claque* y espada. Esos puestos, que servían gratuitamente, eran muy buscados, porque además del traje, que gustaba, les daba cierta importancia en su clase, y no tenían más obligación que ir, en las grandes festividades, á inscribir el nombre del embajador ó ministro en casa de sus colegas, de los cardenales y altos dignatarios.

Pasadas las Pascuas, empezaban las familias extranjeras á volverse á sus países, pero siempre había despues algunas recepciones en casa de los príncipes ó embajadores. El conde de Raynevald, era el que recibía más frecuentemente, haciendo callar con esto á la mala lengua de la marquesa francesa de que he hablado, que se quejaba de que no se recibiese bastante en su embajada, á la que llamaba irrespetuosamente «una ostería senza cucina»—una posada sin cocina.

El calor, que empieza más temprano en Roma que en otras partes, hacía que los príncipes se

fuesen á vivir á sus *Villas*, en los hermosos alrededores, pero allí llevaban una vida de familia, de descanso y sólo recibían á los íntimos.

A medida que avanzaba la estacion se notaba gente que desaparecía, pues el calor y la costumbre hacían que todos los que podían ausentarse lo hicieran desde Junio á fines de Setiembre. Sin embargo, en las fiestas de la Ascensión, San Pedro y otras, siempre se veía áun á muchos extranjeros y romanos. La del Corpus se celebraba con una procesión alrededor de la plaza de San Pedro. El Papa llevaba el Sacramento en las manos, figurando que estaba de rodillas, pero en realidad iba sentado, pues no era posible de otro modo por lo despacio que tenían que ir los que le llevaban en andas; así que la procesion, que empezaba á las ocho de la mañana, duraba hasta las diez. Era un espectáculo bellísimo ver á Su Santidad, que realmente hacía la ilusión de estar de rodillas con el Santo Sacramento, apoyado en un reclinatorio, avanzando muy lentamente. Todas las fiestas religiosas han cesado, como dijimos en otro lugar, desde 1870 que los piamonteses entraron en Roma.

Julio, Agosto y Setiembre eran los tres meses más temidos en Roma por la *malaria*—fiebre in-

termitente—que viene del campo de Roma, situado entre los Apeninos y el mar, enfermedad que siempre me respetó, quizá porque habitaba yo uno de los barrios más sanos, y porque después de la puesta del sol no iba yo jamás en carruaje descubierto, y en la noche no me acercaba á los barrios malsanos: toda la juventud diplomática que quedábamos en Roma nos reuníamos en la plaza Colonna, muy sana, á pasear y á beber limonadas que el *acquojolo* hacía en nuestra presencia exprimiendo el limón en una prensita de madera. Siguiendo el consejo de los romanos, nunca me exponía al sol; el pueblo, para quien todos los extranjeros son ingleses, tiene un proverbio que dice: «sólo los perros y los extranjeros—ingleses—van por el sol, los cristianos van por la sombra.» En cambio, en Roma hay gran predilección por las habitaciones al Mediodía—esto en mí es una pasión —y dicen: «dove non va il sole va il médico,» en donde no hay sol va el médico. El agua en Roma es deliciosa, *l'Acqua Vergini*, *l'Acqua Marcia*, la de la *Fontana di Trevi*, apoyada al palacio Poli, parece una cascada: ya volveré á hablar de esta fuente.

En Roma, como en Nápoles, quedan todas las habitaciones casi á oscuras, que es el mejor medio

de mitigar el calor, y como allí, se duerme la siesta en el verano. Cuando por casualidad nos aventurábamos á salir antes de las cinco de la tarde, veíamos las calles desiertas, y decíamos con la tragedia, si oíamos hablar á alguien:

«En esta soledad ¿quién daba voces?»

A las cinco salíamos á pasear reunidos los que por deber nos quedábamos allí, mientras que nuestros egoístas gefes vivían en el campo ó se iban al extranjero, porque entonces los negocios no abrumaban á nadie, sobre todo en esos meses en que todo estaba paralizado y todos ausentes ninguno trabájabamos. Esto me recuerda al duque de Rivas y al príncipe de Schwarzemberg, embajador de España el uno y ministro de Austria el otro en Nápoles, que disputaban siempre sobre quién trabajaba menos, al revés de lo que sucede siempre, y un día que ya habían agotado lo que podían decir, dijo el príncipe triunfante: «Hoy ni la pluma he cogido.» «Pues yo—replicó el duque—ni tintero tengo.» La última palabra era siempre para el poeta andaluz.

Cuando alguna familia, por una razón cualquiera, no salía el verano, íbamos á su casa á eso de

las nueve que oscurecía, y en seguida á una fondita en que servían jamón crudo, que se comía con higos, y se bebía un vinito blanco, de Orvieto, algo aceitoso: esas costumbres patriarcales han desaparecido. Algunas veces íbamos al circo descubierto, en la tarde, en donde veíamos los mismos trabajos que todos conocen, pero lo curioso era que lo que vemos *hoy* se halla dibujado en el piso de las bodegas del palacio Farnesio, en magníficos mosáicos, ejecutados por los antiguos romanos: «nihil novum sub sole,» «no hay nada nuevo bajo el sol.»

Desde que empezaba el calor y los días eran más largos, se comía muy temprano para poder salir después en carruaje, y se volvía ya entrada la noche. El paseo se daba fuera de puertas, saliendo por una y entrando por la otra, para dar la vuelta á la ciudad; á eso se le llamaba *far una trotatta;* otros carruajes salían por la puerta del *Popolo*, llegaban al puente *Molle* y se volvían. Algunos íbamos á pié hasta ese puente, célebre entre otras cosas porque Cicerón hizo aprehender en la noche á los embajadores aliados de Catilina, y porque Maxencio, batido por Constantino con el signo de la Cruz, cayó en ese sitio y se ahogó en el Tíber.

Ya que hablo de esos paseos á pié, recordaré que yo los daba frecuentemente con dos jóvenes romanos. El uno era un guardia-noble del Papa, muy elegante, que dirigía los cotillones en todos los bailes y llamaban familiarmente Flavio Chigi. Repentinamente se fué á Tívoli, se encerró á estudiar teología, recibió las órdenes sagradas, siguió la carrera diplomática eclesiástica, y catorce años después él era nuncio en París y yo su colega.... ¡Qué lejos estábamos el uno y el otro de nuestros destinos futuros! En 1873 fué creado cardenal por Pío IX. Alejandro VII, que fué Papa de 1655 á 1667, era de su familia y se llamaba también Flavio Chigi.

El otro joven, Teodoli, era ya monseñor, pero no había aún recibído todas las órdenes. Jovial, de conversación chispeante y aguda, decía las cosas más graciosas sin reírse jamás y en un tono grave. Un día, paseando, se puso á echarme un sermón sin ton y sin són como si yo fuese un gran pecador, y al ver que yo le escuchaba seriamente, cuando me creyó bien impresionado no pudo menos de reírse esta vez. Hoy es cardenal, creado por Leon XIII, y yo desearía verle para hablar de mil cosas de nuestra juventud.

XXII

Se pretende que cerca del puente *Molle*, en que dió la batalla Constantino, ha de haber en el fondo del Tíber objetos muy curiosos. Es indudable que en varios puntos del Tíber deben existir mil objetos de arte que la invasión de los bárbaros hizo sin duda aumentar, y hay quien sostenga en qué parte podría encontrarse el candelabro de siete brazos que estaba en el templo de Jerusalem cuando lo destruyó Tito y trajo á Roma. Su reproducción exacta se vé en uno de los bajo-relieves del «Arco de Tito» en Roma, en que hay otros representando sus triunfos. Cuando yo me hallaba en Roma una inglesa quería ponerse al frente de una suscrición pública para desviar el curso del Tiber y buscar el candelabro, pero nadie quiso secundarla.

Otra ocupación en el verano era visitar los talleres de pintores y escultores célebres, en que se veían muchos jovenes de todos los países que iban á perfeccionarse en las artes. El del escultor Tenerani era el más notable de todos. Allí conocí á Silvio Pellico, el célebre revolucionario italiano que

el Austria condenó en 1820 á veinte años de *carcere duro*, de los cuales hizo nueve, haciéndole la gracia del resto. Todos han leído sus *Prisiones*, pero lo que se ha leído menos es sus *Deberes del hombre* y otros libros excelentes cuyo fin debería servir de lección y ejemplo á los que empiezan mal y acaban peor. Al verle tan pequeño, tranquilo y modesto, con su capa abrochada al cuello, no se diría que había sido el fogoso y célebre revolucionario cuyo libro *Le mie prigioni* se ha traducido en todas las lenguas. Dos años después un amigo mío recibió una carta suya, toda de su puño, que me cedió y conservo todavía, bien que los aficionados á autógrafos me lo hayan pedido tantas veces. Muchos he cedido, y apenas me quedan algunos, como de Martínez de la Rosa, que parece música, de Alejandro Dumas, de Merimée, de Ríos Rosas, de Berryer, de Rossini, de Billaut, de Meternich, de Bassano, de Cambacères, de Osuna, Mow, Laguerouière, del cardenal Antonelli, del conde Mastai, hermano mayor de Pío IX, del Papa Pío IX, del rey de Nápoles, que me son personales, y tantos otros que tendría que buscar para escribirlos, sin contar tantos y tantos como he dado. Hay uno que conservo religiosamente, el del arzobispo de París, monseñor Darboy, una car-

ta, toda de su puño, á mí, ofreciéndome un ejemplar de su traducción: «La Imitación de Jesucristo,» en que llevó la cortesía hasta escribirme que «me enviaba el ejemplar que yo le había permitido ofrecerme,» como si á pesar de mi posición oficial no estuviese yo tan debajo personalmente de un alto Prelado de la Iglesia. Conservo también otra carta suya enviándome un ejemplar para una augusta persona.

Sabido es que este Arzobispo fué fusilado en 1871 por los salvajes de la *comunne*, y que al caer herido levantó la mano para bendecir á los asesinos. ¡Sólo la religión católica puede inspirar tan sublime perdón! Esas balas y esa bendición lo llevaron al cielo. No me explico, y lo digo á menudo, cómo no se ha inmortalizado en un cuadro esa glorificación de la humildad cristiana.

También conservo algunos de los muchos dibujos con lápiz del malogrado príncipe imperial, como puede hacerlos un niño á los seis años, que hacía delante de mí en Biarritz en 1862 cuando la emperatriz me daba la hospitalidad allí. Después de su trágico fin muchas señoras me los han pedido, pero conservo aún algunos.

XXIII

Antes de dispersarnos en el verano nos reunimos los que formábamos la tertulia de que he hablado para dar una comida á escote en una fonda que acababa de abrirse. Algunos amigos me dieron bromas sobre un hecho reciente en que había yo mostrado, según ellos, un escrúpulo exagerado, que confesaban no habrían tenido en mi lugar. No faltó quien saliera á mi defensa de tal manera que me hicieron agradecer el ataque, y de burladores se quedaron burlados.

La paz del corazón, la serenidad del pensamiento son dones de la juventud, cuya aurora hace que todo lo vea color de rosa. No hay felicidad más completa que la de estar satisfecho de lo que se posee, y en cuanto á mí, yo no pedía más de lo que entonces me rodeaba. No porque yo fuese una de esas naturalezas privilegiadas que desde temprano muestran un sincero despego de las cosas de este mundo, sino porque me parecía que todo lo que era superior á mi nivel no había de ser para mí. La sed de riquezas y honores, que desde

temprano suele atormentar á los hombres, como más tarde la del poder y la fama, no había penetrado en mí, y gozaba yo de lo presente sin pensar en el porvenir.

Pero desde aquel día se operó una revolución en todo mi sér, que fué la primera y grande preocupación de mi vida, cuyo solo recuerdo me hace vibrar como en los primeros días. La mano que se extendió entonces para defenderme me abrió las carnes y tocó mi corazon; esa mano que sentí tantas veces tierna y ardiente, me parece que sale ahora de la tumba, inerte y helada, para volver á tocar la mía. Ella borró aquel día la sonrisa que revela la paz del ánimo, y mi alma se sintió estremecer por la revelación de un sentimiento extraño de entusiasmo y de temor, de incertidumbre y de esperanza, y mis ojos vieron lo que el alma no se atrevía á creer.

Cayó repentinamente un velo entre el mundo y yo, á través del cual veía yo opaco lo que antes me deslumbraba; fuera del prisma en que no veía yo sino un solo color y una sola luz, todo me parecía pálido é insignificante. Como el que plácido y feliz contempla la calma y la belleza de la naturaleza iluminada por un sol resplandeciente y de repente la siente crugir y estremecerse, así yo

pasé rápidamente de la calma al crugido y estremecimiento.

Continué empero la vida de sociedad procurando mostrar el mismo semblante y la amenidad, la suavidad de las maneras, la igualdad de carácter que me habían captado la benevolencia. Si más tarde se supo, si fué del dominio público lo que debe quedar en el santuario de la conciencia, culpa mía no fué, sino la desgracia de otra naturaleza expansiva y apasionada que encontraba su excusa más que en la sinceridad, en la necesidad de esos sentimientos. Pero en vez de servir de pasto á la murmuraicón la sociedad creyó encontrar razones para mostrarse buena y simpática en un hecho de que se habló y duró varios años, que hoy mis contemporáneos recuerdan con amistad y circunspección.

Con todo lo que pasó podía formarse una novela llena de verdad y de ternura, de peripecias sin cuento, de placeres, de dolores, de ausencias y de esperanzas.

La ausencia si no modifica los sentimientos cambia las situaciones; pero lo que la mano del destino ha puesto en el corazon de la juventud queda grabado en él por el resto de la vida, y el menor recuerdo paraliza y se olvida lo presente.

Nuevos viajes, nuevas relaciones, nuevos deberes, nuevas afecciones y, digámoslo con verdad, nuevas debilidades absorben al hombre, le distraen, le envanecen; pero cuando vuelve la vista atrás siente y compara; y si reconoce, agradecido, lo bello y seductor que le rodea, nada borra las huellas de las primeras y profundas impresiones de la juventud.

Muchos años han pasado desde entonces, tantos, que hoy escribo en el occidente de mi vida lo que me aconteció en la aurora de la juventud. Tantos acontecimientos, tan extraños y variados, tantas satisfacciones y amarguras, no han sido creados por mí, que no tenía derecho ni voluntad de trazar el camino de mi vida. Diplomático muy jóven, obedecí y acudí al puesto que se me señalaba, en donde las circunstancias venían á rodearme de sorpresas lisonjeras que atribuyo á que el cielo escuchaba las preces de mi santa madre. Los goces y distinciones de que he sido y soy aún el objeto, sorprenden tanto más cuanto se conoce el punto de partida; pero Dios ha querido poner paralelos á esos bienes, una série de sinsabores—unos públicos, otros devorados en silencio—sin duda para no engreírme con las cosas de este mundo y saber que para ganar el otro no basta

sólo la fe sino el sufrimiento aquí abajo: todo lo espero de su misericordia.

«Mourir ou etre pris.»

decía, en el antiguo francés, un admirador de María Estuarda, en una canción que la hizo. Yo no morí, pero fuí cogido.

XXIV

El mes de Octubre, que es el más hermoso y sano de Roma, es el de las vacaciones, y cada familia se va siempre al campo á pasarlas, así que hay siempre la frase consagrada: «dove Papa quest, Ottobre?» Pasado éste vuelven las familias á Roma, y los extranjeros comienzan á llegar, y se vuelven á ver las caras conocidas, sobre todo en el Corso, en la tarde. Se volvía á ver á la anciana princesa L.... en su carroza descubierta, tan ancha, que ocupaba la mitad del Corso, con un lacayo viejo sentado detrás que no quería que su señora dejase de saludar, y como era muy corta de vista

la daba con la mano sobre la cabeza diciéndole: «Faccia il suo dovere, salute quel signori.» Al príncipe Orsini con sus ochenta años y su flor en el ojal, pintado como un coche y vestido como un petimetre, diciendo á las señoras: «corazón y pensamientos de veinte años.» Al simpático Martínez de la Rosa, el más popular de los embajadores, vestido como en los tiempos de Luis Felipe con su frac azul, botón de oro, pantalón gris, chaleco blanco, alta corbata y alto sombrero, siempre con los lentes en la mano para fijarlos en las buenas mozas, tan cerca, que parecía que iba á decirlas un secreto. Al embajador E... que no pudiendo perdonar á la naturaleza el haberlo hecho chiquito, se desquitaba con los hombres por lo quisquilloso, y no era sociable sino cuando se ponía el traje de húngaro que lo hacía más alto. Al chispeante joven poeta Capranica, Juvenal de los salones, en donde leía en la intimidad sus sátiras, en que desollaba á tanta gente, que me dedicó un himno—«El Deseo»—cuya versificación corría cómo una prosa elegante. Un día escribió una epístola en verso á una dama que se ausentó por pocos días, dándole cuenta de lo que se pasaba en nuestra tertulia, y al llegar á mí me arreglaba de este modo:

«Il..... tutto timido, tranquillo e inciambellato,
Più che d'un Segretario ha l'aria d'un curato,
Tanto per voi sospira, che chi lo ascolta, invaso
Da questi sospir, li sente salire dentro il naso.»

Así iba arreglando á todos los tertulianos, según el caso de cada uno, siempre con gracia y á propósito. Tengo á la vista esa epístola que me cedió la dama á quien fué dirigida. ¡Cuántos muertos ya que allí se nombran! ¡qué recuerdos! A la baronesa de X., tan pintada y tan tiesa que parecía haberse tragado un palo, que durante tantos años estuvo diciendo que tenía la misma edad, lo que recuerda á Dolabella que decía á Cicerón: «¿Sabe vd. que no tengo sino cuarenta años?» «Bien lo debo saber, la respondió, hace diez que me lo está vd. diciendo.» Al príncipe L. d'A., tan esbelto y elegante, que cuatro años después fué ministro de Napoleón III en Turín, y en un baile le dijo el rey Víctor Emanuel cosas muy duras y ofensivas para Napoleón, con aquella rudeza que no podía dominar: el príncipe no respondió. Poco rato después volvió á encontrarle el rey y le dijo con suavidad que esperaba que olvidase lo que acababa de decirle. El príncipe se inclinó y le dijo: «Señor, no he oído nada.» Esa es la diplomacia, *el tacto*. ¿Qué habría sucedido si hubiese trasmitido á Napoleón

esas palabras ofensivas? Una ruptura, aunque se sabía que Víctor Emanuel en esa ruda franqueza iba más lejos que su intención. Así se le perdonaban muchas cosas. ¿En dónde se ha visto que un soberano al presentarle un ministro sus credenciales le diga: «Me alegro mucho recibiros, me han dicho que vd. es un buen diablo,» es decir, un buen hombre. Pues eso dijo á Alcalá Galiano, el hombre más feo y más elocuente de España en su tiempo, que lo contaba riéndose. Hay otra manera de oír las cosas. El conde Antonini, ministro de Nápoles, era sordo, y un día que Napoleón III le dijo en tono serio que dijera al rey que no aprobaba su política, el conde, que como muchos sordos, había momentos en que oía bien, haciendo un acústico con la mano respondió: «Ya diré á mi soberano todo lo amable que me dice V. M., y lo agradecerá mucho,» y esta vez había oído perfectamente lo contrario. Las señoras suelen tener respuestas que encantan. Hace muchos años me hallaba yo en Ems, en donde el rey de Prusia, hoy emperador, siempre galante, departía con las damas que, como él, iban á tomar aquellas aguas. Mr. A. me contó después que el rey la había dicho: «Espero ir un día á París á haceros una visita á la cabeza de mis ejércitos.» «Señor, le respondió, los

franceses son muy bien educados y se apresurarán á salir al encuentro de Vuestra Majestad.» Esta preciosa respuesta era muy oportuna en aquellos momentos, porque los franceses habían sido vencedores pocos años antes en Rusia y en Austria, y la Prusia nó se batía desde 1813. Pero ¿después?....

Estas digresiones, que no tienen más excusa que de venir al caso, me han alejado de los que paseaban en el Corso todas las tardes y eran conocidos por la regularidad de sus paseos; así que voy á dejar en paz á los tipos que faltan para hablar de otra cosa, y vamos á salir de Roma.

XXV

Habiendo obtenido un mes de licencia para visitar el resto de la Italia, salí en la silla-correo y dos días después estaba en Florencia visitando aquella bonita ciudad, sus museos, sus iglesias, su catedral, sus paseos, en fin, tanta cosa que para

conocer bien apenas bastarían seis meses. Visité también Pisa con su famosa torre inclinada; Siena, que tiene el privilegio de hablar el italiano más puro y correcto de toda Italia como Valladolid el español, y otros puntos que, aunque pequeños, son muy interesantes, pues no todas las bellezas están en las grandes ciudades. De allí fuí, siempre en silla-correo, á Milán, cuya catedral parece una filigrana; la capilla de San Carlos Borromeo tan rica, tan artística; nada dejé de ver, hasta subir á lo más alto de la catedral y á cuantas alturas me llevaron. En Génova pasé dos días visitando sus angostas calles con sus magníficos palacios y museos. En el silencioso Turín pasé dos días, con sus calles sobre portales, de modo que en ciertos barrios el paragua es apenas necesario. Ahora la ciudad ha doblado y sus nuevas calles están á la moderna. Pasé á Ferrara, teatro de las fechorías de Lucrecia Borgia, que si hizo algunas, ni fueron tantas como se ha dicho, ni las ciertas se han escrito sin exageración, como lo prueba una reciente publicación fundada en documentos irrefutables. El odio de sus contemporáneos exageró los desmanes que pudo cometer, y la imaginación de los historiadores y poetas posteriores las han abultado con el objeto de ha-

cerla más odiosa. Cuando oímos en la ópera que lleva su nombre

«Duca Alfonso, mio quarto marito,»

eso no es verdad, no tuvo más que tres: Sforza, Señor de Pesaro; Alfonso, hijo de un rey de Aragón, y en fin, Alfonso de Este, hijo del Duque de Ferrara. Se dirá que un marido poco más ó menos es cosa baladí, pero los hay que en lo bueno ó en lo malo valen por cuatro. Estuve en el cuarto que sirvió de prisión á mi poeta favorito italiano, el Tasso, y permanecí allí mucho rato contemplando aquellas paredes, aquella mesita y aquel tintero—que hice copiar y conservo aún—repitiendo en voz alta en presencia de mi *Ciceroni* el cantó VII de «la Jerusalem libertada:»

«In tanto Erminia infra l'ombrose piante,» etc.

El Tasso, que fué tan bien recibido y festejado en la Corte de Ferrara y que agradecido cantó en ese poema:

«Tu magnanimo Alfonso, il qual ritogli,» etc.

fué arrojado luego en prisión, acusado de haberse

enamorado de Eleonora, hermana del Duque, y allí le tuvo siete años tratado como á un loco, hasta que por influencia del Papa y de otros príncipes le puso en libertad. En prisión, tratado como loco, escribió sus diálogos filosóficos y sus cartas, «documenti splendidissimi della dottrina sua, dell'ingegno e del cuore,» como dice su biógrafo. Es indudable que en su poema hay alusiones á sus sentimientos por Eleonora, como cuando dice:

«Brama assai, poco spera, e nulla chiede.»

(Desea mucho, poco espera, y nada pide) y en otras tantas tiernas alusiones. El Papa Clemente VIII le llevó á Roma para coronarlo solemnemente, pero la muerte le arrebató antes en el monasterio de San Onofrio, adonde acababa de refugiarse con su miseria y sus enfermedades; así que la corona de laureles se puso sobre el sepulcro.

De allí fuí á Padua, en donde está el cuerpo del santo cuya lengua está en un nicho en el altar mayor, y de allí á *Venezia la bella*.

Llegué allí con la imaginación llena de las fiestas venecianas, de las góndolas, de las linternas

de colores que sólo había yo visto en los teatros ó en los cuadros, del Consejo de los Diez, del Dux, del Puente de los Suspiros, de las bellas venecianas paseando cubiertas con máscaras, de los venenos, de los puñales, de los espías, y hasta oía yo tocar el Carnaval de Venecia.

Pues nada de eso. Me encontré con una ciudad pacífica, tranquila y silenciosa, y entré con mi baul en una góndola que me llevó á la fonda, que era como todas las de Italia; era una ciudad como las otras, sólo que en vez de empedrado hay agua, y en vez de carruajes góndolas, y ni coches, ni caballos, ni perros, ni un cuadrúpedo para un remedio. Un silencio sepulcral, sólo interrumpido por los remos y un gritito que dan los gondoleros al volver la esquina para que al dar la vuelta no tropiecen, se oyen muy bien y nunca hay choque. Ningun gondolero me cantó los versos del Tasso que cuenta la leyenda; todo era moderno, monótono, silencioso, ni siquiera un traje pintoresco. Hay siempre que ir por agua, siempre en góndola, lo que es una sujeción, pero se acostumbra uno al poco tiempo, y cuesta poco: aunque se puede recorrer toda la ciudad á pié, las calles son tan estrechas que una vez que llovía tuve que cerrar el paraguas para dejar libre la circulación. Las

góndolas son negras, lo mismo las de los ricos que las de los otros, desde que la república de Venecia, para detener el lujo escandaloso en ellas, mandó que se pintasen de negro; sólo las que sirven para los muertos son coloradas, al revés de lo que debía ser. Tienen en medio un cuartito con dos ó más asientos para la lluvia que se quitan fácilmente, y es una delicia pasear en ellas con el buen tiempo, descubiertas, recostado con la pereza de una habanera en su volanta. Yo, en las mañanas, visitaba las iglesias, los palacios, museos, etc., y en la tarde alquilaba yo una á la hora y me hacía pasear, dejando á la discreción del gondolero el itinerario, entregado á la lectura ó distraído por las damas que pasaban á mi lado. Cuantas veces he ido después á Venecia he hecho lo mismo, y una leí en góndola un compendio de la historia de esa aristocrática república.

La última vez que allí estuve, hace pocos años, salí después de almorzar á dar una vuelta por la *piazzetta*, que es la continuación de la plaza de San Marcos, que estaba desierta, excepto una mujer sentada en un portalito del fondo con un canasto de ropa blanca á su lado. Al acercarme á ella ví una mujer hermosísima, uno de esos tipos que ha inmortalizado el Tiziano, con su pelo entre oro y rojo, y

me paré á contemplarla; ella se quedó como quien está acostumbrada á eso. En mi calidad de viajero, que todo lo ha de ver de cerca, la dirigí la palabra, á la que se prestó con buena voluntad, y la hice mil preguntas, algunas indiscretas, á que respondía sencillamente. No me separé de ella hasta que vino la compañera que esperaba, y no sin preguntarla si pasaba á menudo por allí. En la noche, al reunirme con otros conocidos en la plaza de San Marcos, me encontré con el conde de Flamareos, y lo primero que me preguntó fué si había yo visto á la *bella lavandera* que todos los viajeros buscaban para admirar su belleza, y le respondí que yo la había visto sin buscarla, y me proponía seguir buscándola para seguir admirándola, como lo hice todos los días que allí permanecí. Es raro que con esa belleza permaneciera en tan humilde condición, y que algún inglés—no hay más que ellos para esas cosas—no la hubiese cubierto de millones para llevarla á Inglaterra.

Otro episodio de mi último viaje á Venecia fué el encuentro de una inglesa que había yo conocido soltera y tímida, y que al cabo de tantos años volvía yo á ver casada y parlanchina, que se asoció conmigo para visitar la ciudad. Su conversación favorita era el Protestantismo, sin duda porque se

había casado con un obispo, y en las iglesias no hacía más que darme pinchazos por lo que veía, á los que yo respondía con una calma burlona, que la exasperaba, y era el solo momento que me divertía. Hablemos de historia, la dije una vez en la góndola. Una mujer fuè la causa de que el Protestantismo se introdujera en la córte de Inglaterra. Si Enrique VIII no se hubiese enamorado de Ana Bolena, dama de honor de la reina, y hubiese sido toda su vida un buen marido como lo fué durante diez y ocho años con Catarina de Aragón, hermana de Carlos V y viuda de un hermano del mismo Enrique VIII, la Inglaterra habría sido un terrible enemigo del Protestantismo, pues que Enrique VIII había escrito un libro, lleno de ardor católico, contra Lutero, lo que le valió el tituló de «Defensor de la Fe,» que le dió el Papa, que han conservado impertérritos los demás reyes de Inglaterra y lleva aún hoy la reina Victoria, sin derecho alguno, aunque se dice que tiene tendencias al Catolicismo como se dice tambien de la emperatriz actual de Alemania. Aquí dió un salto, que creí se iba al agua, para protestar contra lo que se decía de su reina. No digo por eso, continué, que el Protestantismo no hubiese penetrado en Inglaterra, pero habría sido

rechazado de la córte, como lo fué en Baviera y en Sajonia, cuyas dinastías no han dejado de ser un día y son hoy católicas, aunque muchos de sus súbditos sean protestantes en menor número en Baviera tan católica, como es sabido, que en Sajonia. El capricho de casarse cuantas veces quiso para deshacerse luego de sus mujeres por medio del verdugo, ó repudiándolas por feas, riesgo que no habría vd. corrido—aquí se sonrió—como hizo con la pobre Ana de Cleves, llevó á Enrique VIII á una persecución sangrienta áun contra fieles servidores, como Tomás Morus, á quien después de una prisión cruel hizo cortar la cabeza porque no quiso seguirle en su persecucion al Catolicismo. Lea vd. los libros que ha dejado escritos ese mártir cuyo recuerdo era tan caro á Pío IX, que un día al recibir una parvada de guapas americanas que pidieron verle y no eran católicas, las dijo: «Vosotras no sois de mi religión, pero leed á Tomás Morus, é interrogaos en vuestro corazon sobre cuál es la verdadera, y en tanto dejadme daros la bendición.» Todas, como movidas por un resorte, se inclinaron y la recibieron con respeto. Y esto me recuerda que cuando Pío VI vino á Francia á coronar á Napoleón, un joven, imbuido de los principios de la revolución de 1793, en vez

de arrodillarse, como lo hacía la multitud, se encaró con el Papa sin descubrirse. Pío VI le dijo: «Hijo mío, la bendición de un anciano no hace mal;» el joven se puso colorado, se descubrió y se inclinó para recibirla. Si Felipe II á quien—dígase lo que se quiera—se debe la unidad religiosa en España y en la América española, se hubiese quedado más tiempo en Londres cuando se casó con María Tudor, hija de Catarina de Aragón y de Enrique VIII, que heredó el trono después de la muerte de su padre, es probable que con su influencia habría mantenido el Catolicismo en la córte; pero se fué á España, y aunque la reina María persigió tenazmente á los reformadores con los castigos de la época, y restableció el Catolicismo, murió cuatro años después de casada, sin hijos, y la corona recayó en la perversa Isabel, hija de Ana Bolena, á quien su padre Enrique VIII había declarado en un principio ilegítima é incapaz de reinar. En vez de seguir la política religiosa de su hermana restableció la protestante, se declaró jefe de la Iglesia, como su padre, y persiguió encarnizadamente á los católicos. Aun cuando no tuviera más crimen que haber hecho decapitar á María Estuarda, á quien no pudo perdonar su belleza y su catolicismo, eso bastaría pa-

ra ser excecrada como lo ha sido ya por la historia, que la llama coqueta y vanidosa, celosa y falsa. No comprendo cómo toda la nobleza no siguió el bello ejemplo de la familia de Norfolk, la primera, después de la real, que no abandonó el Catolicismo y conserva hasta el día de hoy así como otras que vd. conoce bien. Las recientes conversiones de Lord Buteet y Lord Ripon que tanto ruido están haciendo, son muy significativas, como lo es la extención é influencia que el Catolicismo está tómando en Inglaterra por el número de las conversiones en todas las clases, como en los Estados Unidos, y no hay sino ver el número de iglesias y la creacion de obispados para convencerse de ello á primera vista. Si Bossuet escribió hace dos siglos «Las Variaciones del Protestantismo,» no sé cuántos volúmenes tendría hoy que escribir ante esa variedad de sectas que lo dividen, que no hay razón para terminar puesto que se deja á cada uno el interpretar la Biblia como le parece, lo cual no puede dar á vdes. la calma y el consuelo que tenemos «de creer sin discutir,» lo que hace que vivamos contentos de nosotros, mismos, alumbrados y sostenidos por la Fé. El Protestantismo no trae su origen en una revelación ó movimiento expontáneo de una parte del

género humano, sino en una pueril rivalidad de un fraile agustino, Lutero, que quería el privilegio de las indulgencias, y de allí la rebelión, su apostasía y su casamiento con la monja Catarina de Bora. ¡Buen estreno tuvo esa religión! Y no es menos despreciable su discípulo Calvino, el famoso *Papa de Ginebra*. Yo no discuto jamás sobre política y religión; no hago prosélitos en la una ni soy misionero de la otra; pero vd me incita á la discusión con sus ataques y me obliga á responder: no hablemos más de esto ya que me ha permitido vd. desahogarme con creces de sus alfilerazos. Así acabamos de ver la ciudad, y luego fuimos á Verona, en donde la llevé á ver el sepulcro do Julieta y Romeo, deteriorado y cubierto de yerba; en Milán nos separamos.

Volvamos á mi viaje en mi juventud. Largo sería referir lo que hay que ver en el hermoso Palacio Ducal, la catedral, las iglesias, los museos, los cuadros del Tiziano y de su maestro el Tintoreto, los palacios de los nobles, cuyos nombres recuerdan á menudo los de los Dux, y algunos de los cuales, como el de Albrizzi, están amueblados como hace dos siglos. En la plaza de San Marcos, rodeada de portales con tiendas y cafées, punto de reunión para pasear á pié, en donde están los tra-

dicionales pichones que cuando ven llegar á alguno con el cucurucho lleno de maíz—al que en Italia se llama *Gran Turco*, porque ese grano viene de Turquía—se agolpan y se suben sobre los hombros, los brazos y la cabeza para recibir la pitanza, que es la diversión de los viajeros. Lo que es realmente poético, encantador, es el Grand Canal por un tiempo hermoso, con una serie de palacios á derecha é izquierda de diferente arquitectura que recrean la vista y trasportan la imaginación á los tiempos de los nobles venecianos, de cuyas manos no salía el gobierno de la aristocrática república. Pero ese encanto, esa poesía es mayor, única, cuando en una hermosa noche de luna se pasea en la góndola, entre miles, con damas y caballeros, algunas con música, la luna formando rieles movientes de plata, y ese rielar se extiende hasta la isla de Lido, que se vé enfrente bañada por el Adriático, en cuyas aguas están los baños de mar. Por mi gusto iría yo cada año á pasar quince días en Venecia, siquiera para hacer una cura de silencio; pues aunque vivo en medio del ruido y movimiento, cuando estoy en casa en las mañanas el menor ruido me hace desgraciado y me hace sentir no tener lo que se necesita para hacer una torre y encima mi habitación: el silencio y el sol, y

el aislamento completo en las mañanas es el sueño dorado de mi vida. Una anécdota para concluir: Sabido es que en todas las ciudades de Italia hay *ciceroni* de pega que persiguen á los viajeros cándidos que no se sirven de los que garantizan los hoteles, y algunos creen todo lo que les dicen y son engañados y burlados cuando no robados, y cada uno hormiguea de historias fabulosas. Uno de ellos me tomó por un viajero inocente y crédulo, y al salir una noche de la plaza de San Marcos se me arrimó y empezó á contarme cosas que yo escuchaba y seguía andando. Así que me creyó cogido me propuso llevarme en casa de una *princesa*. Le dije que iría con mil amores, pero que quién me garantizaba que lo era, y él, poniéndose la mano en el pecho y con el aire de un hombre ofendido en su dignidad me dijo: «Ve lo guarantisco io.» Entonces le dije que á esa hora la princesa debía dormir y no era amable dispertarla, que iríamos en la noche siguiente. Al otro día comí en casa de la condesa P... y lo conté en la mesa; la buena señora decía: «poveri forestieri.»

Las lagunas se dividen en muertas y vivas. Las aguas de las primeras se cambian solamente en las épocas de la marea, en los equinoccios ó en las grandes tempestades; las lagunas vivas están en-

teramente cubiertas por el mar durante el flujo, de modo que, durante la marea, las islas habitadas salen mucho del agua. El llamarse á Venecia «La reina del Adriático,» viene de que en 1177 el Papa Alejandro III fué allí para asistir á las fiestas llamadas del Buccintoro, presentó al Dux en la iglesia de San Marcos un anillo consagrado como *prenda de su soberanía perpetua en el mar*, y antes de partir confirió al Dux *el derecho de sellar sus decretos con plomo en vez del lacre*, y le dió la *Rosa de Oro*, que hoy día ofrece cada año el Papa al soberano que la merece. Venecia está reunida á la tierra firme por un puente sobre la laguna que tiene 3,600 metros y forma parte integrante del camino de hierro Lombardo-Veneto. Se compone de 117 islitas reunidas entre sí por 400 puentes, de modo que se puede ir á pié de un extremo á otro de la ciudad. De los tres puentes principales, el de Rialto fué construido en la Edad Media, los otros dos datan de 1854 y 58. El Gran Canal, que los venecianos llaman *Canalazzo*, ha sido y es la parte principal de la ciudad, el paseo; allí se dan las fiestas populares, las *regates*, y en ambos lados se admiran palacios muy notables. Para ir á él partiendo de la *piazzetta*, se costean los jardines del palacio, el establecimiento de la

Sanidad Marítima, la iglesia de la *Salute*, la Aduana del mar, construida muy baja para no quitar el efecto de la iglesia, en cuya cresta se vé una torre con un globo de cobre sostenido por gigantes con la estátua movible de la Fortuna que sirve de anemómetro.

Santa María della Salute es en su género la iglesia más magnífica y más suntuosa de la ciudad; fué erigida por un voto del Senado durante la peste en 1630. Venecia tiene 127 plazas que llaman *campos*, porque eran antes los cementerios que tenía cada iglesia; el nombre de plaza está reservado para la de San Marcos; las pequeñas se llaman *campitos*. En los tiempos de su mayor prosperidad contaba 180,000 habitantes; hoy tiene poco más de 127,000; el pueblo es jovial y dulce.

El palacio del Dux data del siglo XIV; un incendio en 1577 destruyó cuadros del Tiziano, Veronese y otros pintores célebres. El plano inferior es un pórtico de columnas ligadas con arquiagudos, sobre los cuales hay una segunda galería con doble número de arcos. Una amplia muralla revestida de mármol blanco y rojo dispuesta en paralelógramo, tiene seis ventanas en cada una de las dos fachadas, y en medio de cada una de éstas un balcon con ricos tallados. Los capite-

les de las columnas inferiores son admirables por su mérito artístico. La puerta de la *Carta* es un monumento de riqueza, con estátuas de la Fortaleza, la Prudencia, la Esperanza y la Caridad. En el pedestal está una bella estátua de la Justicia; por esa puerta se entra al patio del Palacio. La escalera de los *Gigantes* es de una arquitectura bellísima, con adornos simbólicos esculpidos con admirable finura y dos estátuas gigantescas que dan el nombre á la escalera en cuyo descanso se coronaba el Dux con el cuerno ducal. La galería interior está adornada con armas y medallones de venecianos ilustres, y la exterior con los de los Dux. La *Escalera de Oro* es llamada así por la profusion del oro en sus adornos. En el piso principal —*nobile*—está la sala del Gran Consejo, una de las más vastas de Europa, y la del Escrutinio, ambas con pinturas de artistas eminentes que representan los fastos de la aristocrática república, y en esta última se elegía el Dux. Esta sala y las dos que siguen forman hoy la Biblioteca. Las que habitaba el Dux hasta el siglo XVI son hoy el Museo arqueológico. Sigue la que llamaban la «Cámara de los Escarlatas,» porque los patricios depositaban allí sus togas de escarlata con que se revestían para asistir al Gran Consejo, y está

adornada con bajo-relieves y mármoles antiguos muy bellos. La sala del *Escudo*, en donde se ponían las armas del Dux reinante, contiene el célebre mapamundi de Fray Mauro, precioso monumento de la geografía de la Edad Media, y grandes cartas geográficas de los países visitados por célebres viajeros venecianos; las habitaciones privadas del Dux y otras están en el mismo piso. En el superior están la sala de la Bisola, la del Consejo de los Diez, la de otras instituciones, llenas de riquesas artísticas. La sala del Senado, el que se componía de trescientos miembros, y otras varias. Una capilla en que el Dux con los Sabios del Consejo asistía todos los días á la misa. La sala del Colegio, en que el Dux daba audiencia á los embajadores y á otros magistrados. Siguen otras salas, y por una de ellas se sube al techo y se visitan lo que llamaban *los Plomos*, que eran unos cuartitos de techo bajo donde se metían á los reos de delitos graves. Imposible nos sería enumerar todas las pinturas célebres que adornan todas estas salas, que requieren tanto tiempo para examinarlas. Este Palacio de los Dux es uno de los que la pintura ha reproducido en mayor número, y no hay viajero que no se lleve á lo menos una fotografía de él, pudiendo asegurarse que es el más conocido

en el mundo por medio de la pintura, de la litografía y hoy de la fotografía.

El famoso Puente de los Suspiros está cubierto y cerrado por ambas partes: interiormente está subdividido por dos corredores paralelos independientes el uno del otro. Esos corredores ponían las prisiones criminales en comunicación con el Palacio Ducal, de modo que los prisioneros podían ser llevados ante los jueces sin comunicar con nadie; se construyó en el siglo XVI. Varias veces pasé debajo de él en góndola y recordé la leyenda que refiere tantos horrores. Ese puente pone en comunicación á las prisiones con el Palacio Ducal. Esas prisiones tienen una arquitectura triste y severa por la parte del Canal, que forma contraste con la del Palacio, que está enfrente, pero la fachada de la ribera es más elegante. Podían contener cuatrocientos prisioneros por delitos comunes, pues los de Estado y otros grandes personajes se custodiaban en el Palacio Ducal.

La Plaza de San Marcos, que se vé en tantas óperas, es un cuadrilátero irregular de 540 piés de largo y 252 de ancho del lado de la iglesia, y de 174 del lado del Palacio Real, y está empedrada con mármol blanco de Istria y piedra gris, y por tres partes circundada por una columnata de

128 arcos. En la otra está la Basílica de San Marcos con su rica fachada y un campanario muy alto, aislado de ella. Su estilo es bizantino, tiene la forma de la cruz griega y está llena de recuerdos históricos, de mármoles orientales, de esculturas de la Edad Media, de bronces y mosaicos antiguos. Entre el exterior é interior se encuentran 500 columnatas de mármoles riquísimos. Sobre la fachada, que tiene mosáicos y bajo-relieves, los cuatro caballos de bronce dorado que estaban en el Arco de Nerón en Roma, traídos por Constantino á Bizancia. Allí está el cuerpo de San Marcos que Venecia adquirió en 327 y que tan grande influencia tuvo en su desarrollo; pero no se descubrió sino en 1811, en la cripta debajo del altar mayor, en donde estuvo oculto durante diez siglos, por el profundo secreto en que se quiso conservar el sitio en que fué colocado.

La célebre *bola de oro* no se vé sino en las grandes solemnidades. Es una obra maestra de orfevrería, cubierta de perlas, piedras preciosas y esmaltes de cerca de cuatro metros de ancho y de un metro cuarenta centímetros de altura, dividida en dos partes horizontales subdivididas en ochenta y tres menores, con esmaltes sobre plata dorada representando símbolos religiosos é históricos.

Se construyó en Constantinopla en 976 por órden del Dux San Pedro Orseolo y ha sido retocada varias veces. La cripta está sostenida por 64 columnas. La Basílica contenía una rica colección de objetos preciosos que se perdieron cuando la invasión de los franceses en 1799—*perduti per ópera dei francesi*—dicen los venecianos.

El campanario, que está separado, como he dicho, de la Basílica, está enfrente de ella, tiene 90 metros de altura y es de atrevida construcción: es del siglo X. La galería de las campanas es de mármol de Istria, con una balaustrada y encima un ángel de diez piés de alto, de madera, revestido de bronce dorado. En el interior hay cuatro murallas paralelas á las exteriores y una subida sin escalones hasta la cima.

Enfrente de la piazzetta está la *Torre del Reloj* de 1496. En el primer piso está el reloj con doble cuadrante, con el zodiaco y las fases de la luna. En el segundo un nicho con la Vírgen y dos puertas doradas de donde salen el día de la Ascensión los tres reyes Magos; precedidos de un ángel con una trompeta, pasan delante de la Virgen, ante la cual se inclinan, y vuelven á entrar. En el piso superior, el león de San Marcos desplegando las alas y una campana colosal sobre la cual dan las

horas dos negros gigantescos. No me es posible entrar en más detalles de lo que acabo de indicar ni de tantos cuadros de autores célebres que hay por todas partes con una profusión que maravilla. Ni tampoco continuar visitando las iglesias, monumentos, edificios públicos, paseos, jardines y teatros, adonde las damas van en góndolas, tan silenciosas, que no parece van á divertirse.

La historia de Venecia, tan llena de interés, es quizá la que menos lee la generación presente, que vive en medio de la fiebre de los acontecimientos que surgen cada día y apenas tiene tiempo de ver en donde pone el pié para seguir adelante y no ser arrollada. En otras épocas los pueblos vivían apartados, más que por las distancias, por la falta de medios de locomoción, y había una ignorancia recíproca de lo que se pasaba en ellos, fuera de los gobiernos y algunas excepciones. La vida de calma, metódica, daba tiempo para todo; el reposo forzado de la monotonía de las costumbres se prestaba á todo lo que se emprendía. Hoy se anda con el vapor, se piensa con la electricidad y no todos tienen tiempo y voluntad de volver la cara atrás; lo presente les absorbe y les agita, no reflexionan en lo pasado ni se preocupan del porvenir. ¿Cuántos tendrían hoy la decisión de leer toda la historia

de Venecia, que comprende 1100 años, desde Anafecta, su primer Dux, hasta Marini, á quien en 1797 dijo Napoleón: «Vuestro gobierno es demasiado viejo, es preciso que se desplome?» Y lo desplomó el terrible conquistador cediendo la Venecia al Austria por el tratado de Campo-Formio. La historia de esa república, que sólo lo era de nombre, pues que estaba gobernada por una fuerte y desconfiada aristocracia cuyos nobles estaban inscritos en un registro llamado *Libro de Oro*, es bien interesante, y se lee con avidez porque la imaginación está ya herida con las leyendas de su tenebroso gobierno y sus muertes ocultas. Su política extranjera es digna de estudio y sus diplomáticos son modelos de sagacidad. Cada embajador al volver á Venecia presentaba al gobierno una *relazione* de lo que había sabido y observado en la córte en que había estado acreditado, en la que trataban de todo y de todos con admirable convencimiento de lo que informaban. Hoy esas *relazioni* se han facilitado para su publicación, y en ellas se leen acontecimientos que sirven para aclarar la historia de la época, ó revelan cosas ignoradas de la política ó de las córtes, c ya lectura es un verdadero placer.

En mi segundo viaje á Venecia ya había cami-

nos de hierro, y se echaban doce horas para ir á Milán parándose uno en Verona para comer. Al ir al tren, á los gritos repetidos de *¡partenza! ¡partenza!* me ví envuelto en una turba de más de cien personas que iba á despedir á unos jovenes que se habían casado en la mañana. Era el crepúsculo, y todos y todas daban besos á los recién casados, pues en Italia los hombres se besan, y como á mí no me gusta singularizarme y me ví empujado hácia los novios, dí un beso á la novia, que parecía mareada y no se apercibió del intruso á pesar suyo; en cuanto al veronés, me hice el sueco. Me faltó valor para echar á estos compatriotas de Romeo y Julieta el discursito que oí en una comedia francesa al actor Arnal: «Id, hijos míos, y no olvideis que el mejor medio de seguir el camino de la virtud es no apartarse jamás de él.»

XXVI

Volví á Roma al mes justo de haberla dejado, y volví á oír con gusto aquella pronunciación tan clara y armoniosa que eché tanto de menos en los otros puntos de la Italia. En Florencia la co-

rrección del lenguaje no me hacía soportable la pronunciación toscana ni la forma tan cortés de la frase, que se lleva hasta un punto que para reclamar un objeto perdido no se pone en los anuncios la *Buena recompensa* de costumbre, sino «Generosa cortesía.» Es verdad que el respeto ampuloso es común en Italia, y se suele oír decir *Qual è il di lei riverito nomes?* para decir ¿cómo se llama vd.? En Milán ya es el italiano del norte como en Turín; el de Venecia es más dulce. En todas partes se da el *lei*—usted—porque el *voivos* de los napolitanos es una descortesía en los demás puntos y es preciso ser muy íntimos para usarlo, pues se considera casi como el *tú*; así que cuando van á Nápoles no pueden soportar que se les diga *vos* y reclaman el *lei*, que es la tercera persona, pero el pueblo no comprende ni pizca el *lei*. Una cosa que los italianos no pueden tolerar es que se diga que su lengua no tiene energía y que es imposible infundir el ardor bélico cuando se dice; «Milici civici,» que se pronuncia «mílichi chívichi,» á lo que responden con esta magnífica octava del Tasso.

«Chiama gli abitator del'ombre eterne
Il ranco son della tartarea tromba:
Treman le spariose atre caverne,
E l'aer cieco a quel romor rimbomba!

Né stridendo cosi dalle superne
Regioni del cielo il folgor piomba.
Ne si scossa giammai trema la terra,
Quando i vapori in sen gravida serra.»

Carlos V decía, con razon, que el italiano es la lengua de las damas, y en verdad que es una delicia oírlas y poder hablarlo con ellas; pero tambien decía que el español era la lengua de Dios, dejando el inglés á los pájaros, el alemán á los caballos y el francés á los hombres. Carlos V hablaba muy bien todos esos idiomas, pero no se sabe si, como César, dictaba á la vez en siete lenguas.

Volvió el invierno y con él la vida de costumbre. Entonces oí por la primera vez á la célebre trágica Ristori, cuya fama no había aún pasado la frontera, y pude compararla con la Rachel, á quien había yo visto á mi paso por París. Aquella hermosa lengua italiana en boca de una romana tan bella y simpática, aquella manera de mostrar la pasión, eran un encanto; pero yo la prefería en la dulzura de *María Estuarda* más bien que en la furia de *Medea*. En la una me conmovía, y en la otra me hacían mal aquellos gritos, aquellas manos crispadas que parecían iban á arañar todo lo que la rodeaba, pero el efecto era imponente, aterrador. La Rachel no tenía su fuerza de voz ni la exageración

de los gestos meridionales, era más sóbria en los movimientos, tenía posturas académicas esculturales, parecía una estátua griega, nadie perdía una sílaba de los magníficos versos de Corneille y de Racine que decía magistralmente.

A pesar de la superioridad de la lengua italiana sobre la francesa para la poesía, es tan bella, tan nutrida de pensamientos la de Corneille, que Napoleon I decía que si hubiese nacido en su tiempo le habría hecho príncipe; pero no dijo qué habría hecho de Racine, tan elegante, tan sensible y tan perfecto en su estilo.

La Ristori casó entonces con el joven Capranica, marqués del Grillo, hermano del poeta de que he hablado, pero siguió su triunfante carrera. Cuando algunos años después fuí á París hablaba yo de ella por todas partes, y apenas se reparaba en mis elogios, pues no se creía posible que nadie pudiera, no ya exceder á Rachel, pero ni siquiera igualarla. Algun tiempo después fué á París y dió varias representaciones que produjeron gran entusiasmo y malos ratos á la otra; y eso que el público no sabía el italiano, lo que le obligaba á leer la pieza al mismo tiempo que la veía representar, de modo que era muy curioso ver cuando todos volvían la hoja al mismo tiempo. El carácter de

la Ristori era franco y generoso, el de Rachel de una avaricia cuya sordidez era muy vituperada, y se cuentan de ella anécdotas increíbles; citaré la que me viene á la memoria en este momento. En sus tiempos las piñas valían en Europa de 60 á 70 francos, así que era un lujo raro el ofrecerlas en las comidas, pero se alquilaban como adorno y no se tocaban. La Rachel no descuidó de hacer esa economía en las comidas que daba á los hombres célebres que la frecuentaban, y uno de ellos se decidió al fin á acabar con la farsa. Se levantó, y pinchando la piña con un tenedor, la puso sobre su plato y empezó á cortarla. La Rachel dió un grito y dejó caer la cabeza y los brazos como si se desmryase. El otro, impertérrito, siguió cortando, y dijo: «¡Ay! Mademoiselle Rachel tiene el corazon de piña.» Murió en 1858. La Ristori, hoy marquesa del Grillo, se ha retirado del teatro y vive en Roma en la buena sociedad. Su hijo es caballero de honor de la reina Margarita, y su hija, que es preciosa, no se ha casado aún.

El golpe de Estado de Luis Napoleón, precursor de su imperio, fué recibido con un júbilo extraordinario en Roma, porque se veía en él la continuación del ejército francés que mantenía el poder temporal del Papa. Cuando se recibieron los

detalles de ese golpe de Estado, que fué una obra maestra, todos los repetían con admiración, pues no se puede dar una combinación mejor urdida para asegurar el éxito, en la que, sin embargo, se necesitaba gran valor y acierto, porque si no hubiese sido así, Dios sabe lo que habría sucedido. Se dió el golpe á las seis de la mañana del 2 de Diciembre, y la víspera había dado Luis Napoleón una recepción en el Palacio del Elíseo, en donde nada dejaba ver lo que pocas horas después había de asombrar á la Europa. Concluida la recepción se reunieron los conjurados, es decir, el jefe del Estado, sus ministros, no todos, algunos generales, el prefecto de policía y algunos otros, y al despedir se el conde de Moruy al llegar á la puerta se volvió y dijo: «Queda bien entendido que cada uno está resuelto á dejar la piel si es necesario.» Nadie la dejó, aunque todos la arriesgaron, y un año después se cumplió la predicción de Thiers que al prenderle en la cama lo primero que dijo fué: «l'empire est fait.»

Ese invierno hubo muchos casamientos. Es la costumbre enviar cajas de dulces cuando se verifican, como se envían en Francia cuando hay bautismo; así que la manera de preguntar á una señorita cuándo se casa, es preguntarla: «Quando

mangiamo i confetti? El contrato, que se llama «i Capitoli,» se verifica en familia con los parientes más cercanos, no como en Francia en que hay una gran recepción. El anciano príncipe L... que había vuelto á la infancia, no salía nunca de su casa, y como se casaron muchos romanos con extranjeras que él no conocía, hizo la observación de que ese año se habían casado más hombres que mujeres.

Es la costumbre en Roma que al fin del año los criados van á las casas de los que frecuentan las de sus amos á pedir lo que llamamos «aguinaldo,» y ellos *mancia*—propina.—Lo que se da á los cocheros se llama *buona mano*. Desde que llegan los días de Navidad es una serie de campanillazos en cada casa. «La famiglia—los criados—de tal casa per augurare il buon anno.» La costumbre es dar tres *paoli*—un duro tenía ocho—con lo que hacen una masa que se reparten después. ¡Ay del que no los da! Puede estar seguro de que si deja una tarjeta no la entregan; una carta, no la llevan, y en la antecámara no dan los abrigos. El príncipe T... daba á sus criados la suma que ellos habrían recogido pidiendo la *mancia*, y en su antecámara había un cartelón; «Qui non si danno né si ricevono mancie.»

El cardenal Richelieu, el hábil ministro de Luis XIII que se propuso acabar con los restos feudales, domar á la nobleza, debilitar á la dinastía de Austria en este imperio y en España, decía á su intendente: «os doy como propina lo que me habeis robado en el año.» En Francia no hay la costumbre que en Roma, pero si lo es dar al fin del año espontáneamente á los criados de las casas en que se come á menudo. En Inglaterra y en Holanda se da siempre algo cada vez que se come, lo que es vergonzoso.

El joven sobrino de Martinez de la Rosa, que era agregado, fué herido gravemente al ejercitarse en la esgrima y sus días estuvieron en peligro. Como éramos muy amigos le asistí todo el tiempo de su enfermedad, y su tío, que ya se había vuelto á Madrid, me escribió muy agradecido, trocándose por esto su benevolencia en una amistad de que me dió señaladas pruebas algunos años después en Madrid presentándome en el Ateneo, de que era presidente, y recibiéndome en su casa en la intimidad. Esa enfermedad hizo mucha impresión en Roma, y todas las señoras venían á la puerta de la embajada y me hacían llamar para pedir noticias. Entre las cartas que recibí llegó una anónima con unas oraciones para que las le-

yera el enfermo, y luego supe era de una joven, hija del embajador de *** el mismo que me había dicho un día: «Soy de la escuela de Metternich, y por consiguiente, poco partidario de la prensa; pero le aconsejo á vd. pierda todos los días una hora en leer periódicos.» Desde aquella época se han multiplicado, y los malos son más que los buenos. Sin embargo, ya Balmes había escrito: «La prensa comenzó dando á luz la Biblia, y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras.»

El invierno continuó con sus fiestas de costumbre, á las que yo no faltaba y gozaba de ellas con el mismo agrado, pero tratando siempre de ocultar la agitación interior, porque ya la sociedad sabía á qué atenerse sobre mis sentimientos; y aunque benévola é indulgente, siempre hay deseo de escudriñar lo que se sospecha ó se sabe de los prójimos. Yo no puedo quejarme de ella, antes bien siento aún el agradecimiento por su actitud en un caso que lo explicaba con circunstancias atenuantes; bien que yo no hacía confidencias á nadie, ni áun á mis más íntimos, porque no está en mi carácter, y muchas penas y goces he tenido en la vida que no han salido de mi corazón. No porque yo desconfiase de mis amigos, que los he tenido y los tengo muy buenos de ambos sexos,

sino porque, repito, mi carácter no se prestaba á ello; y luego, la idea que me he hecho siempre del deber, de la circunspección, de lo que se debe á los demás, era tan grande como el temor de cometer una imprudencia. Esa circunspección no me ha abandonado jamás. Años después, encontrándome en Madrid, escribía en mi álbum mi amigo Ruiz Gómez, hoy uno de los hombres políticos más importantes de España, una página sobre mí en que á vueltas de cosas que no repito á pesar de los años que han pasado, añadía: «Tiene vd. de la hembra la bondad y el sentimiento y es vd. melancólico. ¿Hay algo más en el carácter de vd.? Si hay,—ligeramente burlón, disimulado y pronto en advertirlo todo, circunspecto—muy circunspecto.» Lo que yo hacía nadie lo veía, ni lo sospechaba siquiera, porque

«Nelle scuole d'amor, che non s'apprende?»

dice mi poeta favorito italiano.

En la alta sociedad romana había variedad de tipos por los frecuentes matrimonios con razas extranjeras, la inglesa sobre todo; pero algunos habían conservado el romano, lo mismo que en el pueblo, como sucedía con el cardenal Antonelli,

y con la duquesa Torlonia. El príncipe de Santa Croce, que anteponía á este nombre el de *Publícola*, pretendía descender en línea directa de este cónsul, á quien el pueblo romano llamó así por *amigo del pueblo* á quien distribuyó las riquezas de los Tarquinos. Se llamaba Valerio y fué colega de Bruto en el Consulado, muriendo tan pobre que el Estado pagó sus funerales. Cuando Napoleón I entró á Roma á principios de este siglo, al oír que le presentaban «el príncipe Publícola Santa Croce,» le preguntó si era en efecto descendiente del Cónsul romano: «No lo sé, pero hace más de dos mil años que lo están diciendo,» respondió.

Cada invierno se renovaban los extranjeros que venían á pasarlo á Roma, excepto ciertas familias en quienes era ya una costumbre. Esto me traía la ventaja de conocer á las principales de todos los países que más tarde encontré en varios puntos y con quienes conservo hoy buenas relaciones, sólo que todos hemos envejecido. Las conservo aún con un tipo muy raro de aquella época, que huía del frío de su país y le encantaba la vida de Roma. Frecuentemente me acompañaba á casa y siempre hacía la observación, al ir conmigo por las calles en las altas horas de la noche y mirando á las casas, del desencanto que le produciría ver

en aquellos momentos á las damas que tanto admiraba en los salones, durmiendo y con la boca abierta. Un día recibió una carta anunciándole que su mujer había muerto: «¡Qué triste voy á estar mañana!» dijo; echó la carta detrás de una cómoda y en la noche fué á un baile....

Había yo dejado de ir durante mucho tiempo á presentar mis homenajes á Pío IX, que estaba mejor informado de lo que se creía de lo que se pasaba en la sociedad de Roma. Al entrar no me dijo como de costumbre: «ecco il mio compagno di Gaeta,» me dejó acercar, le besé el pié y al levantarme me dijo con un tono que no le conocía yo: «*Mi hanno detto che prendete moglié.*» «Me han dicho que os casais.» Aquel tono y aquella pregunta me turbaron profundamente, pero no lo dejé ver, y respondí naturalmente: «No, Santo Padre, porque de ser así mi primer cuidado habría sido de pedir la bendición á Su Santidad.» Aquí se sonrió y volvió á la jovialidad de costumbre. No se necesitaba ser un lince para comprender que en aquella pregunta había un consejo, paternal sin duda, pero que me hizo latir el corazón muchas horas después de haber salido del Vaticano.

Pasado el invierno los extranjeros se marcharon y las familias romanas se fueron al campo.

Yo me fuí á Albano, en donde estaba una familia de Roma que me recibía con frecuencia en su expléndida *Villa*, á cuya capilla se iba á rezar después de comer, en seguida se tomaba el té y se departía hasta las diez ó las once. Las iglesias, de noche, me han hecho siempre honda impresión; hay no sé qué que aprieta el corazón y aterra la imaginación cuando se tiene la dicha de ser creyente, como una invitación á la penitencia, en cuyos momentos se abultan las faltas cometidas y se teme el juicio de Dios. Preferiría verme en esas horas en un cementerio, pues allí, aunque rodeado de muertos que me dicen en silencio que así he de acabar, si levanto la vista al cielo, veo el firmamento tachonado de estrellas, suspiro al aire libre y no hay bóvedas que repitan el eco de mis lamentos. Y si hay luna que platea los monumentos, me recuerda á Pastor Díaz cuando decía en su poesía á la luna:

«Antorcha de alegría en las cabañas,
Lámpara solitaria en las rüinas,
El salón del magnate no iluminas
Pero su tumba sí.»

Y si como no bastase aquella impresión de la capilla, de noche, oía yo resonar en ella las voces de

aquellas damas en la letanía, tan uniformes que parecían el rumor de las alas de los ángeles, descollando uno por lo sonoro y encantador que parecía una armonía celeste que pedía con fervor lo que las otras pedían con serenidad. Podría vivir cien años, que siempre sería para mí

«Un perpetuo sueño de mí oído
El eco de su voz.»

como decía mi amigo Campoamor. Hoy está su cuerpo en la tumba y su voz en el cielo....!

Eso me acontecía cuando iba yo á comer allí, y al día siguiente sentía yo la necesidad de irme á los bosques á leer en un sitio aislado: allí leí toda la Biblia.

«Busco la soledad, que en ella sólo
Se alza el mortal á la serena altura
De la meditación, y se figura
Dueño de la creación de polo á polo.»

dice el Duque de Rivas.

Esa familia marchó á Nápoles en el verano por dos meses para tomar los baños de mar, y yo obtuve licencia para trasladarme allí. Al volver á

ver aquellos sitios sí exclamé, como el militar de la «Sonnambula:»

«Vi ravvito luoghi ameni,»

no fué con aquella sonrisa, con aquel placer de los primeros tiempos, con aquella ausencia de preocupaciones y de deseos en que había ilusiones porque no había empezado la experiencia. ¿Qué me importaba ya aquel mar de plata y de zafir, aquel cielo turquesa, el Vesubio coronado de nieve con su penacho de fuego, el bullir y los gritos del pueblo, aquel mar de carruajes en Chiaja, la multitud de paseantes en la *Villa Reale*, las barcas pescadoras, la risueña playa de la Mergelina, el monte Posilipo que encierra el sepulcro de Virgilio, los festines de los palacios que volvían á presentarse á mi vista, el recuerdo que cada objeto me traía del encanto de la primera juventud? Y sin embargo, no había pasado más que un año y ya todo eso me era indiferente; el alma avasallada había reconcentrado la existencia en una afección fuera de la cual la pompa y los placeres del mundo no tienen ya imperio en el hombre si en ellos no ha de ver reflejado su propio encanto.

¡Qué recuerdos tan bellos y desgarradores á la

vez! El tiempo, implacable, ha amontonado los años sobre ellos con su eterna regularidad, pero no los borra en los corazones sensibles, y á medida que se camina al ocaso de la vida son más punzantes para el alma y más resplandecientes para la imaginación. Entonces se conoce bien lo que se ha poseído y lo que se ha perdido, lo que no ha de volver, lo que se quisiera volver á tocar, siquiera para mostrar otra abnegación y otra fuerza, nunca bastante grandes más que en pro de tanta ventura, en testimonio de tanto sacrificio.

XXVII

Volví, concluido el mes de mi licencia, al silencio y á los calores de Roma, no saliendo de casa sino ya tarde á dar un paseo fuera de puertas, y aún oía yo el ruido de la bulliciosa Nápoles. Esos paseos á pié al aire libre me hacían bien, porque me aislaban y nadie interrumpía mis meditaciones ni veía mis lágrimas por una ausencia que, aunque

corta, era dolorosa para mí. Los escépticos pueden reír de esas lágrimas.

«¿Qué fuera, si no llorara, el hombre?»

dice Martínez de la Rosa

Algunas veces daba esos paseos con un joven sacerdote español que se hizo jesuíta más tarde, que comprendía el por qué de mi tristeza y me distraía con conversaciones variadas que más bien parecían lecciones, pues era muy instruido de cosas que yo ignoraba.

Un año después del golpe de Estado el 2 de Diciembre, fué proclamado Luis Napoleón emperador de los franceses, y esta noticia se recibió en Roma con más gusto aún que el golpe de Estado, porque así se veía asegurada la protección al Papado que no habría, en efecto, concluido si el imperio francés no hubiese sido destruido por la guerra con Alemania. Ese imperio tan brillante en su manifestación, tan fuerte en el interior, tan temido en el extranjero, tan glorioso en sus guerras, tan rico, tan próspero, tan asombroso en sus fiestas, que había trasformado la capital como por encanto con sus magníficas construcciones en que hay tanta belleza como utilidad, que había protegi-

do el lujo y quintuplicado la riqueza pública se desplomó en pocos días como la decoracion de un teatro se hace pedazos por un golpe mágico, después de dominar diez y ocho años que parecen un sueño.

Los soberanos cuando venían á Roma estaban encantados de verse libres de la sujeción y fastidios de la etiqueta, pues fuera de sus visitas al Papa, como no había córte podían disponer de su tiempo á su manera y llevar la vida de los particulares visitando de incógnito las antigüedades y bellezas artísticas. En carruaje sencillo, acompañados de un gentilhombre y del que el Papa ponía á su disposición, y guiados por un arqueólogo célebre, que en mis tiempos era el conocido Visconti, pasaban desapercibidos y visitaban á su sabor y sin ser molestados por la etiqueta ó la curiosidad las maravillas de Roma. Cuando no vivían en sus embajadas se alojaban en los hoteles públicos, con gran regocijo de sus dueños, no sólo por el lucro sino por el honor, pues era la costumbre de poner en la escalera una inscripcion en mármol para conmemorar la visita que el Papa hacía al soberano en el hotel, y hay algunos que tienen dos ó tres. Lo mismo sucedía cuando alquilaban alguna casa. El emperador Nicolás I mostró mucha

satisfacción de ver al Papa, y como era cismático no podía besarle el pié, pero le besaba la mano como á soberano. Hay gentes nacidas y educadas en el Catolicismo que habrían temblado ante el autócrata de todas las Rusias y que se jactan de no querer besar ni la mano del Papa porque son libres pensadores. Ese soberano era corpulento, majestuoso y de una figura arrogante, pero tan imponente, que todos temblaban en su presencia sin atreverse á mirarle. Una vez se dió el caso único de que se sublevaran unos regimientos, y sin hacerse acompañar ni de un solo ayudante se presentó en el sitio de los revoltosos, los cuales, al verle, se quedaron aterrados. «¡De rodillas!» exclamó con su voz estentórea, y de rodillas cayeron todos los soldados sublevados, confusos y avergonzados.

El rey Luis I de Baviera, que se vió obligado á abdicar en 1848 por lo que se sabe, venía frecuenmente á Roma. Había nacido en 1786 y murió en Niza en 1868 cuando yo me encontraba allí. Era muy ameno y hablaba varias lenguas. Una vez le hizo saber el Papa que deseaba verle, y no se le encontró en ninguna parte. Al fin se supo que se había ido á Viterbo á ver á una dama que había conocido hacia cuarenta años, lo que disgustó

mucho á Pío IX. El recuerdo de la famosa Lola Montes, que le costó la corona, no le dejaba un momento, y llamaba Lola á la mujer del médico que viajaba con él, una española que se llamaba Joaquina. Tenía un lobanillo en la frente como el huevo de una paloma, y el embajador Pacheco, que estuvo en México, tenía en la frente, del mismo lado y á la misma altura, un agujero redondo del mismo tamaño, de modo que cuando hablaban juntos parecía que se acababan de separar ambas frentes. Cuando yo estaba en Niza en 1868, en donde murió como he dicho, hacía visitas como un particular y las hacía muy largas, y como era sordo, al cabo de algunos momentos ya no podían más con él; pero como gustaba tanto de hablar español me dejaban á menudo sólo con él, lo cual era una mala pasada, y así pude ver que no hablaba el español tan bien como él creía, pues lo mezclaba con el italiano, de lo que resultaban cosas muy graciosas.

El 20 de Febrero de 1849 me concedió el Papa su bendición hasta el tercer grado, y la firmó:

«Cajetae, die 20 febi 1849.

PRO GRATIA

P. P. P. IX.»

Y en Abril del mismo año la indulgencia plenaria en la hora de la muerte á mí y á mi familia, que firmó el cardenal Altieri. En Mayo de 1851 se me permitió la lectura de libros prohibidos para servirme con recto y honrado objeto, exceptuando, sin embargo, algunos autores, y en Junio de 1853 se me permitió la lectura de ellos, «exceptis de obcenis ex professo tratantibus.»

La escritura del Papa, que tengo á la vista, me recuerda la de su hermano mayor, el conde Mastai, que tanto cariño me mostró y siguió probándomelo en cuatro cartas que me escribió cuando volvió á Sinigaglia, en donde estaba la casa de la familia en que nació Pío IX. El buen anciano me escribía en términos muy tiernos invitándome á ir á visitarle: «Pido á Dios, me decía, que os inspire el deseo de visitar nuestros países que merecen también ser conocidos,» y en Abril de 1850, que fué la última: «Pienso siempre en Nápoles, y Dios permita que pueda volver á verlo: de buena gana sepultaría allí mis huesos.» Dios no lo permitió y murió en Sinigaglia dejando á su hermano menor en la silla de San Pedro.

Tengo también á la vista las cartas del cardedenal Antonelli sobre varias cosas, en otras, avisándome cuándo me recibiría Pío IX, ó bien

para agradecerme mi felicitación por haber escapado á un asesino, y otra cuando le anuncié la gravedad del mal de Valdivielso, en que me participaba, en respuesta, «que Su Santidad le recordaba con gusto en sus oraciones y le concedía con todo corazón la Bendición Apostólica.» En una me hablaba «de la sinceridad y obsequiosa devoción que yo conservaba por la Sede Apostólica.»

Dejo de referir algunas otras cosas porque empiezo á temer se encuentren demasiado largos estos apuntes, y me limitaré á decir que todo el invierno, el verano y el otoño se pasaron como los anteriores, llevando siempre la misma vida agradable, sin que ocurriera nada notable, porque la historia del corazón debe quedar en él.

XXVIII

El invierno siguiente vino á Roma á pasar un mes el rey Maximiliauo II de Baviera, hijo del Soberano de que acabo de hablar. Tenía entonces 42 años y gustaba mucho de ser recibido en la

sociedad sin ceremonia, así que no faltaba nunca á ninguna recepción ó baile en las embajadas ó en los palacios de los príncipes. Bailaba confundido con el común de los mortales, y una vez el conde Spaur, su ministro en Roma, me dijo que hiciera *vis-á-vis* al rey en un rigodon—ó contradanza—pero no cuadrilla, como impropiamente se dice, lo que en español es otra cosa. Pedí ese rigodón á la princesa Carlota Bonaparte, nieta de Luciano, hermano de Napoleón I, el cual no quiso aceptar ninguna de las coronas que el Gran Conquistador distribuyó á su familia, y se estableció en Roma á la caída de aquel. Hoy la princesa Carlota, que casó con el conde Primoli, está loca desde hace dos años por la pérdida de su hijo. El rey bailaba con la dueña de la casa, la joven duquesa de Poli, que murió hace dos años como duquesa de Torlonia, y «era una de las mujeres más hermosas de su época,» como dice una publicacion reciente sobre la sociedad de Roma; recordaba el antiguo tipo romano; era de una imaginación ardiente, de una vivacidad extraordinaria, de un corazón de oro como su voz, de una gracia en el decir que era un encanto, y en su correspondencia tenía un estilo tan natural y tan correcto al mismo tiempo, que podría mostrarse como de-

chado de sensibilidad y modelo de cultura. Los rasgos principales de su carácter eran la franqueza y la decisión, alumbrados por sus hermosos ojos negros y acompañados de una sonrisa que todo lo armonizaba. Era muy popular, no tenía enemigos, la sociedad romana y extranjera la adoraba, y nadie sabía qué admirar más en ella, si los atractivos de su simpática belleza, ó la naturalidad de los bellos sentimientos que brotaban de su gran corazón. Era hija del príncipe Chigi, cuyo hermano menor he dicho ya fué nuncio en París, y el buen príncipe me tenía mucho cariño, que me conservó hasta los últimos años de su vida, pues cuando iba yo á Roma el buen anciano besaba enternecido al que había conocido tan joven. La duquesa formaba parte de la tertulia de que he hablado, en donde la adorábamos, y á ella dirigió el joven poeta Capranica la epístola en verso de que he hecho mención. Hoy está en el sepulcro, pero vive en la memoria de todos, y mis ojos se posan á menudo ante los retratos que me dió y están como reliquias en mi pobre morada. Su hijo, que tan brillante figura hace hoy en Roma, me envió el último que hizo poco antes de morir.

Mientras bailábamos ese rigodón, me dijo la princesa Carlota: «Mi primo Luis Napoleón se ca-

sa con una española, la señorita Montijo.» No habiendo tenido aún la honra de conocer á ninguno de los dos, esa noticia, de que no tenía yo el menor conocimiento, la recibí con la serenidad natural de quien vivía tan lejos de esos acontecimientos, pero siempre lo era el matrimonio del nuevo emperador de los franceses con una señorito de la nobleza española. Si entonces se me hubiera aparecido un hada para decirme que pocos años después había yo de conocer á esos soberanos y ser recibido en su intimidad, la habría dicho que me dejara tranquilo. Los agoreros, las sonámbulas sobre todo, están hoy muy en boga, y da pena ver á gente sensata y con creencias, á las señoras sobre todo, ir á consultarlas en las mañanas y á hurtadillas: unas lo confiesan, otras no. Los que leen el porvenir en las líneas de la mano son muy buscados, y se asegura que una vez en Burdeos el que leyó en las de la señorita del Montijo la dijo que sería emperatriz, y áun se añade que años después, cuando ésta soberana fué á Amiens á visitar á los coléricos, se encontró allí al que se lo había predicho. Lo que sí es cierto es que en Madrid representó en una comedia en su casa de campo un papel de emperatriz, y que cuando escribía á Ventura de la Vega, que dirigía la pieza, sobre los

días de ensayo, firmaba: «La emperatriz;» eso es curioso. El famoso Debarrolles y su mujer, que era guapa, ejercían esa especie de nigromancia, que consistía en leer el destino de cada uno en las líneas de la mano, y hace veinte y cinco años examinaron la mía, y después de observar que tenía yo á Saturno y á la luna en los ojos ¡qué farsantes! dijeron tenía yo la línea de la vida larga y accidentada; pero no les dejé seguir porque, créase ó no lo que dicen, siempre queda algo y vale más ignorarlo. Debarrolles ha escrito un libro con dibujos de la mano, y hoy todavía se consulta en los salones como una distracción. Muchos años después en Córdoba, en Andalucía, nos dijo una gitana en la fonda á la duquesa de Malakoff y á mí lo que leía en nuestras manos, y á mí me dijo que se me pegaban las sábanas en las mañanas, en lo que dijo la verdad, y fué la única.

La condesa Spaur, esposa del ministro de Baviera, organizó un *Menuet* que debía bailarse en su casa en honor de su soberano. Éramos doce parejas, seis blancas y azules, y las otras blancas y rojas; yo era de éstas y lo bailé con la duquesa de Poli, de quien acabo de hablar. Una señora me prestó encajes magníficos. Los hombres teníamos el traje de guardias de Luis XV, y las damas en

el estilo de la Pompadour con peinados de polvo, y nosotros con pelucas blancas. El *Menuet* se formó con las jóvenes romanas y extranjeras, y con los jovenes diplomáticos y romanos, se ensayó diez ó doce días y salió muy bien y se aplaudió mucho. Unos jóvenes tenían unos cordones que formaban un cuadrado dentro del cual bailamos; el rey y todos los convidados estaban de pié para verlo bien, y apenas concluido empezó el baile, seguido de un cotillón y cena que duró hasta las seis de la mañana.

XXIX

No sé por qué se me figura que los lectores, siquiera benévolos, empiezan á desear que salga yo de Roma, y por si es así, voy á darles gusto. La vida de sociedad continuó tal cual la llevo descrita todo el tiempo que permanecí allí, y las peripecias porque pasé durante largo tiempo, ni debo decirlas, ni tienen interés para nadie. ¡Qué recuerdos! ¿Es un bien ó un mal el conservarlos? ¿Valdría

más el borrarlos de la memoria ó traerlos á ella? Si se ha gozado ¿se renueva el placer? Si se ha sufrido ¿se renueva el dolor? Eso depende de la organización de cada uno. En unos, el tiempo todo lo borra y van en pos de nuevas emociones; en otros, nada borra el tiempo, las huellas quedan abiertas, pero los años, el cambio de escena hacen que sin buscar nuevas emociones se siente uno provocado á ellas, y es tal la fragilidad humana, que se obra como si se hubiese olvidado y nada se hubiese sentido. Sólo que entonces las pasiones no caen ya sobre un corazón virgen de placeres y de dolores, y cualquiera que sean su fuerza y su tenacidad, ya no tienen el sabor de la primera juventud.

Saltemos, pues, sobre lo que tendría aún que referir y lleguemos al momento de salir de Roma. Como todo lo que está lejos se juzga con exageración, la benevolencia con que se me juzgaba hizo que tres nuevos jefes de misión pidieron sirviese con ellos, y lo obtuvo el que iba á Lóndres, lugar de mis pecados. Habían leído en el Ministerio lo que el Sr. Valdivielso había escrito oficialmente, pero no copiaré de ello sino lo que tiene relación con mi conducta y acogida, dejando sin decir su opinión sobre mi porvenir di-

plomático: «Sin haberse separado de mí durante «todo el tiempo que me ha cabido la honra de «hallarme en la plaza de Gaeta cerca del Santo «Padre, ha sabido con su buena conducta, corte-«ses maneras y particular moderación, hacerse «querer y apreciar de más de una alta autoridad «pontificia y de todos los individuos del Cuerpo «Diplomático que aquí se trata frecuente y fami-«liarmente.»

Eso parecía indicar que habría sido más cuerdo dejarme en Roma, en donde habría yo podido ser de alguna utilidad al nuevo representante que nada conocía de aquella córte, á la vez que á mí me habría colmado de gozo quedarme en Roma. De Londres se me escribió que el gobierno había enviado dos libranzas, de cuyas sumas debía dárseme una pequeña parte: una de ellas fué protestada, y se me dijo que en ella venía lo que me tocaba, lo cual hizo decir con mucha gracia al Sr. G. de E. que una vez un cazador, al tirar sobre dos conejos, dijo que uno era para él y otro para las ánimas; mató uno y corrió el otro: «¡Cómo corre el de las ánimas!» dijo el cazador. Sin embargo, yo hice una tontera que no se me agradeció, y fué, partir para Londres sin recibir un centavo, ofreciendo enviar de allí, como lo hice, lo que de-

bía en Roma. El deseo que se me manifestaba de verme en mi nuevo destino y áun el pensar que si debía yo marcharme «al mal paso darle prisa,» me decidieron á partir, y empecé á despedirme. Las demostraciones de simpatía que recibí de la sociedad, Cuerpo Diplomático y Córte Pontificia eran tanto más sinceras cuanto que mi edad y modesta posición no exigían salvar las apariencias.

Obtuve la audiencia de despedida de Pío IX, que estuvo, si cabe, más afectuoso y benévolo que nunca, y me dijo: «Vais á un país protestante; yo sé bien cuáles son vuestros principios religiosos y veneración por la Santa Sede como la adhesion á mi Persona; sois aún joven y necesitais fortificaros en las doctrinas religiosas; haced una visita de mi parte al Arzobispo Grant, y yo haré que se escriba al cardenal Wiseman, id á verle y que os busque un confesor.» Caí de rodillas, y Pío IX, poniendo la mano izquierda sobre mi cabeza, me bendijo con la otra con una uncion que me hizo asomar las lágrimas al rostro. En seguida se levantó y fué á tomar de un mueble un camafeo que representaba á San Pablo, de escaso valor intrínseco pero que lo tenía grande para mí necesariamente. No sé si Pío IX recomendó alguna vez á alguno otro como lo hizo conmigo en Londres,

pero yo no lo he sabido jamás, y en todo caso prueba su singular benevolencia hácia mí.

Hay una superstición en Roma y es, que para volver allí se debe ir á una fuente, beber su agua y quebrar el vaso contra ella. Yo fuí á la de Trevi, la más hermosa de Roma, que está apoyada al palacio Poli: bebí y rompí el vaso lleno de despecho y de esperanza. Allí hay siempre vendedores de vasos con ese objeto. Otra costumbre es esconder una monedita en uno de los monumentos que están en la Basílica de San Pedro y volver á buscarla cuando se vuelve á Roma. Yo escondí la mía en el sepulcro de Pablo III (Farnesio).

Al fin fué preciso partir, pero repito, ni es del dominio público lo que me aconteció en esos momentos ni tiene interés alguno para él. Tenía yo la secreta esperanza de volver y por eso se me dijo: «volveréis en la primavera como las golondrinas.» ¡Ah, las golondrinas volvieron, yo no!..

.....

.....

.....

XXX

No puedo encarecer lo que sentí al salir de Roma. Semejante á los peregrinos que al salir de Jerusalem vuelven á cada momento la cara para contemplarlo una vez más, así veía la cúpula de San Pedro, que parecía alejarse á medida que el *vetturino* se encaminaba lentamente hácia Civita-Vecchia, en donde me embarqué para Marsella. Doy de antemano permiso para reír á los que lean que el llanto me acompañó en todo el camino; pero si hubiesen podido ver lo que pasaba en mi corazón y las circunstancias dolorosas que precedieron á mi salida, quizá tendrían alguna simpatía por el dolor.

En París me detuve algunos días y llegué á Londres en pleno otoño. Allí había yo empezado mi carrera con el amigo querido á quien dedico estos recuerdos, pero como no estuve sino dos meses no valía la pena que me ocupase de ellos. ¡Qué cambio tan repentino en todo! En vez de aquel cielo nítido de Italia, el color de plomo de Londres. En vez de aquella amenidad y expansión de

los italianos, lo adusto y reservado de los ingleses. País sin luz, sin atractivo para los meridionales, húmedo, la lluvia casi constante, la lluvia que es una de las más grandes contrariedades de mi vida, que da razón á los que dicen: «es más fastidioso que la lluvia.» Aquellas calles monótonas con sus casas uniformes, pequeñas, con fachadas de ladrillo ennegrecido, con ventanas de guillotina, que no se abren sino la mitad, escaleras angostas como las de un vapor, sin patio, sin luz ni aire, son una prisión, es el sistema celular, y tengo para mí que de ellas se tomó la idea de los penitenciarios.

¿Y la cocina? Buena carne y buen pescado, la primera bien asada y el otro fresco; pero no siempre se ha de vivir con carne asada y pescado cocido, porque no saben freirlo ni arreglarlo de las variadas maneras que se conocen. Fuera de eso no espereis ningún regalo para el paladar. No saben hacer el caldo de las sopas ni añadir las cosas tan sabrosas que sabeis. Excepto las de tortuga, cola de buey y otras en que hay vino de Madera y pimienta roja como el fuego, no comen otras. Esas sopas, cuando no son muy fuertes, son agradables para los que gustamos de picantes, pero en general los ingleses no toman sopa sino cuando convidan ó tienen alguna fortuna.

Las salsas parecen hechas con almidón. Los pollos son *rara avis*, malos y caros. En fin, no saben hacer ninguno de los platos tan ricos y variados que se presentan en las mesas francesas, cuya cocina, como la lengua, se ha esparcido por el mundo. Los platos dulces no se conocen, y los postres son tambien *rara avis*. Por contra no falta jamás el queso, que es bueno, variado y barato. El *rostbeef*, el pescado cocido, el queso y la cerveza es el fondo de la cocina inglesa. Se me dirá que eso es sano: lo será, pero eso se acepta cuando no se conoce otra cosa. El pan es grande, malo, mucha miga y poquísima corteza, así que los que gustamos de ésta quedamos lucidos. Los quesos son inmensos. El de Stilbón se deja podrir y para ayudarlo se echa Jerez ú Oporto, y mientras más gusanos tiene más sabroso lo encuentran; parece que va á echar á andar. Esto me recuerda que en una exposicion de quesos cuentan que uno dijo al otro: «He ganado una medalla y el presidente del jurado me la trajo.» «Pues yo, replicó el de los gusanos, yo mismo fuí á buscarla.» El salmón es tan abundante en Londres, que los criados ponen como condición no comerlo sino dos veces por semana. El vino es malo y muy caro, nunca beben agua; toman cerveza y como *extra*, Jerez y Oporto, con

más alcohol que vino. Sin embargo, debo declarar que yo hablo de aquella época, pues hoy me dicen que todo está cambiado, que se come mejor, que hay muchos cocineros franceses que antes tenían que volverse á París porque se les obligaba á hacer la cocina francesa con el método inglés.

Es indudable que la alianza de la Francia y de la Inglaterra cuando la guerra contra la Rusia acabó con la repugnancia de los ingleses á ciertos usos. Así, en mi tiempo no se estilaba llevar toda la barba, y yo tuve que afeitarme dejando las patillas y el bigote para ir á la córte. Los ingleses no usaban bigote, hoy lo llevan y aún la barba. Antes tenían horror del cigarro, y hoy todos ó casi todos fuman y áun señoras que conozco. En estos últimos tiempos las costumbres han cambiado muchísimo, y esto se debe al Príncipe de Gales que ha viajado por el mundo entero: todo se lo ha asimilado, es un cosmopolita, y con su ejemplo ha revolucionado á toda la alta sociedad. Es preciso oír á los ingleses rancios cómo lo lamentan.

En el Banco de Inglaterra dan la satisfacción á los viajeros que lo visitan de poner en sus manos muchos millones de libras esterlinas en billetes del Banco, pues los hay de sumas enormes,

aunque naturalmente no están en circulación. Dan ganas de decir *Good by*, y marcharse con los millones, pero despues de sufrir ese suplicio de Tántalo hay que volverse con las manos vacías.

En Londres todo es grandioso, pero todo es triste, monótono, melancólico, y no es posible otra cosa con aquel clima lluvioso y sombrío. En la calle no hay distracción, á pesar del gran movimiento todos van de prisa—*time is money*—nadie se mira, ni á las buenas mozas como hacemos los meridionales, nadie se conoce, la vida de los hombres está en el *Club*. El *policeman* es una providencia, sobre todo para los extranjeros, pues á los ingleses no les gusta se les dirija la palabra sin conocerles, y aún si no se les habla bien su lengua fingen no entender. La ciudad es tan grande, las calles tan parecidas, que á cada momento hay que preguntar, y el buen *policeman* responde, por ejemplo: «Walk ten minutes, take the rihgt, after the left, and ask again.» «Ande vd. diez minutos, tome vd. á derecha, luego á izquierda y pregunte vd. otra vez.» Pero ¡buen hombre! vd. con sus piés, que parecen canoas, y su oficio que es andar aprisa, podía llegar en ese tiempo, pero yo á los diez minutos daré antes la vuelta y no llegaré á á mi destino. Cuentan que un inglés que fué co-

gido en el extranjero para hacer la cadena en un incendio, no quería pasar el cubo de agua á su vecino porque no le había sido presentado. Ya les rehabilitaré en los salones.

El mes de Noviembre es el más terrible de Londres, es el de las nieblas, el horripilante *fog* que todo lo paraliza, una niebla negra en que está impregnado el carbon que sale de las chimeneas, y no se ven ni las manos. Aun encendido el gas hay momentos en que los carruajes cesan de circular, y de noche hay que ir con antorchas, y los rateros hacen su agosto en pleno Noviembre, pues roban hasta los sombreros. ¿Cómo no entristecerse y desfallecer entonces cuando pocos días antes se vivía en pleno sol? No fué allí en donde el duque de Rivas se inspiró para llamarle

«Monarca de la luz, padre del día»

ni cuando dijo:

«A los remotos mares de occidente
Llevas con majestad el paso lento,
¡Oh sol resplandeciente!
Alma del orbe, de su vida aliento.

Otro hemisferio con tu luz el día
Espera ansioso, y reverente adora

Ya un rayo de alegría
Con que te anuncia la risueña aurora.

Sobre ricas alfombras de oro y grana,
Que ante tus plantas el ocaso extiende,
Tu mole soberana
Lentamente agrandándose desciende.

La tierra que abandonas te saluda,
El mar tus últimos rayos refleja,
Y la atmósfera muda
Vé que contigo su esplendor se aleja.»

Quisiera seguir copiando esa hermosa oda, compuesta en Nápoles, cuyos sitios en ella cita.

Ni tampoco fué allí en donde Espronceda dijo:

Pára y óyeme, ¡oh sol!

Pasar de la luz á las tinieblas, del seno de nuestros amigos al aislamiento en medio de la muchedumbre, es cosa bien dura. Pero yo jamás he contrariado á mi destino, él me ha guiado, nada he elegido, lo bueno y lo malo todo lo he encontrado en el camino á que he sido empujado.

Dicen que un día el rey Jorge IV dijo al embajador de Nápoles: «Ahí está el sol.» En efecto, entre las nubes se veía una bola rojiza como un queso de Holanda que no ofendía la vista siquie-

ra, y el embajador respondió muy ufano: «Señor, vuestro sol es como la luna de mi rey.»

De allí podía decir también el Tasso:

«Spenta é del cielo ogni benigna lampa.»

Ese espectáculo, ese aislamiento, el recuerdo de sitios y personas perdidos no encontraban allí consuelo alguno. Yo no conocía á nadie, y mi jefe tampoco, ni él quería conocer á ninguno; llevaba una vida muy retirada. Por fortuna, allí volví á ver al conde La Tour, con quien viví algún tiempo en Roma en habitación que pagábamos á medias y que fué luego ministro en México en tiempo del Imperio. Él me presentó á otros colegas, pero como ya estabámos en el invierno la sociedad estaba ya en el campo y llevábamos otra vida. Una enfermedad de garganta vino á aumentar mi desazón, y no olvidaré los días que pasé en un cuarto triste y aislado, en cama, sin más compañero que el fuego del carbón de tierra. Al fin, con una recomendación para el príncipe Carini, que era ministro en Nápoles, empecé á hacer conocimientos en su casa; y como todo napolitano que se respeta sabe hacer los macarrones, dirigió él mismo ese plato que á menudo me lo

ofrecía sabiendo lo que me gustaba. Allí iban frecuentemente los italianos de las otras legaciones y otras familias, así que me sentí renacer en medio de ellos volviendo á hablar el italiano que tanto me agrada en la conversación. El príncipe me presentó en casa de la condesa Wallewska, embajadora de Francia, que recibía los martes, adonde conocí al Cuerpo Diplomático y á algunas familias inglesas. Ya estaba yo lanzado. Como en Roma, yo estaba solo en la legación, pues el secretario que llegó después, por razones que no me toca decir era como si no existiese.

No descuidé de ir á ver al cardenal Wiseman, que me recibió con suma amabilidad y me habló muy bien en español. El ilustre autor de *Fabiola* y de los *Discursos sobre la religión revelada*, me recibió varias veces y su conversación era muy agradable, casi siempre hablábamos de Pío IX.

Así se pasó el invierno, en que aumenté mis relaciones, y no faltaba en que pasar el tiempo agradablemente.

XXXI

Llegó la Semana Santa. Acudí á los oficios á la Catedral, en donde oficiaba el Arzobispo Grant, á quien también había yo visitado. Allí estaba yo muy serio con mi libro cuando veo que una señora que estaba en un sitio reservado me llamaba con la mano. Me acerqué y ví que era Lady Campdell, que se había convertido en Roma, lo que había hecho gran ruido en Inglaterra. La había yo conocido en Roma en casa de la princesa Doria-Pamphili, que era inglesa, ferviente católica. Me dió un puesto en su tribuna y me dijo fuese á visitarla, extrañando no lo hubiese yo hecho ya.

Empezaba ya lo que se llama en Londres la *Season*, es decir, la época de bailes, conciertos, comidas, teatros etc., etc., y como allí basta conocer á una familia para conocer á todas, entre ella y el príncipe Carini hicieron caer sobre mí un alud de convites en que había escrito: «Wil the Lady Campdell complimen's,» ó bien, «Avec les complimens

la princeps Carini,» lo cual quería decir que ellas habían pedido los convites para mí. No me sería posible decir el número y los nombres de las familias á cuyas fiestas asistí, porque no puedo recordarlo, y á algunas no ví sino una vez. La sociedad inglesa es la más hospitalaria que se conoce. Una vez introducido en ella se ocupan de hacerlo á uno convidar á todas partes, y no se la debe juzgar cuando se la vé de lejos, pues es toda cordialidad y buena fe cuando se la trata.

Nada hay que fatigue más como los tres meses que dura la *season*. Alphonse Karr decía que si se impusiera á las señoras como trabajos forzados la vida que llevan voluntariamente, sucumbirían ante ellos, y esto puede decirse de las inglesas. Hé aquí su vida en ese tiempo:

Se levantan temprano, toman el desayuno, se visten con la amazona y á las doce en punto están á caballo en el *Hyde-Park*. Allí se reunen con sus amigos y amigas, mientras que las demás señoras dan vueltas en los carruajes y los hombres pasean á pié. A las dos en punto, como si obedecieran á una voz, queda el paseo sin una alma. En seguida el *lunch*, que es una comida menos la sopa, y siempre hay convidados en todas las casas. Luego, en carruaje á paseo ó á tiendas hasta la

hora de vestirse para comer, que es á las ocho, y después á bailes ó teatro, y naturalmente se acuestan muy tarde.

Una cosa muy agradable es lo que llaman *Garden-Party*, fiestas en el jardín, que se dan en las casas que lo tienen, y duran de cuatro á siete. Hay música, *buffet*, se pasea, se baila.

Las comidas son á las ocho, pero siempre se ponen á la mesa á las ocho y media ó nueve menos cuarto. Los hombres dan el brazo á las señoras, pero concluida la comida sólo ellas vuelven al salón. Allí no hay esa eterna cuestión de los puestos. La categoría de cada uno está establecida y aceptada sin murmurar. En casa de Lady Campdell ví á Lord Palmenton cinco puestos más abajo que un duquesito imberbe, porque el ser presidente del Consejo de Ministros no le daba derecho, siendo vizconde, de pasar antes que un duque: nadie se ofende ni reclama. Cuando las señoras pasan al salón los hombres quedan á la mesa departiendo y bebiendo Jerez ú Oporto, cuyas botellas, seguidas de un plato de galletas, dan varias veces la vuelta. Mucho se ha modificado el abuso de beber después de comer, en que algunos daban espectáculos repugnantes. Ya en el siglo pasado decía Lord Chesterfield: «Na die come sin hambre, y mis compatrio-

tas beben sin tener sed.» Repito que en eso hay grandes reformas.

Las inglesas adoran la música, tocan y cantan sin que se insista mucho en ello. Por desgracia, no están muy bien organizadas para las gracias de Euterpe, aunque hay excepciones, sobre todo desde que tantos profesores italianos se han establecido en Londres. Gustan mucho de dar conciertos de día, ya con artistas, ya con aficionados que no están siempre á la altura de su buena voluntad.

El baile es otro de sus gustos más pronunciados, pero desgraciadamente las casas no son muy grandes y los convidados son muy numerosos, así que frecuentemente se queda uno en la escalera ó en la meseta de ella sin penetrar en el salón, y como el comedor está abajo, es mayor la dificultad de moverse. Es muy curioso ver á los ingleses de edad entregarse al baile con señoritas jóvenes, y la seriedad con que bailan los rigodones, y sobre todo los lanceros, á que son tan aficionados, ejecutando los movimientos con una gravedad que parece más bien el cumplimiento de un deber que el deseo de divertirse.

XXXII

No he dicho que al fin del invierno tuve una fuerte ictericia. Por menos la habría yo tenido, y desde aquí veo reír á los que se representen mi cara amarilla y saben por qué: yo río ahora de mi color, pero no de la causa de mi enfermedad, que me curaron á la inglesa: dieta y champaña. Empezaba ya la primavera y con ella la luz y el sol que brilla—*sun shines*—cosa que no se vé allí sino en los meses de Mayo, Junio y Julio. En los dos primeros anochece á las nueve y amanece á las tres y media, así que salíamos de los bailes en pleno día una caterva de jóvenes que paseábamos en los parques en vez de ir á descansar. Los ingleses pretenden que cuando la reina sale el sol sale también, pero como se la vé en el buen tiempo—*fine season*—es raro que el sol no se deje ver aunque *the Queen* se quede en su casa. Esa estación favorable me alivió el cuerpo y el espíritu.

Yo asistía regularmente á los martes de la condesa Wallewska, embajadora de Francia. En uno

de ellos el embajador, que era hijo natural de Napoleón I, á quien se parecía mucho y de quien dicen tenía las mismas posturas, con la mano dentro del chaleco, que era la favorita de su padre, dijo con gran calma: «Mañana tendrémos la declaración de la guerra» exactamente con el mismo tono que si hubiese dicho una cosa insignificante. Era la guerra de la Francia y de la Inglaterra á la Rusia que duró dos años y fué desastrosa para esta última.

En aquellos tiempos la Francia y la Inglaterra estaban á partir un piñón. La condesa Wallewska decidió dar un baile de trajes á que debía asistir la reina Victoria, y dijo que sólo á los jefes de misión les permitía el uniforme, pero no á los demás, así que yo hice arreglar el traje de guardia de Luis XV que llevé en el *Menuet* de Roma; y como la peluca blanca exige el colorete, y yo estaba aún amarillo, hubo que cargar la mano, no sólo en él sino en los polvos de la cara, de modo que nadie me reconocía, tanto más que solo dejé el bigote, como el traje exigia.

La reina y el príncipe Alberto, su esposo, estaban de pié en el fondo del salón para ver el desfile de los convidados y sus trajes; pero Su Majestad, que nunca ha pecado por el deseo de divertirse, se

cansó al poco tiempo de aquel interminable desfile, y no miró más á los que seguían, entre los que estaba vuestro servidor, lo que advertido por la embajadora, la propuso pasar á otro salón y descansar, no de haber estado de pié, que á eso estaba acostumbrada en sus recepciones, sino del espectáculo que empezaba á ser monótono. Los que salimos en pleno día fuimos objeto de risa y burla del pueblo, pero llevamos la cosa con filosofia. El *Morning Post*, órgano de los conservadores y de la alta sociedad, se procuró una lista de los convidados, y nos dirigió una circular pidiendo la descripción de nuestros trajes antes del baile, de modo que á las ocho de la mañana del día siguiente salió el periódico con ocho columnas de caractéres menuditos con los nombres y trajes de cada uno.

Una de las cosas más curiosas en Inglaterra es el *Drawing-Room*, es decir, las recepciones de día de la reina Victoria. A ellas se va de uniforme y calzón corto, y en ellas se presentan á la córte las señoras que tienen ese derecho y las jóvenes que hacen su extreno en ella: todas están descotadas, y es un golpe de vista magnífico ver aquel desfile de mujeres, en que hay tantas bellezas, aquellas carnes tan blancas en pleno día con aquellos trajes de ceremonia. Toda la aristocracia y los ofi-

ciales que han recibido aviso especial desfilan delante de la reina, hacen una genuflexión y la besan la mano. Un desgraciado oficial—*un highland* al inclinarse dejó caer por casualidad la pistola que es inherente á su uniforme, la reina se sorprendió y se puso muy colorada, hubo un momento de emoción general y el pobre oficial se retiró más muerto que vivo; yo estaba ese día y por eso lo refiero. El príncipe Alberto estaba al lado de la reina. El Cuerpo Diplomático enfrente, después de haberla saludado, y gozaba del curioso espectáculo del desfile. El introductor de embajadores, que entonces se llamaba Sir Edward Cust, tenía una voz extentórea, y al lado de la reina anunciaba á cada uno con laconismo; así, decía por ejemplo: «Austrian Ambassador.» «Portugal Minister.» La reina es muy exacta. La recepción empieza á las dos, y en cuanto se oye el primer golpe de la hora, se abren las puertas del palacio de Buckingham y el introductor anuncia: *The Queen* ¡la reina!

A los bailes se convida á todo el Cuerpo Diplomático, áun á los agregados, á la aristocracia y á los extranjeros de distinción. No se puede ir sin uniforme, calzón corto y media blanca. El anciano conde de Labradío, ministro de Portugal, muy estimado de todos y áun de la reina, pidió miso-

ricordia para sus flacas pantorrillas, y se le permitió por excepción vistiera sus canillas con medias de seda negra: naturalmente de ese color se puso el pantalón. La elegancia era hacerse los calzones cortos por el sastre del príncipe Alberto, esposo de la reina, y á mí me los hizo hasta el fin del imperio francés con las nuevas medidas que le enviaba yo. Tenía yo debajo un calzón de pié, de punto, así que no había una sola arruga en la media. Ese sastre enseñaba á ponérselos, apretando fuertemente las hebillas debajo de las rodillas y tirando hácia arriba el calzón, que quedaba como pintado, mientras que los otros empezaban por abotonarlos arriba y las hebillas después, lo que traía muchos desperfectos. Cuentan que en París pusieron unas banderitas sobre las pantorrillas postizas de un desgraciado que no las vió y entró así en los salones: el estudio de las pantorrillas es muy divertido.

En uno de los bailes á que asistí se encontraba el joven rey de Portugal, D. Pedro, que no habiendo cumplido aún los diez y ocho años para empezar á reinar, viajaba en tanto que su padre era el regente. Le acompañaba su hermano el duque de Oporto, hoy rey de Portugal.

Ambos recibieron en su casa al Cuerpo Diplomá-

tico individualmente y les fuí presentado. Dos años después, hallándome en Madrid, obtuve un permiso para ir á Lisboa, como curioso, á la coronación de D. Pedro, y asistí á todas las ceremonias en la tribuna diplomática, pues llevé recomendación para el duque de Saldanha, que era presidente del Consejo de Ministros. Hice el viaje de Madrid á Lisboa con el representante de Sajonia, que iba en misión especial de su gobierno, y echamos cuarenta y ocho horas en la silla-correo. Pasé ocho días allí muy agradables, encontré la ciudad *muito boa*, y la mando ahora *muito sandar*. Seis años después fuí convidado por los emperadores á pasear ocho días en el palacio de Compiègne que, como es sabido, es uno de los de recreo y de caza de los soberanos en Francia, en la misma serie que estaba el duque de Oporto. En la caza cayó del caballo, de donde se levantó para subir al trono, pues al volver al palacio recibió un despacho en que le llamaba su gobierno por la enfermedad del rey su hermano. Al llegar á la rada de Lisboa el presidente del Consejo de Ministros vino á bordo y le llamó *Majestad*; así comprendió que su pobre hermano había muerto.

Volvamos al baile. Una cosa muy divertida es ver que se ha conservado la tradición de que du-

rante la fiesta se pasea por todos los salones un escocés con un traje muy rico, y por supuesto, con las piernas desnudas—*horresco referens*—tocando la cornemusa, sin cuidarse de si la orquesta tocaba ó no, sin mirar ni hacer caso de nadie, como si se divirtiera solo y no se ocupase del auditivo de los convidados. Todos los Grandes tienen en Escocia su músico titular con rico traje, y áun suelen viajar con él, pues otra vez que estuve convidado en Compiégne se hallaban allí los duques de Argyll, y todas las mañanas, durante el almuerzo, el pícaro y lujoso escocés con su chillon instrumento se paseaba tocando con una gravedad muy graciosa.

A los conciertos de la córte no se convida más que á los jefes de mision, y todos van de frac, calzon corto y media negra.

Otra de las solemnidades á que asiste la reina es á la apertura del Parlamento, que atrae un concurso inmenso por las calles del cortejo. En mi época el príncipe Alberto no había sido aún declarado Príncipe-consorte, así que la reina se sentaba sola en el sillón del Trono y el príncipe permanecia detrás y en pié. Cuando se le declaró ya se sentaba al lado de ella. Conocido es el ceremonial de la apertura del Parlamento.

A la salida de las ceremonias, teatros, bailes y cosas semejantes, hay un portero con librea que llama, gritando, á las personas cuyos coches se arriman á la puerta. Cuando tardan no gasta cumplidos, y grita, por ejemplo: «Lady Grant carriages stop the way,» es decir: «El carruaje de Lady Grant impide la circulacion.»

La gran dificultad para los extranjeros en Londres es no hablar la lengua, y no hablarla bien, pues esos buenos insulares no quieren comprender si no se les habla correctamente. Suele encontrarse alguna tienda en que hay un cartel: «Aquí se habla español.» Entré en ella un día: «¿Quién habla aquí español?» «Mí,» me respondió un dependiente. Otra vez, en una comida me preguntó una señora que tenía yo enfrente: «Do you speak english.» «Ten minutes,» respondí, porque lo que yo sabía se agotaba en diez minutos. El mecanismo de la lengua es fácil, la pronunciación muy difícil, y más ún el entenderlos, porque se comen la mitad de las sílabas. Bien quisiera contar algunos *quid pro quo* que me acontecieron, pero no puede ser.

La verdadera existencia, los grandes goces de la vida en Inglaterra están en el campo. Allí están las grandes y suntuosas residencias, allí pasan

todo el año, menos los tres meses de la *season*, que vienen á Londres á habitar sus casas pequeñas y á llevar la vida que he dicho: la caza es una de sus ocupaciones favoritas. Son muy hospitalarios, y como sus castillos contienen cuartos de dormir hasta para alojar de treinta á sesenta personas, siempre están llenos de convidados, á los que se deja entera libertad, pues nada peor hay en esos casos para los dueños de la casa que estar preocupándose de divertir á sus huéspedes, ni nada que mortifique más á éstos que ser objeto de esas preocupaciones. En Inglaterra todo está muy bien entendido y arreglado, todos saben lo que tienen que hacer y todos gozan á su sabor de la vida del campo, que es la mejor organizada y la más agradable que se conoce. Aun cuando no se sea cazador esas temporadas son muy agradables, pues ni en todas las estaciones se puede cazar ni todos los castillos tienen cacería. Esos gustos se adquieren temprano, y yo no he cazado sino en domicilio, quiero decir, que he gustado de la cacería que se me ha presentado.

Quien no ha visto un domingo en Inglaterra no sabe lo que es un día triste en una ciudad. Apenas se vé gente por la calle, ni carruajes particulares, todo cerrado, silencioso, los que pueden se van al

campo, los que se encuentran en la calle van á las iglesias que celebran tres veces al día el *divine-service*, al que llaman con una campana que parece toca á muerto. El domingo, día de ruido, expansion y alegría en todas partes, es allí lóbrego, aburrido y para el extranjero es terrible. Ahora se trata de hacer algunas innovaciones que tienen grandes partidarios, pero también grandes opositores en los que no quieren cambio alguno en las costumbres. Algunas visitas podían hacerse.

Un domingo salía yo de hacer una en *Belgrave Square* cuando empezó á llover y me refugié en uno de los pórticos de aquellas casas en que había hecho lo mismo un caballero, una señora y dos niños. Al cabo de un rato la conversación empezó entre nosotros, y conociendo luego por mi acento que era extranjero, me dijo el caballero que le gustaba mucho la lengua española. Llegó un criado con unos paraguas y echamos todos á andar, pero al llegar á su casa, que estaba cerca, me hicieron subir y me ofrecieron el tradicional Jerez—*glas of wine*.—Ella era una dama muy guapa, pero me pareció en seguida algo rara, y desde aquel día fuí á verla todos los domingos. Su marido tenía una alta posición social y política. Cuando hablaba yo de ella á sus compatriotas, todos me res-

pondían solamente «que era muy guapa,» pero como no decían más, yo comprendía que había algo más, pues no podía yo creer que no pudiera decirse de ella sino lo que Salustio decía de Aurelia Orestila, «de la cual no alabó nunca ningún hombre otra cosa más que la hermosura.» Al fin se me dijo lo que yo sospechaba: que bebía. Ese vicio, tan repugnante en un hombre, era aún más imperdonable en una señora, y estuve á punto de no verla más. Como ya tenía alguna confianza conmigo, menudeaba en mi presencia las copas de Jerez mientras que yo no tomaba mas que una. Entonces decía mil cosas, pero sin descomponerse; soltaba la sin hueso con volubilidad, y como no ponía puntos ni comas, era preciso estar muy atento para apercibirse cuándo pasaba de un asunto á otro. Era inteligente y sencilla, culta, pero ignorando mil cosas de la vida práctica; parecía buena y me interesaba. No perdía la calma de sus maneras ni era inconveniente en nada, pero en su mirada y en lo que decía se revelaba su estado. A mí me divertía cuando no exageraba el beber en mi presencia; hablaba muy bien el francés, la gustaban los juegos de vocablos, á que se presta tanto esa lengua, y á veces los hacía yo detestables, pero la hacían reír. La divirtió mucho que la en-

señé á decir «te amo» en ocho lenguas, pero tardaba días en aprender cada frase; «te amo, te quiero mucho:» «ti amo, ti voglio bene,» en italiano: «Je t'aime,» en francés: «Ich liebe Dich,» en aleman: «A bacr Ntodato,» en ruso: «Kachan ciebie,» en polaco: «Severine sein,» en turco: «Sagaso poli,» en griego, y en la suya «Y love you.» Nunca comprendí cómo no ponía remedio el marido á ese vicio; jamás vino al salon en mis largas visitas; es verdad que yo no preguntaba por él. Ella me daba citas en los jardines con música, en donde todos la saludaban y me miraban como si me creyeran cómplice de su alcoholismo. Siempre he tenido miedo al ¿qué diran?—Ahora me arrepiento, si no de todas, de muchas cosas—y al fin me decidí á retirarme poco á poco, como lo hice en efecto.

Desde mi juventud me propuse no tocar ni una carta de juego, ni decir malas palabras, ni embriagarme, y he llegado á la edad que tengo—que no es poca—sin haber quebrantado esos propósitos, como si el juramnto que hice sobre mi cabeza lo hubiese hecho sobre el evangelio: lo digo con un legítimo orgullo. No he comprendido jamás que un hombre, sólo por el vicio de beber, pierda la salud y la reputación, y ahogue en el alcohol la inte-

gencia que Dios le ha dado en beneficio propio, de su familia y de la comunidad, dando el repugnante espectáculo del embrutecimiento por su propia voluntad, de la degradación del alma, que es un soplo de Dios. El beber no sólo ahoga la inteligencia sino la dignidad humana; su manifestación es asquerosa y puede llevar á excesos inconscientes que al despertar traen la deshonra y el castigo. El romano que llevaba á su hijo á ver á los esclavos ebrios para alejarle de ese vicio, debería ser un ejemplo para los padres de familia, y áun las leyes deberían castigarlo severamente. Todos venimos al mundo con la fragilidad humana, pero la educación moral, el ejemplo y la razón guían al hombre desde sus primeros pasos. Las malas compañías son la causa de los vicios; frecuentar la decente, aquella en que el ejemplo es bueno y el juicio severo, salva noventa jóvenes de ciento que la frecuenten exclusivamente, y ese vicio debe combatirse con la educación, el ejemplo y la ley.

«El alazán corredor
en su indómita carrera
halla siempre una barrera
que inutiliza su ardor.

Así también la pasión
tiene siempre sus barreras
que establecieron, severas,
ya la ley, ya la razón.»

decía en una comedia mi antiguo jefe Gorostiza.

Voy á hacer con Londres lo que hice con Roma, dejar en el saco muchas cosas, pues que de vaciarlo todo mi conversación se prolongaría más de lo que conviene á la paciencia de los lectores. La Inglaterra no es un país para los meridionales. Su clima tan húmedo, su oscuridad, la lluvia constante, el carácter, la lengua, las costumbres, las casas en que apenas se respira, en fin, todo lo del país del *spleen* es antípoda de los que han nacido en los países de la luz y del sol, en ciudades de movimiento y de alegría. Pero como en todo hay excepciones en este mundo, hay extranjeros de todos los países que viven allí y se han vuelto anglomanos y encuentran malo lo de los otros países. Yo hace diez y siete años que estuve allí un par de meses, y después he hecho muchas relaciones con familias inglesas que me aseguran lo que me confirman otros extranjeros, que la sociedad es ahora mucho más divertida, que han desaparecido muchas preocupaciones con el ma-

yor contacto con extranjeros, y sobre todo por la influencia del príncipe de Gales, que en ciertas cosas encuentra severas apreciaciones. Y aún se me ofrece la hospitalidad que quizá acepte un día si Dios me da vida y pesetas, como dice el proverbio. En tanto, volviendo la cara atrás, digo con el personaje de una comedia que ví hace muchos años, en que un amigo decía al otro: «Tienes cuarenta años.» «No, replicó, tengo treinta y nueve, he pasado un año en Inglaterra, y ese no cuenta.»

XXXIII

He dado largas á mí juventud hasta que salí de Londres porque entonces empezó para mí otra vida, ó mejor diciendo, otra preocupación, pues que la vida mundana la continué lo mismo y la llevo en estos momentos en que escribo. Pero cuando me disponía para salir de Londres con dirección á Washington, adonde había yo sido nombrado secretario, recibí otro nombramiento para Madrid. Como esto es ya del dominio de la política, no hay para qué hablar de ello.

He ofrecido departir solamente de mi juventud, apartando con cuidado todo lo que pudiera disgustar á los demás y que habría divertido ó interesado á los lectores á costa de quedar yo descontento de mí mismo; esto no es más que una conversación.

Pero como quisiera yo decir aún algo sobre Pío IX hasta la última vez que tuve la honra de verle, voy á saltar hasta el año de 1859, de 1870 hasta 75, y decir lo que me ocurrió con Su Santidad.

XXXIV

En Noviembre de 1859 pasó por París, en donde yo era secretario, el dignísimo Sr. Labastida, en quien la púrpura será en breve la justa recompensa de su saber y virtudes, y tuvo la bondad de pedirme le acompañase á Roma. Desde entonces le tengo una tierna afección, un respeto profundo, á lo que añadí más tarde una gratitud imperecedera por haber recibido en sus brazos el último sus-

piro de mi santa madre. ¿Cómo olvidar lo que entonces me escribió? «Ha volado al cielo con la «calma del justo; ha muerto como había vivido, «llena de fe, de esperanza, bendiciendo á su hijo, «porque no pensaba sino en Dios y en él. Me ha «encargado de consolarle, de animarle, de persua-«dirle de la necesidad de separarse por algún tiem-«po para reunirse después y para siempre.»

El monte Cenis no estaba aún perforado, y era más breve y cómodo ir por mar. Nos embarcamos en Marsella para Civitta-Vecchia, pero á las pocas horas un temporal obligó al capitán á refugiarse en el puerto de Villafranca, cerca de Niza, en donde permanecimos hasta el día siguiente.

Lo que sentí al entrar en Roma no tengo para qué encarecerlo. Todo lo iba yo encontrando en su lugar, ningun cambio material, todo era lo mismo en la Ciudad Eterna. El recuerdo de la grandiosa Londres, la alegría de las calles de Madrid, la trasformación material de París y sus placeres, me ofrecían un contraste con Roma inmutable. Por eso tenía más encanto para mí lo que iba yo viendo, porque me parecía que lo había visto la víspera, que mi ausencia había sido de un día. Naturalmente muchas personas de la sociedad habían desaparecido, muchos miembros del Cuerpo

Diplomático habían sido trasladados á otros países, muchos chicos y chicas habían crecido; niñas á quienes había yo besado y tuteado tenían ya vestidos largos que es límite que pongo aún hoy dia, por mi voluntad, á los besos y tuteos, lo que hace que las mamás rían cuando las digo: «Déjame besarte dos veces que ya se acerca el vestido largo.» Bien entendido, esto me pasa con los íntimos, pues en Francia el tuteo no es aceptado como en España é Italia y sólo los parientes se tutean.

Lo que me pasó en cierto orden de ideas no tiene interés más que para mí; esas peripecias no se escriben.

Volví á visitar á las famílias conocidas que me recibieron con la misma cordialidad. Nada diré de las recepciones y fiestas, que en nada habían variado; hasta en las antecámaras veía yo á los criados con los grandes sacos con la corona y la cifra en que estaban los abrigos de las señoras para que no los manoseasen ni ensuciasen, lo cual les permitía servirse de ellos como de almohada cuando les hacían esperar largo tiempo.

Apenas llegado fuí á ver al cardenal Antonelli, y en seguida pedí una audiencia de Pío IX. Su Eminencia me recibió de un modo muy lisonjero,

se hizo referir todo lo que me había pasado desde mi salida de Roma, me contó á su vez varias cosas y tuvo la bondad de encargarse él mismo de pedir mi audiencia á Pío IX, que me recibió al día siguiente.

Su Santidad estaba aún en el palacio del Quirinal, residencia de verano—hoy se baila allí—y apenas me apercibió, dijo: *Ben tornato il mio compagno di Gaeta.* Me habló con su bondad angelical y me dijo que no me había olvidado, á lo que respondí que su benévolo recuerdo me había procurado días de ventura. Y en efecto, había sido así. Varias veces supe que á algunas personas á quienes Pío IX había dado audiencia y que presumía podrían conocerme, se los preguntaba, y si le decían que sí respondía: «*Pues decidle que le envío mi bendición.*» No se puede ser más bueno, y esto me conmovía muchísimo.

Su Santidad, que continuaba dejándome en pié, me interrogó sobre mi vida durante ese tiempo y mi situación actual.

En pocas audiencias había yo estado más pedidor. Una señora, amiga de París, me había manifestado el deseo de poseer un solideo que hubiese llevado Pío XI. «Lo tendrá vd.» la dije. «¿Cómo hará vd.?» «*Lo tendrá vd. sin que yo abra la bo-*

ca para pedirlo.» Me procuré un solideo blanco en donde los hacían para el Papa, y lo puse en uno de los platillos que hay en la antecámara para presentarle los objetos, y sin decir nada se lo presenté. «*Capisco*,» me dijo «comprendo;» se quitó el suyo, lo puso en el platillo, tomó el mío y se lo puso. En seguida le presenté un Cristo de plata, en cuya cruz había yo hecho incrustar una reliquia, que era una astillita microscópica de la del Salvador, y tomándolo en las manos lo bendijo, lo besó y me lo devolvió diciendo: *Che sempre vi acompagni.* Y siempre me ha acompañado; lo tengo en una especie de nicho ó capillita de madera encima de mi reclinatorio, y el retrato de mi santa madre al pié del Cristo, que bien merece ese sitio. Detrás de la cruz hice grabar las palabras de Pío XI y la fecha de la audiencia. Bien lejos estaba yo aquel día de que nueve meses después había de poner yo mismo ese Cristo en las manos de la Duquesa de Alba, hermana de la emperatriz Eugenia, con el cual fué fotografiada en el lecho de la muerte por un artista que yo llevé. Posco uno de los raros ejemplares de la fotografía muerta de esa llorada amiga con un papel en que la emperatriz escribió en francés: «Recuerdo de una amiga que lamentais, para la que pido las oraciones.—*Eugenia.*» Es la

única vez que me he separado de ese Cristo: con él moriré.

Continué poniendo á prueba la bondad de Pío XI, y le dije que había yo visto un grabado magnífico representándole, pero que no se vendía, y que sabía yo que sólo el Papa podía procurarlo. Se levantó á buscarlo. Yo creía que lo tenía á la mano, pero me quedé confuso al ver que iba á otra habitación, y se lo dije, á lo que me respondió: *Bisogna che sía io chi lo cerchi.* «Es menester que yo lo busque.» Atravesamos aquellas severas estancias, pasamos por su cuarto de dormir y me dijo: «*Qui dormo io,*» á cuyo lado había un gabinete y en él una cómoda de donde sacó el grabado. Volvimos á su despacho, me dió la bendición y me dijo fuera á verlo antes de volver á París. Salí contentísimo de mi audiencia, y así lo dije á los prelados en la antecámara, en donde había aún algunos antiguos conocidos míos. Puse el grabado en un tubo de hoja de lata, y para no perderlo lo llevé hasta París siempre á mi lado como un fusil cuando tenía que moverme. Hoy está en mi despacho enfrente de mi mesa de escribir, y no tengo más que levantar la vista para mirarle. Un mes después, ya en vísperas de marcharme, obtuve otra audiencia de despedida, pero no pedí en ella más que su

bendición. Once años se pasaron sin que yo volviese á Roma—El Sr. Labastida se quedó en Roma, en cuya casa tuvo la bondad de alojarme.

XXXV

En 1870 estalló la guerra entre la Francia y la Alemania. Comprendí que había de durar largo tiempo, y dispuse todo para pasar un año fuera, si era necesario, y no me engañé. En Spa, precioso pueblecito de agua ferruginosa que pertenece á la Bélgica y toca á la frontera de Alemania, supimos la capitulación de Sedan el 2 de Setiembre. Resolví ir á Suiza, á Beaurivage, cerca de Lozana, adonde se habían refugiado algunas familias amigas mías con quienes deseaba reunirme. Volver á pasar por París no era posible. Todos me decían, áun algunos diplomáticos, lo arriesgado que era entrar en Alemania y atravesar sus ejércitos, en donde podían aprehenderme como sospechoso, tanto más cuanto que yo tenía un pasaporte del Ministro de Negocios extranjeros del imperio francés, si

bien mi nombre y mi nacionalidad podían tranquilizarles, pero yo me mostré testarudo y partí en el acto. Entré en Alemania, atravesé las líneas de las provincias del Rhin, y no tuve más tropiezo que un retraso constante en los trenes del camino de hierro, ya por los heridos alemanes que repatriaban, ya por el continuo movimiento de tropas, pero nadie se metió conmigo y dormí en ciudades fortificadas como Confluencia y Maguncia. Seguí por Dramstard, Baden, Heildeberg, Tribourg, Basilea, ya en Suiza, Berna y llegué al fin á Lozana, habiendo tenido que dormir en cada uno de esos puntos y echar cinco días en vez de cuarenta y ocho horas. En Beaurivage pasé tres meses en numerosa compañía, yendo con frecuencia á Ginebra á visitar á otras familias allí refugiadas.

En Diciembre resolví ir á Roma: nueva peregrinación. De Lozana á Berna, á Zuric, atravesar el lago de Constancia, seguir á Munich, á Botzen y atravesar el Tyrol hasta Verona; luego á Boloña, Florencia y Roma. Aquí no hubo tropiezos, pero fué preciso dar un rodeo inmenso, todo cubierto de nieve, y hacer un viaje de cinco días con una mañana que pasé en Venecia cuando me detuve en Boloña. Despues de pasar una semana

en Florencia partí para Roma, adonde llegué cerca de Navidad.

Al día siguiente de mi llegada y aún estando en la cama, oí un rumor extraño que me hizo levantar medio dormido, y ví por la ventana pasar unas barcas con remos. Yo creía que soñaba, pues estaba yo seguro de no estar en Venecia, que había yo visto tres días antes; pero cuando abrí la ventana y ví inundada la plaza de España, comprendí que el Tíber habia hecho de las suyas. En efecto, á eso de las tres de la mañana empezó á salir de madre sin ruido alguno y Roma amaneció inundada en la parte baja que no podía transitarse sino en barcas. Tres días permanecimos encerrados alimentándonos solamente con huevos y macarrones que nos traían en barcas, y era preciso cocer en las chimeneas de los salones, pues las cocinas estaban en el piso bajo é inundadas. Ya he dicho en mi artículo sobre la Italia que el rey Víctor Emanuel no había querido ir á Roma á pesar de que fué proclamado rey de Italia desde el 20 de Setiembre, que sus tropas entraron allí porque tenía ciertas supersticiones; pero la inundacion le obligó á ir y á socorrer al pueblo, volviéndose á Florencia pocos días después.

Cuando las aguas habían bajado lo bastante

para poder salir en carruaje, aunque la mitad de las ruedas quedaban dentro de ellas, tomé un cochecillo descubierto y me senté encima del fuelle para no mojarme los piés, encaminándome hácia el Palacio de la Farnesina, del otro lado del Tíber y á orillas de él, cuyo palacio fué cedido por el rey de Nápoles á mi inolvidable amigo el duque de Ripalda, que México conoció como Bermúdez de Castro, insigne literato que á los 27 años abandonó la poesía para entregarse á la política y á la diplomacia en que hizo tan brillante figura. Todo el piso bajo estaba inundado, pero por fortuna no habían tocado las aguas á los frescos de Rafael. La Farnesina fué construida para un banquero célebre, Chigi, protector de Rafael, que en 1580 pasó á la casa de Farnesio, que la llamó así como un diminutivo del inmenso palacio Farnesio, uno de los más bellos de Roma, dirigido por Miguel Angel. Todo el piso bajo está pintado por Rafael y sus discípulos Julio Romano y Francisco Penni, representando la primera sala, en doce composiciones, la Historia de *Psychea*, y se considera como una de las más bellas creaciones de Rafael. La segunda sala contiene la célebre *Galatea*, todo de la mano de Rafael, y se estima como la más bella producción de ese género en el

estilo antiguo. En lo alto de un ángulo se vé una cabeza de mujer, colosal, pintada con carbón por Miguel Angel, que no encontrando á nadie se subió en los andamios y la dejó como una tarjeta, aunque no la firmó. Rafael lo adivinó, y no quiso tocarla, así que se vé aún hoy día figurando entre los frescos. En el piso principal se encuentran los frescos célebres de las Nupcias de Alejandro y de Roxana, y la familia de Darío ante Alejandro. Eso lo veía yo diariamente, pues cuando estaba yo libre almorzaba y comía en su casa, y en la mañana nos tenían preparados dos platos de macarrones gruesos con un jugo moreno muy sabroso. Mi amigo no habitaba sino dos piezas pequeñas, todo el resto era para recibir, así que estaba construyendo unos cuartos para amigos, y yo debía ocupar uno. ¡Cuántas horas deliciosas pasé con él en su delicioso jardin á orillas del Tíber oyéndole hablar de todo con una erudicion asombrosa, en un lenguaje tan castizo, con una gracia sin igual! En la historia y literatura del mundo, en las bellas artes desde los tiempos más remotos, era de una fuerza extraordinaria; no he conocido memoria más prodigiosa. Cuando venía á París todos los años por tres meses, si al entrar en el Círculo se discutía un punto de histo-

ria política ó anecdótica, ó de bellas artes, tomaba la palabra y precisaba el hecho con claridad y bella dicción como si acabara de estudiar el punto en una biblioteca; todos callaban para oírle. Conocía todos los secretos de la revolución de Italia, como que fué ministro en Nápoles y amigo de los últimos reyes, que tanto le querían, pero no quiso publicar ni dejar escrito nada á pesar de mis instancias. En 1864 fué embajador en París, y fuimos colegas; desde entonces se estrecharon aún más nuestras relaciones, y cuando murió, hace cuatro años, quemé su voluminosa correspondencia, porque decía que sólo en su hermano había tenido la confianza que en mí: su estilo era claro, terso, elegante, fácil y magistral: un placer y un modelo. Mi generación conoció al brillante joven poeta de 27 años como ministro de España en México, y recordará que á èl, á su secretario Lozano y al agregado Conte les llamaban allí «Soto, Sotillo y Soto mayor,» título de una comedia que se representaba entonces, lo que les hacía reír. En su testamento, que se publicó, se vió lo que me quería.

Once años hacía que yo no había vuelto á Roma, pero Pío XI no me había olvidado; y desde 1863, por medio del señor arzobispo Labastida, se había

dignado enviarme el Breve confiriéndome la cruz de Comendador de la Orden de Pío IX, diciéndole me dijera que «*esa Orden, que lleva su nombre, no la daba sino á los que quería bien.*»

Mi primera visita fué para el cardenal Antonelli, que me recibió con una benévola expansión y me dió apretones de mano. Más de hora y media me detuvo Su Eminencia discurriendo sobre cosas que creía, con razón, podrían interesarme, por más que me fuera penoso el escucharlas. Ellas son de una naturaleza tan grave, que aunque pertenecen á la historia no debo ni quiero repetirlas y preferiría olvidarlas. Le oí con grande atención y le dije lo que convenía, y en todo, en todo estuvo de acuerdo conmigo, pero yo tenía cosas que no quería desahogar sino á los piés del Pontífice como sacerdote, como Vicario de Jesucristo, que había de oír con bondad suma al que tantas muestras de su benevolencia había dado desde su juventud. El cardenal me dijo que no escribiera yo al mayordomo para la audiencia del Papa, que él se encargaba de pedírsela.

Recibí el aviso al día siguiente, y ví con agradable sorpresa que era á las ocho de la noche, hora que el Papa señalaba cuando quería departir con sosiego y largamente. Nunca había yo visto el

Vaticano de noche: todo estaba á media luz, silencioso, imponente. Subí las escaleras de mármol recordando los tiempos en que con ánimo sereno iba yo á besar el pié á Pío XI, mientras que entonces habían ya caído sóbre mí tantos sinsabores y desengaños, tantos tormentos y sacrificios, que no me hicieron perder la vida ó la razón porque no lo quiso el cielo.

Con la primera genuflexión empezaron los primeros latidos de mi corazón al ver á Pío IX envejecido, encerrado en el Vaticano, y la ciudad y sus Estados ocupados por las tropas piamontesas. «*¡Ah caro H...! me dijo, cuántas cosas han pasado desde que no nos vemos!*» Intenté besarle el pié, no me dejó; insistí y me dijo: «*non voglio*» —no quiero.—Me puse de pié y me indicó un sillón para que me sentara: era la primera vez que me hacía ese honor, pues si me conservaba el cariño de un padre me trataba á la vez como antiguo ministro. Me preguntó en seguida lo que me había pasado en la inundación, y luego le dije: «*Ya habrá oído vuestra Santidad que el rey Víctor Emanuel está en Roma.*» Al decir *oído* aludía yo á las salvas de los cañones del castillo de San Angel, que habrían podido evitar por estar tan cerca del Vaticano. «*Yo no le he visto,*» aña-

dí. «*Non avete perduto niente, è cosi bruto.*» «No habeis perdido nada, es muy feo,» me dijo, en lo cual se veían siempre sus agudezas. «*Me han mandado sesenta mil hombres para despojarme,*» añadió, y así siguió discurriendo algunos momentos lo que no debo repetir.

Luego empezó á hablarme del mismo triste y conmovedor asunto que el cardenal Antonelli, pero añadiendo cosas tan graves, tan íntimas é ignoradas, que había en mí tanto asombro en oírlas como en la confianza que en mí depositaba. Como yo le miraba fijamente me dijo: «*ahí lo tengo,*» señalando un mueble pequeño que tenía cerca de su mesa en su despacho.

Cuando terminó le dije: «*¡Ah, Santo Padre!*» Hace años que estoy callando porque me he impuesto como un deber ahogar mi dolor y no quejarme sino ante Dios, que conoce las causas, y ahora á vuestra Santidad, á quien pido las escuche con bondad. He oído la alabanza exajerada y echar luego sobre mí, víctima expiatoria, los pecados de Israel... Aquí me interrumpió Pio IX: «*I lodi ed i biasimi passano, non c'è che Iddio e la coscienza che restano.*» Los elogios y las críticas pasan, sólo quedan Dios y la conciencia.

Cuando habla el corazón se sabe lo que se dice,

y lo que se siente lo hace uno comprender á los demás. Yo me sentía conmovido, vibrar mi voz, y me desahogué con el acento de la convicción y la fuerza de quien estallaba después de tanto callar. Confesé, no mis pecados, sino los agenos, y dije lo que no diré jamás á otro mortal, lo que morirá conmigo.

Pío IX se dignó escucharme con bondad y, puedo añadir, con ternura, y con un acento grave hizo muchas reflexiones sobre todo lo que yo había referido, mucho de lo cual le era conocido. Una losa se me quitó del corazón después de haberme desahogado. Salió de mi pecho lo que me ahogaba y dí con efusión las gracias al Papa por haberme escuchado y el alivio que procuraba á mi corazón, que se dignó llamar *cospicuo*—distinguido.

Una hora duró aquella para mí memorable audiencia, hasta que me despidió repitiéndome sus palabras de aprobación y de esperanza en Dios. Y en verdad que no tengo otra. Se dignó añadir que volviera á verle.

XXXVI

Aquella Roma apacible de mi juventud, en que la vida se deslizaba en una agradable monotonía, no existía ya. El palacio del Quirinal estaba ocupado por la córte de Saboya, lleno de ruido y movimiento; todos los edificios públicos habían sido invadidos por la Cámara, el Senado, los Ministerios, los Tribunales y demás oficinas. Un ejército numeroso hacía alarde de su fuerza por todas partes; en las calles no se veían más que oficiales y soldados haciendo ruido con los clarines y sables; centenares de funcionarios y miles de familias de empleados habían venido á establecerse en Roma; en fin, todos los efectos de la invasión se hacían sentir por donde quiera se volvía la vista. Ya no se veían aquellas carrozas de los cardenales con sus ruedas rojas y oro, caballos negros, con aquellos criados con libreas y actitud que no pretendían á la elegancia, los dos lacayos detrás con un enorme paraguas colorado para abrigar al cardenal al bajar y subir en caso de lluvia. No más

aquellos Monsignori tan corteses y amables paseando por las calles; aquellas mismas caras de ayer, de hoy y de mañana, y hasta los *Sacconi* habían desaparecido. Era ésta una cofradía compuesta de la nobleza para asistir á los muertos, y dos de sus miembros salían todos los días cubiertos con un saco hasta la cabeza con dos agujeros para los ojos, y pedían limosna con un cepillo cada uno en una acera sin decir una palabra. El anciano príncipe Chigi, que era muy distraido, olvidaba su traje y á lo que iba, se paraba á leer los avisos, saludaba á las señoras que pasaban en carruajes, hacía cortesías á los que encontraba y todos le reconocían naturalmente.

La sociedad se había dividido. Muchas de las familias de la nobleza habían reconocido el gobierno de Victor Emanuel y eran damas y gentiles hombres de la princesa real, pues el rey era viudo. Los que se habían conservado fieles al Pontífice eran entonces los más numerosos, y los llamaban *negros*, los otros *blancos*, y así desapareció aquella unión tradicional en la nobleza romana que, dividida en *blanca* y *negra*, cesó de reinar en ella la armonía. Aun en el seno de las mismas familias había *blancos* y *negros*: los padres permanecían fieles, los hijos iban con el vencedor,

y hasta una señora aceptó ser dama de honor mientras que su marido no ponía los piés en el Quirinal y sí en el Vaticano. No era posible frecuentar ambos salones, era preciso optar por unos ó por otros. El Cuerpo Diplomático acreditado cerca del Papa no iba al Quirinal, y el que lo estaba en éste no era admitido en el Vaticano. Cada uno tenía sus salones, los unos en la sociedad *negra*, los otros en la *blanca*. Aquella lo miraba como un deber de conciencia y seguía adicta al Papa-Rey; la otra pretendía que reconocer el despojo temporal del Pontífice no era contrario á la religión. Tal es el imperio de la cultura y buenas maneras, que á pesar de la vehemencia de los primeros momentos nada ocurrió que fuese opuesto á la civilidad.

Yo seguí cultivando todas mis relaciones, pero todas sabían, y yo no hacía misterio, que yo estaba con la *negra*. Acudía á ambos salones, pero todos tenían la prudencia de no interrogarme, sabiendo á qué atenerse. Y un príncipe que me conoció en mi juventud llegó hasta hacerme decir que podía ir á su baile, pues no era verdad que tenía un carácter oficial. Iba yo, pues, á todas partes, pero no me era posible ir al Quirinal, no sólo porque allí reinaba el que había despojado al Pontífice, sino por-

que se daban fiestas en los salones en donde había yo besado de rodillas el pié del Pontífice, y luego ¿cómo salir del Vaticano en donde Pío IX me recibía como se ha visto, en donde le veía encerrado y afligido, para oír la música y ver la alegría en el Quirinal? Varias veces volví á Roma antes de la muerte de Pío IX, y no acepté las amables proposiciones que me hacían los amigos que tengo en el Quirinal, á pesar de mi íntima y notoria amistad con una señora de la córte á quien voy á ver cada año al sitio de aguas en que se encuentra con la madre de la reina, en donde S. A. R. me honra con sus audiencias.

La reina Margarita era entonces Princesa Real, y naturalmente reemplazaba en todo á la reina difunta. Bella, amable, buena é instruida, tenía en aquella época veinte años y se mostraba mucho al público. Salía todos los días á paseo y su mirada benévola se dirigía á todas partes saludando con donaire á todos y apercibiéndose bien de los que afectaban no mirarla. Porque, naturalmente, los que habían permanecido fieles al Papa no podían ver con sangre fría á los que lo habían despojado, y las señoras de la sociedad *negra* volvían la cara á otro lado cuando pasaba y los hombres no la saludaban.

Yo estaba también animado de un sentimiento hostil, pero jamás me he creído dispensado de ser cortés: me descubría cada vez que la encontraba, y así lo dije al Papa: «*Fate bene, é una signora*,» me dijo. La pobre princesa, que tanto se ha crecido como reina, no podía ser responsable de lo que se pasaba en la política, pero su presencia en el Quirinal simbolizaba el despojo del poder temporal del Papa, y en aquellos momentos del triunfo los vencidos estaban muy irritados. Muy ageno estaba yo entonces de que más tarde había yo de ser recibido por su augusta madre cada año en el campo, como acabo decir. El gobierno italiano, no hay que negarlo, ha ganado mucho terreno en las altas clases de la sociedad de toda la península; pero en tanto que no haya el acuerdo que se desea para que el Papa goce de su libertad, los escrúpulos de los católicos y de sus fieles servidores impedirán la aceptación completa de la unidad italiana.

Seguí la vida de la sociedad, ya con la calma que la edad y amarguras recientes me imponían. Algunas antiguas amigas solían llevarme en coche al paseo; pero con quien iba yo todos los días á darlo era con mi amigo el duque de Ripalda, que en su victoria me llevaba fuera de puertas, y des-

pués de dar una larga *trottata* veníamos al Pincio ó á la *Villa Borghese*. Cuando paseábamos al rededor de la ciudad no había monumento, ruina, vericueto ó cascajo de que no supiese la historia.

Un mes después quise ir á Nápoles, ya con la consoladora noticia de que la paz se había firmado entre la Francia y la Alemania. Recuerdo que volvíamos de paseo al crepúsculo, *alle 23 ore*—como dice el pueblo, pues él y en la liturgia cuentan las horas de una á veinticuatro, que depende de la puesta del sol y cambia cada quince días—cuando el embajador de Austria nos anunció esa buena nueva. Pedí una audiencia á Su Santidad.

En ella no tocó más que lo que era de dolorosa recordación para mí; pero como yo no representaba á nadie y Pío IX tenía la seguridad de mi discreción y de mi veneración á su persona, se dignó hablarme de muchas cosas de actualidad que me interesaron muchísimo. Me habló de Soberanos, de Soberanas, de Pretendientes á los tronos, de hombres políticos, de la situación presente, como una persona que no desconfía y que siente un deseo de explayarse con quien no ha de repetir lo que le confíe, pues, repito, yo allí no era nadie ni representaba á nadie. Los que han tenido la honra de ser recibidos por Pío IX saben cuánta

era su facilidad de locución, el encanto de su voz, lo acertado de sus reflexiones y aquella inocente ironía y gracia con que las hacía. ¡Buena se habría armado si yo lo hubiese repetido! Como la otra vez, me hizo sentar y me detuvo casi una hora.

Esa audiencia me la dió, como la anterior, á las ocho de la noche, precisamente en el mismo día que la condesa de C. daba una gran comida, á la que me había hecho el honor de convidarme, con cardenales, embajadores, príncipes romanos y otros extranjeros diez días antes. Me excusé en el acto y trastorné la comida, que era de veinticuatro personas, lo que la obligó á buscar á un amigo que no se ofendiese de ser convidado el mismo día para reemplazar á otro. Era una señora esclava de la etiqueta, y eso la hizo excusarme, pues si otra hubiese sido la causa no me lo habría perdonado y habría roto conmigo. Ya que ha venido al caso nombrarla voy á decir algo de ella, que es la misma de que me ocupé en un artículo sobre el hipnotismo.

La conocí cuando su edad era muy avanzada, pero se veía que había sido una arrogante mujer. Su porte era majestuoso, su palabra era compasada, su gesto digno, su mirada severa, siempre

en escena, es decir, como si tuviese una córte á sus piés, pues así parecía cuando recibía sentada en su sillón. En el fondo era buena y servicial, pero dominaba en ella la etiqueta en todo y el orgullo de su abolengo. Como polaca era muy católica, pero como eslava tenía aquella imaginación y originalidad de su raza. Su belleza, su nacimiento, su enlace con un hombre eminente del Imperio austriaco, la colocaron en primera línea en la sociedad europea, que se ocupó de ella hasta su muerte. Su vida sería muy curiosa al escribirla.

La conocí en Niza, adonde pase algunos inviernos después de haberme alejado de la política, y allí recibía todos los días de cuatro á seis. Aquello parecía una pequeña córte por la mayoría de los personajes y por el respeto con que se la trataba, aunque la conversación era muy animada. Embajadora en varias córtes de la Europa, dejó en todas recuerdos de su manía de la etiqueta y de las exigencias de su carácter. Yo sé muchas anécdotas de ella por haberlas oído ó visto, y á menudo las refiero, pero sería largo el contarlas, aunque realmente valen la pena, pues tienen éxito cuando se conocen: citaré una solamente. En la córte de Inglaterra encontró á una dama en un puesto que creía la tocaba como embajadora. La otra, segura

de estar en su derecho, no quiso levantarse, pero nuestra Condesa se sentó encima de ella resuelta á no ceder, hasta que el maestro de ceremonias vino á terminar el incidente. A cada paso tenía piques con sus amigos, que pasaban pronto, y aunque conmigo era muy benévola, hubo una nubecilla porque pasé por Wiesbaden unas horas sin ir á visitarla, y cuando volví á verla en Niza quise excusarme, pero me interrumpió: «*No hablemos de ese crimen,*» me dijo muy airada, y una vez desahogada llamándome criminal volvió á su amabilidad. Murió víctima de la etiqueta. Ya muy avanzada en edad y muy enferma, la paseaban en un sillón con ruedas en Wiesbaden cuando acertó á pasar el príncipe de Gales y se paró á hablarla. Por desgracia no lo reconoció, el príncipe insistió, ella se enfadó y volvió la cara: «*Creía yo que me había vd. reconocido, pues muchas veces nos vimos en casa de mi madre la reina Victoria.*» Al oír esto se puso fatal y en la noche se murió!!!....Dejó á varias parientas los hilos de perlas tan ricos que ostentaba, según la categoría de las casas adonde iba ó de las personas que recibía. En las grandes solemnidades, los doce, y así los iba bajando hasta uno.

XXXVII

Como digo, me marché á Nápoles en compañía de dos familias francesas, y allí pasamos tres semanas. Paseando en la *Villa Reale* ví llegar á mí un conocido haciendo aspavientos y dando gritos, pues había recibido una carta de una amiga nuestra que se había refugiado en los Pirineos durante la guerra, en que le preguntaba si era cierto que yo había perecido en el tren de Marsella á Tolón que saltó por la pólvora que llevaba, pues había visto mi nombre en la lista de las víctimas. No comprendí ni pizca, pues no había yo pasado por esos puntos; pero como dicen que el creerle á uno muerto trae la dicha que no ha llegado, me alegré de la noticia. Al volver á Roma me encontré con que mucha gente había leído mi nombre entre los que habían perecido. Después recibí cartas de los que lo habían creído y ya sabían la verdad, pero nadie me explicaba nada. Como la guerra nos tenía incomunicados casi á todos, pasé por muerto varios meses escribiendo que estaba yo vivo y muy vivo. En Mayo fuí á Londres, y al

pasar por Piccadilly ví que una señora, Lady H.... levantaba los brazos y paraba el coche: «*Le creía á vd. muerto, y áun le he hecho decir unas misas; salgo de un baño de vapor, no puedo detenerme, venga vd. á verme á las dos.*» Esta buena señora, que se había convertido al Catolicismo, no me sacó tampoco de dudas, pues lo sabía sólo por la lista de los periódicos. El invierno siguiente fuí á Niza, que está cerca de Marsella, y allí, en las fondas, la gente que me encontraba, los criados que me abrían las puertas, todos me miraban asustados como si vieran á un resucitado. El muerto pasó muchos días dando gracias á los vivos por todo lo que oía, pero yo quise averiguar el origen de mi muerte, y estando tan cerca de Marsella supe, al fin, que en un *pedazo* del cuerpo de una de las víctimas se encontró mi tarjeta, por lo que se creyó que era yo el muerto: quien conoce á tanta gente no puede caer en quién era la víctima. Al volver á París me sucedió lo mismo, y áun de los Estados Unidos escribieron algunas americanas que me habían conocido en Europa: «*Poor Mr. H...*» de modo que pasé seis meses en asegurar que no había muerto.

Al principio de estos recuerdos hablé del mal de ojo, ó *iettatura*, y aquí viene á pelo el volver

á hablar de ello. Supe entonces que al subir al tren en Marsella el secretario del embajador de Turquía, un amigo que había ido á despedirle, al ver que iba en él un *iettatore* muy conocido que hace cuarenta años está causando desgracias con su sola presencia, le instó para que no se marchara temiendo le sucediera alguna desgracia. El secretario le dijo que él no creía en esas supersticiones, y subió al tren. Pocos momentos después saltó éste y volaron en pedazos cerca de cien personas; pero como de costumbre en esos casos, el maldito *iettatore* se quedo bueno y sano, y hoy se pasea aún muy tranquilo por las calles de París obligando á todos á hacer los cuernos con la mano cuando pasa éste italiano para conjurar el maleficio.

XXXVIII

Volví á Roma, en donde pasé dos meses, y obtuve aún dos audiencias más de Pío IX, siempre á las ocho de la noche y haciéndome sentar una ho-

ra. En una de ellas me habló con serenidad de ciertas personas que hasta entonces habían merecido su benevolencia y que sabía eran amigas mías. A una alusión sobre esa amistad respondí: «Yo conservo la amistad y el agradecimiento á los que son buenos conmigo, pero no transijo con los principios; fácil en las relaciones, no cedo en mis convicciones.» Esto mismo dije hace pocas semanas al rey de Nápoles, que me respondió: «Tiene vd. razón, la vida es una transacción perpetua.» Es verdad, añado yo aquí, pero todo tiene sus límites, y hay casos en que la transacción es una cobardía y un deshonor.

En Mayo salí de Roma para Bruselas y Londres teniendo que dar el mismo rodeo que al ir allí, y volví á París despues del triunfo contra la sangrienta *Commune.*

Dos años despues pasé, como de costumbre en aquella época, el invierno en Niza, y al concluirlo fuí á pasar una semana á Roma, otra á Florencia y otra á Nápoles, y al siguiente, 1874, hice lo mismo. Pío IX me dió ambas veces una audiencia como de costumbre, y en la última me preguntó si volvería yo á Roma. «Espero que sí, respondí; ya he bebido el agua de la fuente de *Trevi* y roto el vaso contra ella.» El Papa se calló, no querien-

do, sin duda, ni aprobar ni condenar esa inocente superstición.

En seguida fuí á buscar la monedita que había yo ocultado años atrás en el monumento del Papa Pablo III y no la encontré, sea que la eché demasiado adentro ó que algun sacristán ú otro aficionado á buscarlas, sabiendo esa manía de los extranjeros, se la hubiese apropiado.

En 1875 corrieron rumores alarmantes sobre la salud de Pío IX estando yo en Niza; y aunque ese año no era mi intención ir á Roma, fuí allí temiendo, ó que el Papa muriera, ó que á mí no me fuera ya posible hacer ese viaje. El cardenal Antonelli, sin temer un peligro próximo, no se manifestaba muy tranquilo, y se dignó decirme algunas cosas que me interesaron muchísimo.

Una señora amiga mía me había manifestado varias veces el deseo que tenía de poseer un retrato del Papa con su firma. Yo sabía que el abuso que de esos pedidos se había hecho habían concluido por molestarle, y que en los permisos de audiencia se había añadido la prohibición de presentarle un objeto cualquiera, que debía enviarse al mayordomo de Su Santidad para que el Papa resolviera. Hablé de esto al Cardenal, quien me dijo que eso era necesario, pero que naturalmente el Papa se

complacía en hacer excepciones, y que las haría por mí. Su Eminencia se encargó de pedir mi audiencia y de indicarle mi deseo, entregando al Mayordomo la fotografía con colores que yo llevaba preparada representando al Papa orando sobre un reclinatorio con los ojos fijos en la Virgen y las manos en actitud suplicante.

Pío IX me recibió de noche, á las ocho, como siempre; y apenas entré me apercibí de lo cambiado que estaba: el retrato ballábase ya sobre la mesa que tenía delante. Después de muchas preguntas que me hizo se dignó hablarme de varias cosas de la política europea; y como yo hiciese una alusión á Bismarck, me dijo que yo era de los que veía su mano en todas las cosas del mundo, á lo que respondí que si no la ponía en todas, á lo menos un dedo lo hacía sentir. Me habló, además, de un modo que revelaba sentir acercarse su fin, lo que me conmovió tanto como me interesó, y entonces fué cuando me dijo aquellas palabras que ya recordé en otra ocasión: «Los siglos pasarán, y áun cuando continúen los ataques á la Iglesia, siempre se verá aquí un hombre vestido de blanco, el Vicario de Jesucristo.» Le había yo hablado del Señor Arzobispo Labastida, y con este motivo me hizo su elogio, dejándome ver en términos bien claros

que era su intención revestirle con la Púrpura, pero que tenía que aplazarlo por razones que no son de este lugar.

Casi todo el tiempo habló con abundancia, como si quisiera darme ese consuelo la última vez que tuve la dicha de verle, y como si yo lo presintiese le dije muy conmovido: «Nunca olvidaré, Santo Padre, que empecé mi carrera social y diplomática siguiendo á Vuestra Santidad en el destierro.» Entonces tomó en sus manos el retrato, lo miró y me dijo: «Ahora, ya no escribo textos ni firmo mis retratos, pero por H...» y levantando los ojos como si estuviese inspirado, tomó la pluma y escribió:

«*Et erunt oculi mei et cor meum ibi cunctis die-*
«*bus.*

P. Pius IX.»

«Y mis ojos y mi corazón estarán siempre allí.»

¡Hermosa alusión á lo que yo acababa de decirle tomado de las Escrituras!

Aunque, como se ha visto, ya no me permitía besarle el pié, tanto insistí que consintió, é hice bien porque ya no volví á verle!!!

Al salir del Vaticano fuí á la Farnesina, en donde me esperaba mi amigo el duque de Ripalda con quien leí lo que Pío IX acababa de escribir, y me dijo que eso era tan lisonjero y tan personal para mí que debía conservarlo á pesar de la palabra que yo había dado á mi amiga, pues no podía yo prever lo que Pío IX iba á escribir. Pero yo, que he sido siempre esclavo de mi palabra, lo cual, sea dicho de paso, ha solido salirme muy mal, entregué el retrato á mi amiga á mi llegada á París, la que lo ha conservado diez años en su cuarto de dormir, y me lo devolvió, y está en mi despacho en donde estoy escribiendo.

XXXIX

Desde entonces no he vuelto á Roma, á pesar del vehemente deseo que tengo de presentar mis homenajes á Leon XIII, á ese profundo político de quien he dicho en otro escrito con verdad, todo

lo admirable que ha hecho y lo que esperamos en Dios podrá hacer aún en bien de la Iglesia, convenciendo á los gobiernos de que es su deber y su interés amarla y respetarla sin ir con ellos más allá en su manifiesto deseo de conciliación que lo que permiten los principios de aquella compatibles con todas las formas de gobierno.

Antes de salir de Roma fuí á San Pedro con la duquesa de O.., que pasaba entonces los inviernos allí, y echamos unas moneditas cada uno en un monumento distinto, y por señas que dimos varias vueltas huyendo de un hombre que, conociendo nuestra intención, nos seguía, hasta que al fin lo hicimos sin peligro de que las robara. ¿Volveré á Roma? Dios sólo lo sabe. Allí hay una tumba ante la cual he de doblar la rodilla, derramar una lágrima y elevar tristemente el corazón y las preces en el otoño de mi vida recordando los tiempos de la primavera de mi existencia.

Confieso que al entrar en el Vaticano sentiría yo honda tristeza al no encontrar allí las caras conocidas de mi juventud, ni ver en sus magníficas estancias á Pío IX, que durante veintiseis años me honró y distinguió como se ha visto. No veré ya aquel noble tipo, aquel aspecto angelical, aquella hermosa figura, el ideal del Vicario de Jesucristo.

No oiré ya aquella *voz divina* que penetraba al alma, conmovía, entusiasmaba; no sentiré ya aquella mano que tantas veces tocó mi cabeza como si me tocara el ala de un arcángel.

FIN

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 074264463